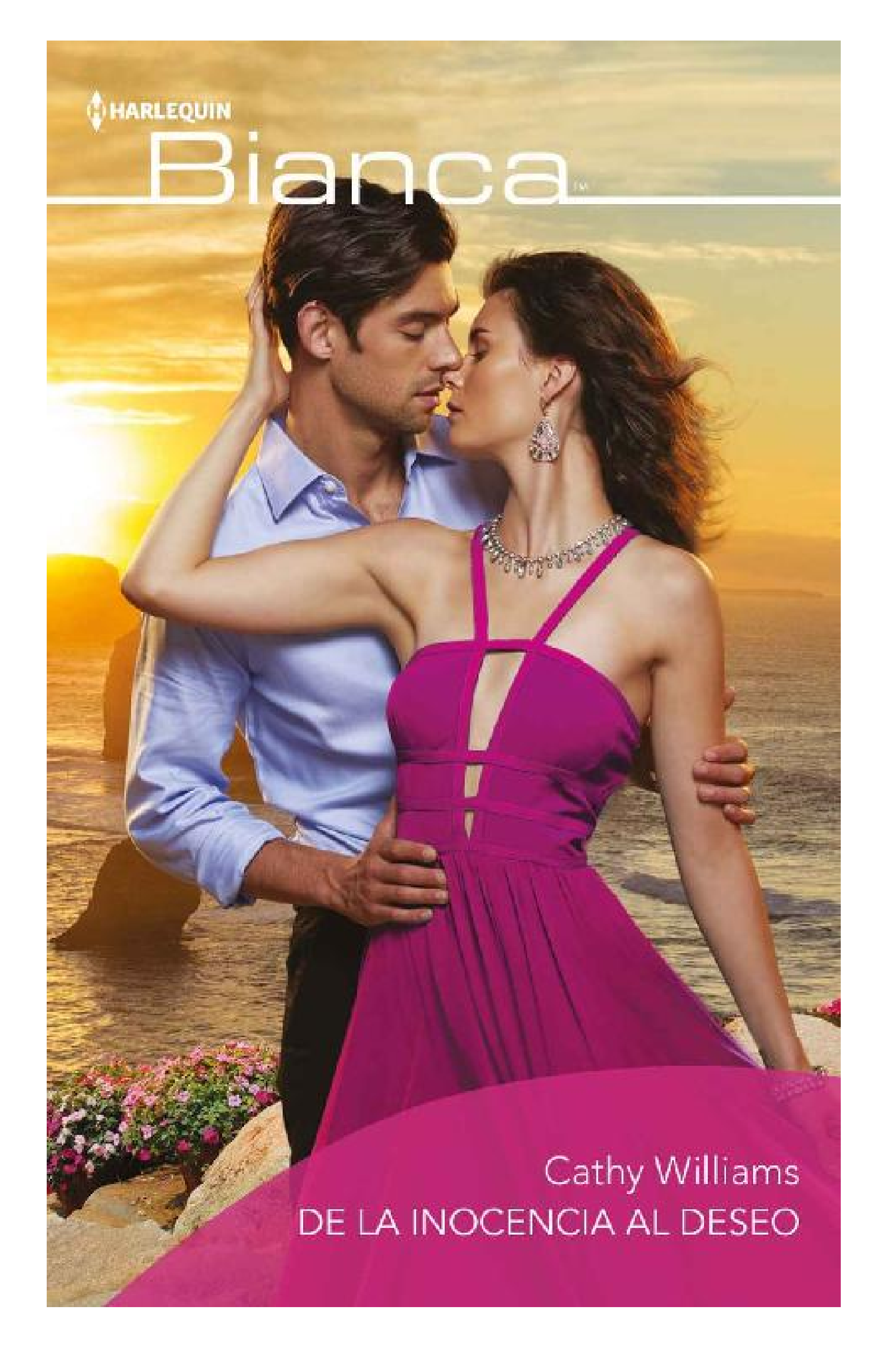

HARLEQUIN
Bianca
Cathy Williams
DE LA INOCENCIA AL DESEO

Bianca

DE LA INOCENCIA AL DESEO

Cathy Williams



Capítulo 1

EL SEÑOR Rossi está en el gimnasio –informó la elegante rubia que se ocupaba de la recepción del edificio de cristal de seis plantas que acogía la sucursal europea del impresionante imperio de Niccolo Rossi, alzando la cabeza del ordenador y mirándola fijamente. Y sin que la más leve sonrisa llegase a descomponer su rostro perfecto.

–¿El gimnasio? –¿acaso se había levantado con el pie izquierdo?–. Pero si tengo una cita con él… –dijo Ellie, apretando contra su cuerpo el maletín que portaba.

–Planta baja. Los ascensores están a la izquierda –dijo la glacial belleza, tamborileando con una larga uña roja sobre el mostrador de mármol–. La está esperando. Le ha concedido veinte minutos. Es un hombre muy ocupado.

Ellie apretó los labios. Leyendo entre líneas, el mensaje resultaba alto y claro: «Muévete, porque el tiempo es dinero para el multimillonario Niccolo Rossi, y deberías considerarte afortunada de que te haya concedido audiencia». Se preguntó si actuar como una barrera entre su poderoso jefe y el mundo real formaría parte de las obligaciones de aquella mujer. Era muy probable. Niccolo Rossi tenía una sólida reputación de implacable playboy con una especial inclinación por las modelos de pasarela y las relaciones a corto plazo. El tipo de hombre que se divertía con las mujeres y, en cuanto la diversión se acababa, las soltaba como si fueran una patata caliente para ocuparse de la siguiente candidata.

Apenas un mes atrás, había estado hojeando una revista de cotilleos y se había topado con la fotografía de una despampanante dama parapetada detrás de unas descomunales gafas de sol, como insinuando que no deseaba que el mundo real descubriera sus ojos hinchados de tanto llorar por culpa de una cruel ruptura. No conocía al tipo en carne y hueso, pero no se necesitaba ser un genio para saber la clase de hombre que era. Joven, rico y poderoso. Guapo también, si a una le gustaba el tradicional tipo físico italiano.

Rebosante de encanto barato y más bien falto de sinceridad.

La clase de tipo a quien la gente le importaba un pimiento, lo que explicaba que Ellie se dirigiera en aquel momento a encontrarse con él precisamente en un gimnasio. Y con un ojo puesto en el reloj, porque el tiempo no corría precisamente en su favor.

Una situación nada ideal. Pero entrevistarse personalmente con él tampoco había sido un plan ideal, pese a haberse convencido a sí misma de que debía hacerlo. Ellie tenía un brillante palmarés de éxitos: se había asegurado dos clientes de categoría, lo cual había sido todo un triunfo, y en consecuencia había querido demostrarse a sí misma que era capaz de ganar un cliente chapado en oro. A sí misma y a sus otros dos socios inversores de su pequeña agencia de publicidad, que apenas estaba empezando. Había invertido en ella hasta el último céntimo de la pequeña herencia que le legó un abuelo al que nunca había llegado a conocer, y había pedido prestado el resto de su contribución al capital conjunto. De esa manera se había convertido en una socia con igual derecho a voz y voto que los demás, pero era joven e inexperta, de manera que seguía sin poder sacudirse la sensación de que tenía aún muchos peldaños que escalar hasta que pudiera ponerse al mismo nivel que sus otros dos socios.

Aquello debería convertirse en un punto más a su favor en su historial particular, pero Stephen iba a continuar llevándose las medallas, pese a que su papel fuera el de permanecer en un segundo plano, observándola y soltándole todo tipo de preguntas incómodas. Desgraciadamente para él, había tenido que dejar a un lado aquel rol cuando, apenas la noche anterior, su madre tuvo que ser hospitalizada. En aquel preciso instante, Stephen la estaba velando a pie de cama mientras que Adam, el otro socio inversor de su agencia, no podía abandonar el barco para echarle una mano.

–¡No necesito que me echen ninguna mano! –le había asegurado Ellie, rebosante de confianza en sí misma.

Sin embargo, aquello había sido antes de que se hubiera encontrado con aquel cambio de escenario para su cita, y de que se hubiera activado el cronómetro de sus veinte minutos.

Pensó en el tremendo esfuerzo que había supuesto la preparación de la campaña publicitaria que iba a presentar a Niccolo Rossi. Había trabajado todavía más horas de las muchas que hacía habitualmente, porque el contrato era sencillamente colosal. Había recabado hasta la última fuente de información sobre su resort del Caribe, ya de por sí bastante conocido. Había invertido innumerables horas, hasta bien avanzada la noche, en diseñar

innovadoras formas de vender el resort a la clientela de multimillonarios.

El calor del gimnasio la golpeó como si fuera una sólida pared de ladrillo en cuanto empujó la puerta de cristal. Su mirada vagó por un terrorífico surtido de máquinas y artefactos, desde el saco de boxeo de la esquina al implacable espejo que ocupaba toda una pared, para reposar finalmente en el solitario macho sudoroso que se hallaba levantando un juego de pesas que, literalmente, le arrancó una mueca de asombro.

Niccolo Rossi. No se parecía en nada a las imprecisas fotografías que había visto de él en el pasado. Para empezar, en todas aquellas imprecisas imágenes había aparecido perfectamente vestido. Allí, en cambio, en el gimnasio, lucía camiseta de tirantes y pantalón corto negros Estaba de espaldas a ella, con su cuerpo bronceado exhibiendo músculo mientras levantaba la barra de un peso imposible, de la cintura hasta el hombro y vuelta a empezar.

Hipnotizada, Ellie apenas pudo hacer otra cosa que quedárselo mirando boquiabierta en el umbral. Todavía con el abrigo puesto, podía sentir cómo el sudor empezaba a correrle por la espalda… Llevaba unas mallas negras debajo de la falda del mismo color, una blusa de un blanco inmaculado, no del todo abotonada hasta el cuello, pero casi, y zapatos también negros. Se había vestido para una entrevista en una sala de reuniones con hombres de traje y una pizarra blanca al fondo. Pero allí, en un espacio tan cargado de testosterona, se sentía ridícula ataviada con aquella ropa tan formal y aferrando su maletín de ejecutiva.

En cualquier caso, había ido allí a hacer un trabajo. Ciertamente, habría deseado algo más de tiempo que aquellos escasos veinte minutos, que probablemente a esas alturas ya se habrían convertido en quince, pero era lo suficientemente inteligente como para cribar toda la información superflua y explicarle a grandes rasgos su propuesta, armada con su tablet y con sus copias encuadernadas del proyecto. No tenía otra elección. Irguiéndose, respiró hondo y se adelantó hacia Niccolo.

Los tacones de sus zapatos resonaron enérgicamente en el suelo de madera. Solamente en aquel momento pareció el hombre haberse dado cuenta de su existencia, porque dejó caer las pesas al suelo con un estrépito que la hizo dar un respingo.

Se volvió lentamente y Ellie se detuvo. El corazón se le había escapado del pecho para migrar a algún lugar de su boca, que se le había quedado seca. La sangre que atronaba en sus venas parecía haberse convertido en lava ardiente. Los pensamientos se le

aturullaron de golpe y una densa niebla se instaló en su cerebro. Aquel hombre era pura belleza en movimiento, con aquel cuerpo esbelto y brillante, de cabello oscuro, ligeramente largo, húmedo de sudor.

Unos ojos negros como la noche la escrutaron cuando se plantó ante él, aferrando su maletín como si le fuera la vida en ello, y a punto de desmayarse de calor por culpa del abrigo que parecía haberse olvidado de quitarse. Niccolo tenía las pestañas más sensuales que había visto en hombre alguno: largas y espesas, enmarcando unos ojos que, por unos segundos, se mostraron velados de toda expresión.

Sus rasgos parecían esculpidos a la perfección. No era solamente el tipo clásico de hombre alto, moreno y guapo. Eran esos mismos rasgos pero amplificados de una manera singularmente peligrosa. Su cuerpo despedía la clase de insolente y despreocupado sex-appeal capaz de hacer que las mujeres se estrellaran contra una farola nada más volverse para mirarlo.

–Eleanor Wilson –Ellie se lanzó a un confuso y atropellado discurso, absolutamente desconcertada por el efecto que le estaba produciendo–. Señorita.

La velada expresión se despejó y sus ojos oscurísimos conectaron con los de ella con un dejo de diversión.

–Señorita Eleanor Wilson –murmuró él, alcanzando una toalla que Ellie no había visto hasta entonces y enjugándose el sudor de la cara para luego colgársela al cuello. La recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y miró acto seguido a su alrededor–. ¿Dónde están los demás?

–Solo he venido yo, me temo. Stephen Prost, mi socio comercial, ha tenido una urgencia familiar. Espero que no le importe que se lo diga, pero no había esperado tener que plantearle mi proyecto en un gimnasio. ¿Podríamos sentarnos en algún sitio? –miró también a su alrededor y no encontró ningún asiento adecuado para mostrarle lo que había llevado, a no ser que optara por soltarle su perorata en la cinta de correr.

Ellie experimentó una punzada de irritación. ¿Tan difícil le resultaba a Niccolo Rossi atenerse al protocolo básico? Había sido él quien había concertado la entrevista. Apretó los labios, airada. Las normas y reglas tenían una razón de ser en la vida.

–Debería quitarse el abrigo –le sugirió Niccolo con tono suave–. Debe de estar pasando mucho calor.

–No había esperado hablar con usted en un gimnasio –repitió Ellie con una tensa sonrisa.

–Pero ahora lo está haciendo –él se encogió de hombros–. Sígame –y se giró en redondo para dirigirse hacia la parte trasera del gimnasio.

El vestuario. Se estaba dirigiendo al vestuario. Podía ver una puerta cerrada al fondo. Ellie lanzó una mirada desesperada a su espalda, hacia la puerta de cristal por la que había entrado, mientras sus piernas la empujaban a seguirlo hacia un escenario que se le antojaba tan incómodo que se debilitaba solo de imaginárselo.

Ellie se conducía siempre según las normas de rigor, y además creía en ellas. Le gustaban. Había llevado una vida de lo más patética con sus padres nómadas, vagabundos y *hippies*. Había pasado su infancia en diversos continentes, de recién nacida en la India, y luego en Australia con una breve estancia en Nueva Zelanda, para luego regresar a Europa vía Ibiza, Grecia y España. Apenas había pisado la escuela, porque algo tan aburrido y convencional como una escuela no habría hecho otra cosa que nublar los infinitos horizontes azules de sus libérrimos padres. Como resultado, aquellos viajes constantes habían terminado por sembrar en ella un profundo anhelo de estabilidad.

Para cuando tuvo catorce años sus pies volvieron a tocar tierra, y sus padres aceptaron a regañadientes que su sed de recorrer mundo había quedado suficientemente saciada, Ellie se había entregado al gozo de quedarse donde estaba con una pasión casi física.

Era una obsesa de los detalles, con una vena creativa que había heredado de sus artísticos padres. Aquella mezcla le había posibilitado obtener su primer empleo en una importante agencia publicitaria y, a partir de aquel momento, había sido invitada a volar por su propia cuenta haciendo equipo con Stephen y Adam, miembros ambos del consejo de administración de la misma empresa, para montar una agencia propia. Aquel había sido el mayor riesgo que había corrido hasta entonces. Con el tiempo, había conseguido hacerse con un significativo nicho de mercado en el mundo de la publicidad. Todo lo hacía con exquisito cuidado, sin dejar nada al azar, como el portafolio que seguía aferrando. Un portafolio que debería haber sido mostrado y explicado en los seguros confines de un despacho. Sin cintas de correr o sacos de boxeo a la vista.

Contempló el musculoso torso de Niccolo adivinado bajo la camiseta, la longitud de sus piernas, el poderoso dibujo de sus músculos y tendones… y se estremeció. Aquel hombre parecía ajeno a normas y protocolos. Peor aún. Aquel hombre parecía dispuesto a

celebrar su entrevista de trabajo en el vestuario de un gimnasio.

Niccolo abrió la puerta y ella se detuvo encogida de puro nerviosa, engarfiados los dedos en su maletín, con los nudillos blancos. Él se volvió entonces, con ambas manos en los extremos de la toalla que se había colgado al cuello.

En circunstancias normales, no era ese el escenario que habría elegido para concertar una entrevista, pero había llegado a la oficina más tarde de lo normal. A las ocho en vez de a las seis, la hora habitual. Tampoco había llegado muy contento. Su última amante, en un arranque de despecho, se había dedicado a vender detalles de su vida privada a la prensa rosa después de que él hubiera puesto fin a su relación. Su madre y sus tres hermanas, por su parte, habían hecho frente común en su misión de someterlo a un ataque verbal en toda regla sobre su promiscua vida amorosa.

La tarde anterior había ido a cenar con su madre a su preciosa casa rural, cerca de Oxford, esperando alguna conversación ligera y la excelente comida que elaboraba su cocinero particular cada vez que tenía invitados. El problema fue que se encontró de repente en compañía no ya de su madre, sino además de sus tres hermanas, cada una de las cuales tenía opiniones más que firmes sobre la clase de mujeres con las que salía. En consecuencia, al día siguiente se había levantado tarde, y la única cosa que le habían entrado ganas de hacer cuando llegó a la oficina fue un poco de ejercicio en compañía de un saco de boxeo y un extenuante juego de pesas.

Y, en justicia, no había esperado a ninguna mujer. Y menos aún a una que parecía que estuviera chupando limones, tan agria era la cara que estaba poniendo. En aquel momento aquella mujer lo estaba mirando con una mezcla de consternación y desaprobación. Seguía con el abrigo puesto y llevaba el cabello perfectamente recogido hacia atrás en un apretado moño. Aunque tenía que reconocer que tenía unos ojos de un precioso color dorado y que su boca, apretada en una fina e implacable línea, podía llegar a ser de lo más atractiva, con aquellos labios carnosos y rosados…

–Se ha parado usted –observó él con tono cortés–. ¿Por qué?

–Me temo que no considero apropiado mantener con usted una entrevista de trabajo en un vestuario.

–Oh, vaya. Como puede usted ver, no voy precisamente vestido de traje, y después de hora y media en este gimnasio le aseguro que necesito cambiarme de ropa.

Dos radiantes coloretes se habían dibujado en sus mejillas. Su piel parecía arder como si estuviera demasiado cerca de una llama y, en respuesta a aquellas reacciones físicas, agarró su maletín

todavía con mayor fuerza.

Él se había apoyado en el marco de la puerta, solo parcialmente abierta.

–Quizá podría esperarlo en su despacho –sugirió Ellie. Se quedó mirando fijamente su rostro, porque le parecía el lugar más seguro donde posar los ojos. La otra opción era su cuerpo escasamente vestido, pero era tan terriblemente guapo que le provocaba un sudor frío.

–Quizá sí… –reflexionó Niccolo en voz alta, con los ojos clavados firmemente en su rostro en forma de corazón, que seguía bañado de un rubor de incomodidad–. Pero no. Me temo que no. No tengo tiempo que perder –se irguió–. Si este contrato significa algo para su agencia, tendrá entonces que superar su incomodidad ante mi informal comportamiento y seguirme –sonrió y enarcó las cejas, a la espera de su respuesta.

–Esto… esto es muy poco formal –balbuceó ella en un último y desesperado intento por permanecer en el lado seguro de la puerta entreabierta.

–¿Es usted una tiquismiquis de las formalidades? –inquirió Niccolo, ladeando la cabeza y dejando que el silencio resbalara entre ellos como una descarga eléctrica.

–Sí –Ellie no vaciló en dejarle claro ese punto. Si había una cosa que sus poco convencionales padres le habían enseñado era precisamente el valor de las formalidades.

Niccolo soltó una carcajada de auténtica diversión. Se preguntó qué edad tendría. Debía de andar por los veintipocos años, aunque aquella gazmoña actitud le recordaba más a una conservadora abuela que a una joven del excitante y selecto mundo de la publicidad. Los otros rivales suyos con los que se había entrevistado brevemente para aquel contrato habían sido modernos hasta la extenuación. Gorras, barbas y gafas de aro en el caso de los hombres, y cansinos modelos de último grito para las mujeres. Dudaba que cualquiera de ellos se hubiera quedado tan desconcertado ante la perspectiva de celebrar una entrevista de trabajo en un gimnasio. En un mundo que resultaba ya demasiado predecible, Niccolo se descubrió de repente disfrutando de la situación.

–Bueno, al menos es usted sincera –observó él–. Aunque le confieso que no llevo muy bien estar rodeado de gente demasiado aficionada a las normas y reglas. Me gusta la gente que es original.

–Yo soy una firme partidaria de las normas y de las reglas –Ellie apretó los labios y se le dilataron las aletas de la nariz mientras

aspiraba su embriagador aroma masculino.

Sus ojos se vieron atraídos por el escote en forma de uve de su camiseta negra y se detuvieron allí. La camiseta era lo suficientemente ajustada para subrayar su ancho y musculoso torso, así como lo estrecho de su cintura. Podía distinguir una sombra de vello oscuro en el pico de aquella uve, un detalle tan intensamente viril que se quedó sin respiración por unos segundos, antes de apartar rápidamente la vista con el corazón martilleándole en el pecho.

–Pero… –Ellie respiró hondo, aquietando la súbita aceleración de su pulso– eso no significa que no sea original. Soy muy buena con el tipo de dinámicas que mis clientes suelen buscar en sus campañas publicitarias. Formamos una empresa pequeña y relativamente nueva en el sector, pero somos terriblemente dinámicos y sabemos llegar al mercado joven. Las redes sociales en todas sus variadas formas constituyen nuestra principal herramienta a la hora de culminar con éxito un encargo, y tenemos a gala ser de los mejores en ese terreno.

–Gracias por el discurso –repuso Niccolo con tono cortés, apartándose de la puerta–, pero sigo teniendo necesidad de cambiarme. Tiene usted la oportunidad de ganarse a pulso el contrato mientras lo hago –se giró y Ellie no tuvo más remedio que seguirlo con piernas temblorosas y la mirada clavada en su espalda mientras penetraba en una espaciosa habitación, alicatada del suelo hasta el techo con mármol gris y blanco. Y con dos espejos ocupando sendas paredes de manera tan desafortunada que veía su propia imagen reflejada en cada ángulo.

Ellie se esforzó todo lo posible por ignorar su propio reflejo. Medía uno setenta, y los tacones aumentaban bastante su estatura, pero aun así él le sacaba más de una cabeza. La fugaz imagen de sus respectivas figuras en aquellas paredes de espejo mientras atravesaban la sala la hizo encogerse por dentro.

Él le había confesado que no llevaba muy bien el estar rodeado de gente «demasiado aficionada a las normas y reglas». Lo había dicho como si cualquiera que no fuera un descarado granuja fuera un ser aburrido y carente de interés. ¿Qué debía de pensar de ella, en ese caso? Ya había levantado su estandarte por lo que se refería a las normas y reglas, y, aunque no lo hubiera hecho, una sola mirada a su aspecto lo habría convencido de que ella era precisamente la clase de ser aburrido y convencional con quien él nunca se llevaría bien.

Si Niccolo Rossi era el equivalente del felino depredador y

peligroso, absolutamente imprevisible y escandalosamente bello, entonces ella era la equivalente del pusilánime gorrioncillo posado en la rama de un árbol, temeroso de acercarse demasiado.

Su ropa era pulcra pero, era bien consciente de ello, nada inspiradora. Como su figura. No poseía las curvas de la típica bomba sexual ni tampoco la andrógina y escuchimizada silueta de una modelo. Era simplemente… esbelta. Senos discretos. Su cabello, largo hasta los hombros, recogido en un funcional moño en la nuca, era sedoso y brillante, pero… castaño. Se había abierto su propio nicho de clientes satisfechos con su competencia y su estilo claro y directo, así como con la agudeza de sus análisis; impresionados por su tenaz meticulosidad y seducidos por los alardes de ingenio y de ímpetu que desplegaba en todas sus campañas. Pero Niccolo Rossi no iba a ser uno de aquellos clientes satisfechos, impresionados y seducidos.

Nunca ganaría aquel contrato. Cuando se trataba de ganar un contrato, una tenía que llegar a conectar bien con la persona del otro lado de la barrera. Un imprevisible felino y un gorrioncillo castaño no constituían precisamente una pareja natural de negocios. Contemplando como estaba ya la perspectiva de un fracaso, y esforzándose por adivinar qué efecto tendría ello en la suerte de su empresa, Ellie no se dio cuenta de que habían atravesado la sala y se encontraban en aquel momento justamente en el vestuario. Vestuario que también estaba alicatado de mármol, aunque desafortunadamente no en un estilo tan impersonal… porque la fila de duchas sugería, con demasiada claridad, lo muy íntimo de aquel espacio.

Se quedó helada. El color abandonó sus mejillas. Seguía con el abrigo puesto y, prácticamente, a punto de desmayarse de calor, pero demasiado avergonzada para quitárselo en un lugar así, específicamente diseñado para desnudarse.

Niccolo se cruzó de brazos y la miró. Nunca había visto un rostro que recordara tanto la expresión de un conejillo mirando de repente, con absoluta fijeza, los deslumbrantes faros de un coche acercándose.

–Normalmente no suelo celebrar entrevistas de trabajo aquí –se sintió obligado a confesar, aunque no estaba en su naturaleza disculparse ante nadie–. Por desgracia, he llegado a la oficina mucho más tarde de lo que tengo por costumbre –esbozó una mueca cuando pensó en las cuatro brujas que le habían sermoneado la noche anterior–. No es culpa de usted, me doy cuenta de ello, pero el caso es que decidí, nada más llegar, que necesitaba ir al

gimnasio. La mala suerte es que ello coincidió con su entrevista, que ahora veo claro que debería haber cancelado.

–¡No! –se apresuró a replicar Ellie–. No hay ningún problema. Esto es un tanto inusual, por supuesto, pero…

–Pero yo soy multimillonario y su agencia está desesperada por ganar este contrato, de modo que tener que soportar este inapropiado comportamiento mío es una píldora que está dispuesta a tragarse por un bien mayor –sonrió y se la quedó mirando fijamente por unos segundos, antes de volverse para desaparecer detrás de una pared.

Ella todavía podía oírlo. O, más bien, lo que podía oír era el ruido del agua cuando abrió la ducha. Estaba segura de que los veinte minutos ya habían transcurrido, y ella seguía sin haberle enseñado su trabajo. Francamente, podría marcharse en aquel mismo momento, pero de alguna manera se le antojaba grosero escabullirse ahora que le había dado la espalda. Cuando él estaba en la ducha. Desnudo.

De repente se descubrió alcanzando un nivel de imaginación que no había sido consciente de poseer. Se lo imaginaba bajo el chorro de agua, frotando con jabón su grande y poderoso cuerpo. Aquel hombre no era uno de aquellos tipos metrosexuales de piernas como palillos y torsos sin vello. Era agresiva, violentamente masculino, con un descarado y peligroso sex-appeal capaz de aturdirla y dejarla sin habla.

–Se ha quedado usted muy callada –murmuró Niccolo saliendo por fin del oculto cubículo, con el pantalón puesto y abrochándose tranquilamente los botones de la camisa.

Ellie parpadeó y se ruborizó al recordar las gráficas imágenes bajo la ducha que le habían disparado el pulso. Estaba por lo menos mínimamente decente, algo de lo que se sentía inmensamente agradecida. Pantalón gris y camisa blanca. Aunque estaba descalzo y tenía el cabello todavía húmedo.

–El tiempo no corre en su favor, señorita Eleanor Wilson. De hecho –miró el carísimo reloj que lucía en la muñeca–, sus veinte minutos se han convertido en veinticinco. Pero teniendo en cuenta que usted no había previsto que me presentaría su proyecto en un gimnasio, prorrogaré su tiempo en media hora. ¿Cree usted que será capaz de hacer lo que ha venido a hacer aquí en ese tiempo? Eso si deja de malgastar más tiempo en mirarme con esa fijeza, claro. Y, por el amor de Dios, quítese el abrigo. Lo último que necesito es desperdiciar la mañana atendiendo a una desvalida damisela desmayada de calor.

Ellie no tuvo tiempo de responder nada porque él ya estaba abandonando el vestuario en dirección a otra puerta en la que ella no se había fijado antes. Llevaba directamente a una cómoda habitación de suelos de madera, equipada con todo lo que alguien podría desear después de haberse ejercitado a fondo con las pesas.

Había una nevera de cristal llena de botellas de agua y refrescos energéticos, además de un mostrador con bandejas cargadas de fruta y barritas proteínicas. Niccolo agarró una botella de agua mineral y procedió a bebérsela de un solo trago.

Durante unos segundos, Ellie se quedó hipnotizada por los movimientos de su moreno y bronceado cuello mientras tragaba el agua, hasta que, entrando de repente en acción, se quitó el abrigo y sacó rápidamente su tablet junto con toda la documentación que había llevado. Si solamente disponía de media hora, entonces estaba determinada a aprovecharla.

–Hay copias en papel de todo –empezó, quedándose de pie mientras él tomaba asiento en una silla y acercaba otra para poder apoyar cómodamente los pies.

Niccolo se relajó, juntando las manos detrás de la cabeza y observando sus preparativos. La tablet de Ellie ya estaba encendida y funcionando. Era el epítome de la eficacia. El abrigo había desaparecido para revelar un traje tan insulso como había esperado. Ahora que ya no tenía necesidad de evitar mirarlo vestido con la sudorosa camiseta y el pantalón corto que llevaba cada vez que se ejercitaba en el gimnasio, había vuelto a adoptar la pose profesional que tan bien parecía caracterizarla.

Niccolo evocó sus mejillas delicadamente ruborizadas, así como su violenta incomodidad de antes, y pensó que era una pena que acabara de metamorfosearse precisamente en el tipo de mujer ejecutiva con el que estaba demasiado acostumbrado a tratar. Él habría preferido lo que había visto antes en ella. Ejecutivas profesionales y eficientes las había a montones. Y consumadas y hábiles seductoras también: él debería saberlo mejor que nadie, dado que había salido con muchas en el pasado.

Una mujer capaz de ruborizarse, sin embargo, era una rareza en esos días. De ahí lo mucho que había disfrutado con aquella visión. En aquel momento ella le estaba hablando del resort que constituiría el objetivo de aquella campaña publicitaria. Indudablemente se había documentado a fondo. Parecía incluso saber más del resort que él mismo, aunque eso tampoco era tan raro, dado que aquella reciente incursión en la industria del ocio había representado un cambio respecto a sus habituales actividades.

Su camino hasta conseguir la fama, la gloria y la riqueza había empezado en el altamente provechoso laberinto de las aplicaciones de móvil. Se había convertido en multimillonario casi antes de terminar la universidad, con su licenciatura con matrícula de honor en Matemáticas e Ingeniería Informática. Había multiplicado su primer millón por varios más cuando comenzó a adquirir empresas en apuros para convertirlas en minas de oro, y esos millones se habían convertido en miles conforme había ido ampliando su área de acción. Pero nunca había pensado en dedicarse a la industria del ocio hasta que una hermana suya le mencionó lo muy difícil que podía resultar encontrar a la compañera de vida adecuada.

Niccolo no creía en compañeras de vida, fueran adecuadas o no. Creía en la pureza del trabajo. Pero resultó que invirtió en una aplicación de agencia de contactos con vistas al matrimonio, y fue allí donde vio la oportunidad de combinar un ámbito laboral conocido con el interesante y, para él, todavía inexplorado mundo de los hoteles de última generación, con el estímulo añadido de aumentar así su ya considerable fortuna. ¿Por qué no? La fantasía del amor duradero no era para él, por cierto número de razones, pero eso no significaba que no existiera, y él estaba más que dispuesto a proporcionar los recursos necesarios a todos aquellos ilusos deseosos de perseguir aquel sueño.

Niccolo había planificado la ruta de su propio futuro desde el mismo día en que falleció su padre. En aquel tiempo solo había tenido ocho años, y su progenitor le había dicho, en su lecho de muerte, que él era a partir de aquel momento el hombre de la casa y que, por tanto, tenía que asumir la responsabilidad que ello suponía. No podía recordar un solo momento de su vida en que no hubiese sido consciente de la importancia fundamental del trabajo para conseguir sacar adelante a la familia. Para cuando cumplió los veintiuno, recién salido de la universidad de Cambridge, la empresa familiar había sido ya capaz de echar a andar sola.

El deber por encima de todo. Ese mantra no había dejado de resonar en su cabeza desde que era un niño, asociado al mensaje que le había dejado su padre moribundo. Por un lado había tenido que hacer malabarismos con la exigencia de modernizar el negocio familiar, mientras que por otro había desarrollado insusitadas capacidades en el proceloso mundo de la tecnología, aprendiendo con el tiempo a combinar ambas cosas.

Niccolo suponía que había conocido antes a jóvenes inocentes capaces de ruborizarse, pero, si lo había hecho, debía de haber sido hacía mucho tiempo. En aquel momento, con miles de millones a su

disposición y un círculo social que incluía a algunos de los más poderosos mandamases de todo el planeta, tenía la sensación de que habían pasado años-luz desde entonces. Abandonó en aquel instante sus reflexiones para descubrir que se la había quedado mirando fijamente. Ellie había empezado a explayarse sobre los puntos más destacados de su propuesta cuando él alzó una mano, deteniéndola a mitad de una frase.

–Pero… ¿qué pasa con el aspecto sexual?

–¿El aspecto sexual?

–No sea usted mojigata, señorita Wilson. Dígame que no he malgastado los últimos veinticinco minutos escuchándola mientras intenta venderme una campaña publicitaria de enfoque blando –se levantó y, de repente, la ventaja de que había dispuesto Ellie al soltarle su discurso estando de pie se evaporó–. Porque seguro que sabrá cuál es el objetivo de mi resort…

–Pensé que funcionaría mejor si destacáramos los espléndidos alrededores y el estilo orgánico de los edificios. En estos tiempos, la gente es muy consciente del valor y del encanto de un complejo que está en total armonía con la naturaleza –le mostró la imagen de una de las cabañas de dos dormitorios levantadas a corta distancia de la playa, una más de las muchas que el contacto que se había preocupado de cultivar en el complejo le había enviado la semana anterior–. De ahí el detalle de que toda la madera utilizada en la construcción de su hotel proceda precisamente del Caribe.

Continuó mostrándole otra serie de artísticas fotos de la cocina con estrella Michelin que ofrecería el complejo. El problema estribaba en que era agudamente consciente de que los fabulosos ojos oscuros de Niccolo la recorrían lentamente, con un leve brillo de diversión.

–Aquí, el detalle de que la mayoría de los ingredientes procedan de la isla y de que algunos productos vayan a ser cultivados directamente en la finca del complejo, junto con el centro de yoga, es absolutamente genial.

–Sí, ya he visto todas esas fotos, pero no ganará usted este contrato enseñándome fotos de palmeras y puestas de sol. No pienso seducir a poetas para que vayan a mi resort, ni animarles a que pasen su tiempo mirando a la lejanía para después ponerse a escribir sonetos –arqueando las cejas con expresión irónica, Niccolo sonrió–. Así que se lo repito una vez más: ¿es esto todo lo que tiene para mí?

Capítulo 2

EL LAPSO de media hora que le había concedido, al cual, bajo otras circunstancias, Niccolo se habría atenido rígidamente, galopaba rápidamente hacia su fin. Rellenada su botella de agua, mal engañada su hambre con la barrita proteínica, miraba a Ellie deteniéndose apreciativamente en el lento rubor que iba bañando sus mejillas.

Quizá sería indulgente y postergaría el plazo de ejecución porque le gustaba la manera que tenían de mirarlo aquellos grandes ojos dorados: tímidamente, con vacilación, y sin embargo también con un interesante matiz de desafío.

Era la primera vez que Niccolo se había tomado algún interés por cualquiera de las campañas publicitarias de sus empresas. Normalmente lo dejaba todo en manos de su departamento de marketing. Aquel resort, sin embargo, era algo completamente separado de sus intereses comerciales. Aquel proyecto estaba únicamente sustentado por su fortuna personal. La excitación que siempre le había producido dirigir un imperio estaba empezando a palidecer. La vida estaba empezando a perder brillo. Había cumplido la promesa que le había hecho a su padre. Su deber de asegurarse de cuidar bien de su familia había quedado satisfecho, así que… ¿ahora qué? A veces tenía la sensación de que había sido programado únicamente para cumplir con ese deber. Aquel resort, y la subsiguiente cadena que tenía en mente levantar, había logrado revivir su hastiado paladar. Supervisar su desarrollo, ayudado del pequeño equipo que había elegido, la mitad del cual se hallaba trabajando a tope en la isla, era justamente el remedio que necesitaba.

Y la mujer que tenía frente a sí estaba ejerciendo sobre él un efecto similar. Euforizante.

–Por supuesto –Ellie rompió el silencio que parecía haber alcanzado un punto límite de elocuencia–. Me doy cuenta de que su resort servirá al objetivo de su agencia de jóvenes solteros…

–No necesariamente jóvenes. De hecho, yo diría que la gente joven estará en minoría. La mayor parte no podrá permitirse mis precios. Pero tiene usted toda la razón en lo de su soltería. Gente soltera buscando el amor en unas vacaciones de ensueño. Una exquisita localización, un escenario fantástico… como principal lugar para el desarrollo de una relación romántica –se interrumpió por un momento antes de continuar–: Solo que lo único que yo estoy viendo en su propuesta es un escenario de ensueño. Cualquiera que la hubiera escuchado habría pensado que está usted publicitando un destino tradicional de luna de miel. Así que, se lo repito una vez más, dígame qué más tiene para mí, porque sus competidores se han esmerado mucho con sus propuestas.

–Yo pensé que podría resultar más tentador si a los huéspedes no se les da la impresión de que van allí para… para desarrollar una relación romántica.

Niccolo alzó de golpe las cejas.

–¿Se refiere a engañarlos haciéndoles pensar que únicamente están allí por el cielo azul y el mar turquesa, por la paz y la tranquilidad? Señorita Wilson, mis clientes se mostrarán muy activos a la hora de buscar pareja, de manera que concentrarse en el escenario no constituirá su principal tentación.

–Si no le gusta lo que he hecho, señor Rossi, entonces quizá no debería hacerle perder más tiempo, y tampoco usted a mí…

Pero Ellie sabía que regresar a casa con las manos vacías iba a perjudicar a su negocio. Por supuesto, eso era algo inevitable, pero la agencia, su carrera… esas eran precisamente las cosas que daban sentido a su vida. Representaban todos aquellos peldaños de la escalera que debía subir para no volver a tener que soportar las inseguridades que había soportado de niña.

–No es usted muy osada, ¿verdad, señorita Wilson? –comentó secamente Niccolo–. ¿Ya se está dando por vencida? ¿No va a intentar convencerme de que mire esto según su punto de vista? Me sorprende que haya podido sobrevivir ni dos minutos seguidos en el despiadado mundo de la publicidad, en el que tanto vende el sexo… y tanto más cuanto más explícito –Niccolo observó con interés el gesto terco con que alzó levemente la barbilla–. No me diga que nunca ha recorrido usted el sórdido camino de tener que vender algo terriblemente gris y absolutamente invendible con ayuda de unas cuantas imágenes sensuales…

–Bueno, pues da la casualidad de que no –replicó Ellie, tensa–. Los proyectos que he impulsado han conseguido un gran éxito gracias a un enfoque fundamentado en la nostalgia, y el recuerdo de

las cosas buenas de la vida no necesariamente tiene que ver con el sexo.

–Ah, ya capto lo que quiere usted decir. Usted es una persona de gustos sencillos. Los coches, los perfumes y el alcohol se quedan para sus colaboradores más atrevidos –la miró pensativo y se levantó de pronto, esperando a que ella lo hiciera también–. Ha dispuesto de mucho más tiempo del que le había concedido –le espetó, cortante–. Ya me ha expuesto su proyecto, tan interesante como, sin embargo, mal enfocado. Pero esto es lo que se me ha ocurrido, señorita Eleanor Wilson. Quizá tenga usted razón y sería imprudente caer en la trampa del incentivo sexual demasiado explícito. No necesito decirle que su campaña es demasiado etérea para mi gusto, pero, por otro lado, no es nada desdeñable. No hay una sola imagen picante en lo que me propone, y se las ha arreglado para presentarme su proyecto sin hacer mención alguna al hecho innegable de que toda la gente que pise mi resort andará en busca de una relación sexual. Lo que estoy buscando es un concepto intermedio entre «el sexo vende» y las románticas puestas de sol. Así que ¿por qué no me acompaña a mi despacho para que así pueda contar con toda mi atención?

Ya había echado a andar hacia la puerta con Ellie trastabillando detrás. Guardó como pudo sus papeles en el maletín sujetando al mismo tiempo la tablet y el abrigo con su mano libre. No era de sorprender, pensó lúgubremente, que el gran jefe no se hubiera ofrecido a ayudarla con sus cosas. Se sentía agradecida de que le hubiera concedido una oportunidad, pero, si lo que quería era que lo ayudara a promocionar la idea de un resort concebido para que la gente pagara una fortuna y pudiera así ligar con personas de su mismo estatus con el objetivo de un sexo sin complicaciones… mucho se temía que se había equivocado con ella.

El sexo sin complicaciones no era precisamente algo de su gusto. Todavía podía recordar las fiestas con cambio de parejas que tanto habían gustado a sus padres, el concepto de amor libre que jamás le habían ocultado.

En el gimnasio había un ascensor que llevaba directamente a la suite de oficinas de Niccolo, en el piso más alto del edificio. Bien podría Ellie haber sido una simple pieza más del mobiliario a tenor de la atención que él le prestó durante la subida. Estuvo todo el tiempo hablando por el móvil, apoyado indolentemente en la pared niquelada, concentrado al cien por cien en sus cosas. Cuando se abrieron las puertas, apenas levantó la vista de lo que estaba haciendo. Todavía tenía el pelo húmedo y se lo había peinado

mínimamente con los dedos.

Lo miró subrepticiamente y se estremeció porque, con traje o sin traje, seguía proyectando un aura oscura y peligrosamente intimidante. Se tensó por dentro ante aquel caprichoso giro de sus pensamientos. Ella no era una damisela victoriana, ni él un macho violento y castigador. No, ella era una eficiente y ambiciosa socia de una joven agencia publicitaria y él un potencial cliente con la capacidad de poner su negocio en el mapa. Se había esforzado mucho por conseguir aquella oportunidad y no pensaba desperdiciarla.

Ellie apenas se fijó en el lujo que la rodeaba cuando salieron del ascensor. Reinaba una extraña y vibrante quietud en aquel espacio diáfano, con paredes bajas de cristal ahumado y maceteros de plantas estratégicamente situadas entre los escritorios de cromo y madera castaño claro. Su despacho estaba al final del pasillo enmoquetado y él solo se detuvo al entrar en la antesala, donde una mujer de mediana edad estaba trabajando ante su ordenador.

–Nada de interrupciones durante la próxima media hora –ordenó, empujando la puerta de su despacho y haciéndose a un lado para que Ellie pasara primero–. Estaré ocupado –se volvió entonces hacia su secretaria y Ellie pudo detectar una maliciosa sonrisa en su voz–. Esta es la señorita Wilson, que va a intentar convencerme de que el sexo no vende.

Ellie sabía que la estaba provocando y, muy a su pesar, la discreción no era precisamente su fuerte. ¿Quién podía saberlo? Quizá efectivamente fuera capaz de hacerle ver que el sexo no lo era todo, ni mucho menos, cuando se trataba de vender diversión.

–Adelante –Niccolo señaló una de las sillas que rodeaban una mesa baja de madera. Su despacho no se componía tanto de una habitación como de varias dispuestas a la manera de un carísimo y diáfano apartamento-estudio. Había una zona para sentarse, un pequeño comedor y una barra de bebidas.

Ellie se sentó. Las sillas eran bajas y mullidas. Estaban diseñadas para relajarse, pero, dado que lo último que se sentía era relajada, tomó asiento en el borde de una de ellas y colocó su tablet sobre la mesa. Niccolo, por su parte, se repantigó en otra silla frente a ella.

–Iba a intentar ganar usted este contrato –murmuró, entrelazando los dedos sobre su vientre liso como una tabla–, mostrándome lo que puede hacer cuando «el sexo en la playa» se encuentra con «los atardeceres en el paraíso» –sonrió–. Así que deje a un lado el atractivo de los exquisitos jardines y enséñeme cómo se puede conciliar el amor a primera vista con los revolcones entre las

sábanas.

En aquel preciso instante supo Ellie, sin la menor sombra de duda, que no existía ninguna posibilidad de que Niccolo fuera a recurrir a su agencia para promover su proyecto. Su tiempo se había agotado, pero él parecía encontrarla entretenida. Aquel hombre era el propietario de la compañía y podía hacer exactamente lo que quisiera. Y, si deseaba jugar con ella, nada ni nadie sería capaz de detenerlo.

–Dudo que yo sea la persona adecuada para este trabajo, señor Rossi –empezó educadamente–. He tenido un alto porcentaje de éxito con todos los otros contratos que me han encargado. Sinceramente pienso que, a la hora de promocionar su resort, el mejor enfoque es el de ofrecer algo selecto a la vez que original. Algo que ofrezca mucho más que los actuales resorts del mercado convencional que se dirigen a un público soltero, pero entiendo que usted no sintoniza en nada con ese concepto.

–¿Qué edad tiene usted?

–¿Perdón?

–Siento curiosidad por saberlo porque, y corríjame si me equivoco, usted se debe a la industria privada y está dejando que sus prejuicios personales se entrometan en su trabajo. Encuentro difícil de creer que una mujer de veintipocos años, que son los que le calculo, pueda mostrarse tan rígida moralmente que se escandalice ante la idea de que personas solteras puedan pasar un rato divertido en un entorno agradable.

Ellie le sostuvo la mirada sin pestañear.

–Pienso sinceramente que la relación romántica puede florecer en el tipo de escenario que proporcionará su resort, y pienso también que ese es un importante aspecto a promocionar. Lo que pasa es que dudo que yo sea la persona más adecuada para diseñar una campaña publicitaria centrada en el objetivo de que la gente se acueste por un par de semanas sin más.

–Lo dice usted como si el sexo fuera algo desagradable.

Niccolo se sentía intrigado. Aquella mujer era distinta de cualquier otra que hubiera conocido, tanto que parecía recién aterrizada de otro planeta. Estaba en aquel momento inclinada hacia él, aferrando los laterales de la silla. Se había despojado de aquel horripilante abrigo, aunque la chaqueta que llevaba debajo seguía firmemente en su lugar. A pesar de ello, todavía le resultaba posible atravesar con la mirada su blusa blanca y delinear el borroso contorno de sus senos.

Las largas pestañas de Niccolo velaban su expresión, pero su

súbita quietud se vio traicionada por una momentánea pérdida de control. Su pulso sanguíneo disparó un deseo tanto más desconcertante cuanto eso era precisamente lo último que había esperado de aquella entrevista. Se removió un tanto, sentándose más derecho para aliviar parte de la presión que atenazaba su entrepierna.

Cualquier otra mujer habría reaccionado ante el cambio operado en el ambiente, la carga eléctrica que flotaba en el aire, la tensión que se había instalado entre ellos, forzada como una goma a punto de romperse. Pero la señorita Wilson no. Lo estaba mirando con los ojos muy abiertos y una expresión de absoluta franqueza. Se había inclinado un poco más, dejando ver su tentador escote, inadvertidamente.

Niccolo reaccionó de pronto, con su cuerpo repentinamente incendiado. Tanto que se levantó para ponerse a caminar de un lado a otro de su despacho en un intento por someter su insubordinada libido.

–Yo no he dicho que el sexo fuera algo desagradable –murmuró Ellie, desconcertada por el cambio de rumbo de la conversación–. Pienso, sin embargo, que un par de semanas de sexo no es la receta adecuada para que dos personas deprimidas descubran el amor.

–¿Por qué tienen que estar deprimidos mis clientes? –le preguntó él, aunque lo que realmente le intrigaba era su cuerpo enterrado bajo aquel atuendo de abuela… Siempre había sido un gran aficionado a las mujeres con evidente sex-appeal. Le gustaba ver lo que tenían que ofrecerle y, aún más que eso, le gustaba saber que las mujeres con las que salía eran lo suficientemente despabiladas como para saber lo que estaba sobre la mesa y lo que no. El sexo estaba siempre sobre la mesa, mientras que el compromiso no.

Niccolo había sufrido una mala experiencia en su vida amorosa y, a partir de aquel día, había tomado la decisión de no volver a cometer error alguno. Recién salido de la universidad, y con un negocio familiar en fase terminal necesitado de un buen empujón, se había dirigido a la chica con la que había estado saliendo por entonces en busca de apoyo. Susie apenas llevaba unos cuantos meses con él, pero era ya todo lo que él había deseado en una mujer, en aquel tiempo al menos.

Tras el fallecimiento de su padre, la empresa familiar había empezado a declinar como una elegante aristócrata que hubiera envejecido hasta quedar postrada en cama. Había sido un proceso gradual, pero Niccolo, durante todo el tiempo, se había criado en la

ignorancia y había seguido disfrutando de los privilegios de las clásicas vacaciones en el extranjero, además de conservar el cultivado acento que tanto había adorado Susie, según su propia declaración. Un atractivo italiano con acento de la alta sociedad, destinado a llegar a lo más alto. La combinación la había fascinado, quizá, por lo muy distinta que había sido de su propio origen, el de una familia trabajadora, algo a lo que por aquel entonces Niccolo había prestado muy escasa atención.

Pero las cosas cambiaron en el preciso instante en que él le reveló que la herencia familiar estaba a punto de dar sus últimas boqueadas. Desaparecida la perspectiva de una gran fortuna a la vista, Susie había empezado a cambiar. Al final resultó que estaba mucho menos impresionada con Niccolo de lo que este había pensado. Y resultó que a quien realmente ella había querido era al joven rico con una mansión en el campo y un lujoso apartamento en Belgravia. Con lo que no tardó en encontrar a otro que encajara bien en sus perspectivas, alguien que, para colmo, había sido uno de los mejores amigos de Niccolo.

Susie, mujer terriblemente sexy, había sabido muy bien cómo utilizar sus múltiples recursos. A su amigo, lobo con piel de cordero, Niccolo lo había olvidado, pero a ella no. Nunca. De hecho, Susie había vuelto arrastrándose años después, cuando el rostro de Niccolo empezó a aparecer en los medios de comunicación como el joven león dispuesto a hacerse el amo de la manada, y él obtuvo un gran placer en despacharla… Aunque, en verdad, debería haberle dado las gracias por la gran lección que le había enseñado. Gracias a ella, se había concentrado en lo importante. Susie le había recordado que el amor no era más que una distracción de las obligaciones que se había jurado cumplir. El sexo no representaba ninguna distracción, el sexo era un desahogo físico, y, si tenía un apetito voraz del mismo, no tenía escrúpulo alguno en saciarlo con aquellas mujeres dispuestas que tampoco se avergonzaran de buscarlo. Ellas conocían bien sus reglas; después de aquel error de juventud, él siempre se aseguraba de que las tuvieran bien presentes. Tenía su vida personal tan eficazmente controlada como su vida pública.

Por lo que se refería a las mujeres, Niccolo siempre sabía dónde se estaba metiendo.

–Yo nunca he dicho que sus clientes estén deprimidos –protestó Ellie con tanto fervor como sinceridad–. Pero creo que el amor no es algo que pueda ser fabricado a fuerza de juntar a la gente durante un par de semanas. El amor es algo que lleva tiempo. Lo que quiere

vender usted es sexo sin compromiso y yo… yo…

–¿No lo aprueba? –la interrumpió él–. Alguien podría decir que estoy haciendo un servicio a cierto sector de la sociedad que encuentra difícil lanzarse a la piscina del mundo de las citas. No, espere: lanzarse a esa piscina es muy fácil. El único problema es que la piscina está llena de pirañas y de tiburones. Y mis clientes andan a la busca de aguas más tranquilas.

–No le sigo…

–Las otras agencias a las que he entrevistado… y puede considerarse usted afortunada de que solo haya entrevistado a tres… me ofrecieron precisamente lo que, según ellos, era lo previsto. Un complejo turístico para solteros y solteras. Sexo de vacaciones, pero en un escenario más glamuroso que lo normal, y con sus protagonistas luciendo caros trajes de baño y gafas de sol de diseño. Tengo la impresión de que pretendían publicitar el tipo de lugar que ellos mismos, personalmente, encontrarían atractivo.

–Yo pensé que usted deseaba precisamente el enfoque más explícito.

–Dije que no deseaba una selección de fotografías con gusto de los menús de temporada en oferta –se la quedó mirando pensativamente–. Cuénteme lo que significaría para usted ganar este contrato –murmuró–. Es evidente que tiene talento, probablemente también ambición, y es usted buena en su oficio. Yo he hecho mis deberes. Es un contrato pequeño, pero es para mí, y eso en sí mismo hace que sea extremadamente valioso. ¿No le parece?

Ellie bajó la mirada a sus dedos entrelazados. Lo que él acababa de decirle era atrevida, ofensivamente arrogante, pero lo había dicho con tan despreocupada seguridad que ella no podía por menos que suscribir dócilmente su resumen de la situación.

–Así que explíqueme qué significaría para usted, personalmente, que este contrato fuera finalmente a parar a su agencia –insistió él–. Y no quiero escuchar el típico discurso sobre su pequeña pero dinámica empresa, o lo bien que está conectada con la juventud de hoy en día.

–¿Qué importancia tiene lo que podría significar para mí?

–Digamos que siento curiosidad y, dado que soy yo quien va a pagar, ¿por qué no me complace?

–Por obvias razones –respondió finalmente Ellie, tensa–. Este contrato sería indudablemente un punto a favor en mi carrera, y ciertamente reforzaría mi posición ante mis socios, los cuales cuentan con más experiencia que yo. Como muy bien ha señalado,

puede que no sea el mayor de los contratos, pero usted es un cliente importante, un bocado de ángel, así que siempre me quedaría la esperanza de que hubiera más. Eso constituiría un brillante éxito para la agencia, y no digamos para mí.

Niccolo enarcó las cejas.

–Por la manera en que lo ha dicho, lo de «bocado de ángel» no ha sonado en absoluto como un cumplido. Así que sacar adelante este contrato sería para usted como una manera de demostrar su propia valía.

–Así es –aseveró Ellie, rotunda.

–Y entiendo que su carrera significa mucho para usted.

–Para mí lo significa todo –le sostuvo la mirada–. La independencia económica lo es todo para mí. Este contrato es como una puerta abierta para mi agencia y yo quiero ver qué es lo que hay al otro lado.

Niccolo frunció el ceño, momentáneamente distraído.

–¿Y qué pasa con todas esas cosas que tanto preocupan a las mujeres de su edad? –le preguntó, sorprendiéndose él mismo de lo sexista que había sonado.

–No le sigo, señor Rossi.

–Me refiero al matrimonio y los hijos. Usted es claramente conservadora, pero eso no parece casar con el lema «yo lo sacrifico todo por mi carrera».

–Ahora mismo estoy muy concentrada en mi carrera, señor Rossi. No tengo tiempo para la clase de relación que llevaría al matrimonio y a los hijos.

–Un enfoque interesante.

–¿Por qué?

–Supongamos que usted conoce a alguien –Niccolo estaba fascinado por su manera de pensar, que a grandes rasgos coincidía con la suya–. Y que descubre que desea una relación con esa persona porque algo explota en su interior. Lo que me interesa descubrir es hasta qué punto es flexible su programa y qué pasaría si alguien de repente pusiera a prueba esa flexibilidad o cualquier compromiso laboral urgente que pudiera usted tener.

–De verdad que no entiendo lo que me está pidiendo, señor Rossi…

–Me gusta lo que ha hecho, señorita Wilson. Puede que necesite unos serios retoques, pero cuanto más lo pienso, más me inclino a pensar que esas vistas de bonitos atardeceres pueden funcionar. Son muy artísticas. Por desgracia, ha puesto un asunto personal sobre la mesa, y tengo la impresión de que debido a que usted desaprueba

mi concepto de resort, le costaría demasiado trabajar en cualquier cambio que yo pudiera sugerirle.

–Mi tarea consiste en adaptar e interpretar lo que el cliente quiere –replicó Ellie, con su cerebro trabajando a toda velocidad.

–¡Espléndida respuesta!

–Sí, pero… ¿qué tiene que ver eso con que alguien irrumpa en mi vida para influir en mi trabajo? –se lo quedó mirando con un ceño de perplejidad.

–Mire, estoy dispuesto a dar una oportunidad a su compañía.

–¡Eso es maravilloso! Aunque… –Ellie frunció el ceño–. Todavía no ha respondido a mi pregunta –vaciló, anhelando poder leer lo que estaba pasando por su cabeza–. Además… Siento curiosidad por saber por qué ha decidido ofrecerme el trabajo.

–Porque tiene usted agallas –observó Niccolo, disfrutando con la transparencia de su rostro–. Usted ha fallado a la hora de calibrar el objetivo de mi proyecto –le recordó–. Y puedo garantizarle que cualquiera de mis clientes se sentiría muy ofendido si alguien lo tachara de «deprimido». Sin embargo, no se ha dejado intimidar por mí, ni me ha dicho lo que suponía que yo podría querer escuchar.

Ellie no pudo evitar ruborizarse de placer.

–La razón por la que le pregunté si había alguien en su vida y si podría dedicarse en cuerpo y alma al trabajo es muy simple –continuó él–: Porque sospecho que usted podría necesitar que la convencieran, de primera mano, de las bondades del proyecto que será encargada de publicitar. Lo diré de otra manera. No es bueno intentar vender una barra de chocolate si a usted misma no le gusta el producto. Porque entonces, ¿qué sinceridad podría tener el mensaje?

–¿Está diciendo que necesito que me convenzan? –Ellie se preguntó cómo podía Niccolo haberse imaginado siquiera que podría intentar convencerla de que hiciera a un lado su código moral, y además conseguirlo. ¿Pensaría acaso que las profundas convicciones de la gente cambiaban a cada momento? O tal vez confiaba tanto en su propio poder de persuasión que se consideraba capaz de convencer a cualquiera, fueran cuales fueran sus creencias. O quizá fuera simplemente demasiado sexy para su propio bien…

Sin darse cuenta, bajó la mirada a la sensual curva de sus labios y en seguida la desvió, reconviniéndose mentalmente.

–No necesito que me convenzan de nada a la hora de hacer un buen trabajo. Le agradezco la oportunidad que me da de demostrarle lo que valgo. Creo que me he hecho una idea bastante aproximada de lo que desea y le aseguro que podré conseguirlo.

Supongo que tendrá un plazo de ejecución. Tengo entendido que la inauguración del resort será inminente. No tendré problema alguno en trabajar con cualquier plazo que me fije.

–Estoy encantado de escuchar eso –repuso secamente Niccolo–. Pero, antes de que se entusiasme demasiado hablando de plazos y de calendarios de entrega, creo que deberíamos despejar la posibilidad de que se produzca cualquier cortocircuito entre nosotros –clavó sus oscuros ojos en su rostro con una sombra de sardónica diversión–. No le estoy pidiendo que concierte otra cita con mi secretaria para que volvamos a reunirnos de aquí a una semana. Le estoy pidiendo que haga una corta visita a mi resort, para que vea con sus propios ojos de qué se trata.

Niccolo rara vez actuaba por impulso. En aquel momento, sin embargo, acababa de hacerlo. Durante los siguientes segundos se dedicó a saborear la extraña imagen de una mujer obviamente consternada ante la perspectiva de tener que pasar algún tiempo en un lujoso resort de seis estrellas, con todos los gastos pagados.

–Entonces, ¿quiere el trabajo? Si es así, vaya haciendo las maletas, señorita Wilson –esbozó una indolente sonrisa–. Me han dicho que no hay nada mejor que un spot publicitario rodado con sol de invierno…

Capítulo 3

HASTA UNAS pocas horas antes del momento previsto de despegue de su reactor privado, Niccolo no había sabido que terminaría confirmando lo impulsivo de su carácter para hacer un hueco en su agenda y partir rumbo al Caribe.

Su agenda no podía estar más apretada. Tenía reunión tras reunión, todas meticulosamente planeadas con semanas de antelación. No había forma de que pudiera escabullirse solo porque una mujer salida de la nada se hubiera presentado en su gimnasio una semana atrás para hacer añicos su rígido autocontrol.

Sí, le había dicho que viajar a su resort formaría parte de su trabajo. Hasta el momento, no veía problema alguno en ello, porque la propuesta tenía perfecto sentido. Le había gustado que no se hubiera dejado intimidar por él, sometiéndose como sí lo habían hecho las otras compañías. Había admirado su empecinamiento, pese a que había disentido radicalmente de todo lo que ella le había expuesto sobre las relaciones sentimentales.

Y sí, sentado frente a ella, se había sentido tentado por un cierto número de… hipotéticos escenarios. Pero incluso mientras experimentaba la tentación, mientras reconocía el extraño y desconcertante impacto que ella parecía ejercer sobre ciertas zonas de su cuerpo, una parte de su ser había permanecido contenida, controlada y lógica.

No, no iba a ir más allá porque carecía de sentido. Había disfrutado de aquella breve pérdida de control, y se había divertido fantaseando también con ciertas imágenes, pero muy en el fondo había esperado poder relegarla a un rincón de su mente a partir del momento en que la viera salir de su despacho.

Lo cierto era que estaba acostumbrado a salir con verdaderas reinas de la pasarela, y aunque la señorita Wilson tenía un «algo» innegable que le hacía fruncir el ceño y detenerse para mirarla dos veces, ella no era precisamente una reina de la pasarela. Era más bien del montón, y con un gusto en ropa que habría hecho gritar y

salir corriendo a cualquier experto en moda. Pero, por alguna impía razón, aquella mujer parecía haberse pegado a su cerebro como una lapa. No conseguía entenderlo.

Se conocía, sin embargo, a sí mismo, y sabía también sin la menor sombra de duda que necesitaba volver a verla. Su relación con el sexo opuesto bordeaba lo ridículamente previsible. O tenía una relación profesional con una mujer, o tenía una relación sexual con ella, en cuyo caso ambos solían practicar los habituales juegos de seducción hasta que él terminaba hartándose para cambiarla por otra.

Sabía muy bien qué hacer con las mujeres y, además, le gustaba. A pesar de la desaprobación de su madre, así como del cansino aguijoneo de su hermana, estaba perfectamente contento con su promiscua vida amorosa precisamente porque no conllevaba infortunadas sorpresas. Había sufrido tempranamente una de aquellas sorpresas y, por lo que a él se refería, una lección bien aprendida duraba toda la vida.

La señorita Eleanor Wilson, sin embargo, se las había arreglado para instalarse a caballo de las dos áreas, la profesional y la personal. Razón por la cual se había sorprendido a sí mismo pensando en ella con demasiada frecuencia para su gusto.

Y razón por la cual, también, sabía que tenía que verla de nuevo. Aunque solo fuera para demostrarse a sí mismo que cualquier verdadero atractivo que hubiera visto en ella pertenecía únicamente a su propia imaginación.

Niccolo se dijo que aquella desconcertante atracción por la mujer no constituía, sin embargo, incentivo suficiente para alejarlo de sus obligaciones en Londres. A decir verdad, sabía que no necesitaba ver cómo estaban empleando su dinero en el resort, fiado plenamente como estaba del equipo de gente que lo gastaba en su nombre. Había estado recibiendo informes diarios sobre su marcha. Sabía exactamente lo que estaba pasando allí, pero los correos electrónicos y las llamadas de larga distancia eran un pobre sustituto de una inspección in situ. Si la señorita Eleanor Wilson lo acompañaba, entonces su presencia representaría ciertamente un tentador aliciente para el viaje. Pero, primero y por encima de todo, el dinero era el dinero, y él estaría evidentemente interesado en calibrar las ventajas de su potente campaña publicitaria, y si ella no estaba dispuesta a hacer el sacrificio de viajar en su compañía… bueno, entonces, lamentablemente, tendría que prescindir de sus servicios.

Seguía inmerso en aquellas reflexiones cuando la vio acercarse,

arrastrando una pequeña maleta con ruedas. Colgado del hombro llevaba un voluminoso bolso que habría podido albergar un fregadero de cocina. Se la quedó mirando con los ojos entornados.

–¿Es eso todo? –preguntó mirando la diminuta maleta, del tamaño de una mochila pequeña–. No tenía usted límite alguno de equipaje.

Acalorada, ruborizada y sin resuello, Ellie se preguntó si debería contestar. Había ignorado quién más podría acompañarla en el vuelo, y al principio había supuesto que quizá podría haber otros candidatos al contrato publicitario, puestos a prueba como ella. Había sido su secretaria la que se había puesto en contacto con ella para informarle de todos los detalles necesarios sobre su estancia de una semana en la isla. Solo en el último momento, cuando ya se había subido al coche con chófer que le habían enviado, se había molestado en informarle alegremente de que sería el propio Niccolo quien la estaría esperando en el aeropuerto.

La sensación de horror se había impuesto y el resto del trayecto había transcurrido en un constante estado de tensión nerviosa porque, desde aquella primera y poco convencional entrevista con el gran hombre, Ellie había tenido que luchar contra la insidiosa tentación de perder el tiempo pensando en él. Aquel hombre la había cuestionado desde el principio, la había desafiado constantemente… ¿para que al final hubiera terminado concediéndole el contrato? Él era rico y guapo, así que sentía que podía hacer lo que quisiera, aunque había sido bien consciente de la manera en que la había desconcertado e inquietado traspasando todos sus límites.

Ellie pudo haberle dicho que no tenía intención alguna de cambiar sus creencias, o haberse convertido de repente en alguien capaz de aprobar las relaciones frívolas e insustanciales solo para poder optar al contrato publicitario en juego. Sin embargo, Niccolo no era un cliente normal, de manera que ella se había mostrado dispuesta a tener en cuenta su poco ortodoxo enfoque. Se había dicho que, una vez estuviera en la isla a su propio aire, se relajaría y haría los necesarios ajustes en el proyecto que se acomodaran mejor al mismo. Pero todo cambió en el instante en que se enteró de que Niccolo iba a acompañarla.

–Permítame ayudarla con la maleta –murmuró él cortésmente, y la guio por una serie de corredores nada familiares para ella hasta que llegaron a una pista privada del aeropuerto, donde les esperaba su reactor privado, una especie de gigantesca ave de presa de color negro y plata–. Espero que no se haya quedado corta de equipaje…

La recorrió con sus negros ojos. Podía ver que ella se estaba asegurando de no proyectar espíritu de vacaciones alguno. Llevaba una ropa idéntica a la que había lucido en su primera entrevista, a excepción del color. Esa vez se trataba de un horroroso tono gris. Al igual que entonces, se había recogido el pelo en un apretado moño en la nuca, y en aquel instante estaba desviando la mirada, que era lo mismo que había estado haciendo durante la mayor parte del tiempo que estuvo en su presencia. Lo cual resultaba elocuente,

Sintió una descarga de adrenalina en las venas. Ella era tan… increíblemente puritana. En aquel momento caminaba a paso enérgico a su lado, y sin embargo él podía sentir su tensión nerviosa, y aquella involuntaria combinación pareció disparar algo irrefrenable y perverso en su interior.

–Parece un poco tensa, señorita Wilson. Por cierto, ¿no sería mejor que nos tuteáramos, teniendo en cuenta que vamos a pasar los próximos días en mutua compañía?

–No estoy tensa –fingió no ver su mano tendida, lista para ayudarla a subir los peldaños metálicos de la escalerilla–. Estoy maravillosamente relajada, de hecho –se agarró a la barandilla para subir delante de él y al instante se dio cuenta de que la estaba siguiendo, probablemente con la mirada clavada en su poco inspiradora figura y en su todavía menos inspiradora elección de ropa.

Pero estaba allí para trabajar, y el trabajo iba a seguir siendo lo más importante en su vida y en su mente. Incluso cuando pensó que iba a viajar sola, o en compañía de sus numerosos sirvientes, o incluso con alguno de sus rivales para el contrato, no se había sentido tentada de ponerse volantes o encajes. Para empezar, no poseía nada con volantes ni encajes.

–Ibas a decirme por qué habías decidido volar con tan poco equipaje –le recordó Niccolo, entrando en el avión tras ella. Se preguntó cómo era posible que su libido pudiera volverse tan inoportunamente activa en presencia de alguien que iba abotonado hasta el cuello, tanto física como mentalmente. Pero entonces, en el preciso instante en que empezó a pensar en botones, pasó a imaginarse el placer que le proporcionaría desabrochárselos…

–¿Ah, sí? –Ellie apenas lo oyó, impresionada como estaba por el interior del avión. Nunca había volado en primera, y menos aún en un reactor privado. Jamás se había imaginado cómo sería. En aquel momento lo único que podía decir era que superaba todas sus expectativas.

Desde los asientos de cuero color crema con borde castaño,

hasta el inusual despliegue de adminículos para facilitar el sueño y el trabajo, pasando por la sonriente plantilla atenta a satisfacer el menor de sus caprichos. Desde el champán con que la recibieron a bordo, hasta la oferta de un pijama… lo cual la horrorizó hasta el punto de dejarla casi sin habla.

–¿Seguro que no querrás ponerte algo más cómodo, Eleanor? –murmuró Niccolo tan pronto como estuvieron instalados en unos asientos que parecían sofás.

–Ellie –lo corrigió, porque el nombre de «Eleanor» le provocaba pequeños escalofríos a lo largo de toda la espalda.

–Ellie –su sonrisa era pecaminosamente atractiva y, en sus labios, la palabra «Ellie» conseguía provocarle los mismos escalofríos–. Es un vuelo largo.

–No, gracias. Estaré bien –forzó una sonrisa. Él, por supuesto, estaba insoportablemente sexy con unos desteñidos tejanos negros y una camiseta de manga larga del mismo color, que se adhería a su torso como un guante.

–Bueno –dijo Niccolo, encogiéndose de hombros–. Cuando te apetezca, ya sabes.

–¿Es mucha la gente que se sube a este avión y se pone un pijama para viajar? –preguntó Ellie con cierta brusquedad, y Niccolo sonrió.

–Yo suelo viajar solo o con… compañía femenina. Y lo del pijama en estos casos no es una opción, porque generalmente no se presentan con traje de ejecutivo y tacones altos.

El fogonazo de sus blanquísimos dientes y su divertida sonrisa no le dejaron a Ellie la menor duda sobre la clase de compañía femenina a la que se había referido, nada relacionada con temas profesionales.

–Debo decir –confesó ella– que estoy sorprendida de que hayas decidido hacer este viaje. Me imaginaba que estarías tan ocupado que te faltaría tiempo. Eh… ¿piensas quedarte los siete días enteros? Porque de verdad te aseguro que, por lo que a mí respecta, no tienes ninguna necesidad. Estaré más que feliz de explorarlo todo por mi cuenta y de crear nuevos materiales con todo lo que vea.

–Cualquiera pensaría que no me quieres a tu lado.

–¡En absoluto! Simplemente no quería hacerte perder el tiempo. Pero… –decidió hacer otro intento, por si había suerte–. Supongo que tendrás muchísimas otras cosas que hacer…

–Sin duda. Pero esta es una oportunidad perfecta de supervisar este pequeño proyecto, de asegurarme de que todo funcione

perfectamente. De hecho, el primer grupo de clientes ya ha desembarcado. Es una cuestión de cortesía que me presente a ellos, aunque me han dicho que el equipo que tengo destacado allí ha estado soberbio en la bienvenida.

Ellie se relajó. Si él iba a estar ocupado supervisando detalles y entreteniendo a sus clientes, entonces no iba a disponer de mucho tiempo para acompañarla.

–Pero no querría por nada del mundo que te sintieras desasistida –murmuró Niccolo–. Estarías en condiciones mucho mejores de proporcionarme lo que yo quiero si yo estuviera a tu lado mostrándote de primera mano la experiencia por la que van a pagar los clientes de mi resort.

–Eh… ¿hay alguien allí que haga de… intermediario entre las parejas? –preguntó Ellie mientras intentaba comprender exactamente la clase de experiencia a la que se estaba refiriendo Niccolo cuando, por lo que ella sabía, la única que estaba en oferta era sexo sin compromisos.

–No –respondió él con tono suave–. Esto no es una agencia de citas. Es un lugar de encuentro para almas que tienen cosas en común.

–¿Almas que tienen cosas en común?

–El mundo puede ser un lugar peligroso –comentó Niccolo fríamente–, cuando un hombre o una mujer con dinero se aventuran por él en busca de una relación. Cazafortunas los hay de todas formas y tamaños, y terminar engañado por uno es una experiencia que la mayoría de la gente querría evitar. Yo estoy preparando un escenario donde, al menos, parte de esa incertidumbre pueda desaparecer –se encogió de hombros–. No puedo prometer que la gente que venga a mi resort no deba mostrarse cauta. Pero es lo máximo que puedo hacer.

–¿Hablas por experiencia? –se descubrió Ellie preguntándole, antes de que pudiera evitarlo. Sus ojos oscuros se encontraron con los suyos, y esa vez no vio en ellos suave seducción, sino una fría, helada advertencia.

–Te recuerdo que no estás aquí para curiosear en mi vida personal –observó Niccolo con un toque de aviso en su grave y vibrante voz.

–Lo siento. No era mi intención.

–Sí, Ellie, sí que lo era. Mi vida personal es tema vedado.

–Y sin embargo parece que te gusta mucho preguntarme por la mía –apuntó Ellie, apenas consciente de que hacía algún tiempo que habían despegado y que el reactor había iniciado su travesía por el

Atlántico.

–¿Yo he hecho eso?

–Me criticaste por lo conservador de mi vestimenta.

–Yo no te critiqué. Simplemente me divirtió, porque no todos los días conozco a una mujer que frunce la nariz ante las relaciones que no terminan necesariamente en boda. Eso no es criticar, Ellie. Eso se llama expresar una opinión. Si yo quisiera interrogarte y averiguar cosas sobre tu vida personal, créeme, te enterarías.

En lugar de responder, Ellie escogió fulminarlo con una mirada desafiante. Estaba toda acalorada debajo del formal atuendo con que había elegido viajar y que ya estaba empezando a rasparle la piel. Y la manera en que él la estaba mirando, como exprimiéndola para poder archivar la información en su banco de datos mental, tampoco estaba ayudando.

Niccolo sabía bien cuándo dejar un tema en paz. Aquella era la ocasión. Desafortunadamente, no tenía intención de hacer caso al sentido común, porque por vez primera desde que podía recordar, estaba disfrutando.

Ellie sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Niccolo era tan seguro de sí mismo, tan fino y tan sofisticado que ella se sentía torpe e incómoda en su presencia. No sabía cómo enfrentarse con aquella cantidad de encanto y de carisma.

Él la había calado y había cuestionado además sus convicciones más íntimas porque, pese a que estaba absolutamente concentrada en su carrera, a veces se preguntaba si la vida no se le estaba escapando entre los dedos. Su sueño de un hogar donde pudiera llegar a echar raíces, raíces que nunca nadie pudiera arrancar, con un hombre que jamás se cansara de las pequeñas alegrías de las cosas normales y corrientes, estaba empezando a hundirse bajo el peso de sus autoimpuestas restricciones.

Ellie había salido con varios hombres a lo largo de los años, pero con ninguno le había funcionado, y eso resultaba frustrante, porque todos habían reunido los requisitos necesarios. Todos ellos habían encajado de maravilla en el molde y, sin embargo, ninguno había sido el adecuado. Durante la última visita que hizo a sus padres, su madre la había llevado a un aparte para preguntarle de la manera más directa posible, como tenía por costumbre, dónde tenía escondido a su novio. Luego, después de soltarle un sermón acerca de que ellos no tendrían absolutamente ningún problema si acaso su orientación sexual se había revelado distinta, le había dicho que,

probablemente, lo que le pasaba era que era demasiado exigente.

Ellie había estado a punto de estallar en carcajadas. ¿Demasiado exigente? Había pasado demasiados años observando el comportamiento de hombres y mujeres que no eran nada exigentes, y, después de aquello, bien podría ser mostrarse perfectamente exigente todos los días de la semana… ¡muchas gracias!

Aunque lo cierto era que su cama seguía fría y vacía, y cada vez con mayor frecuencia se descubría preguntándose si no sería ella misma el problema. Seguro que, a esas alturas, alguien debería haber encendido alguna chispa, inflamado su imaginación, estimulado sus fantasías… El problema era que en aquel momento, con una simple y estúpida frase soltada a la ligera, Niccolo Rossi había abierto la puerta detrás de la cual había ocultado siempre su decepción. Y lo odiaba precisamente por ello.

–Tienes razón –dijo con frialdad–. Hagamos un pacto ahora mismo para abstenernos de toda pregunta personal. Ya no formará parte de mi trabajo responder a ninguna.

Niccolo le lanzó una larga y detenida mirada. Ellie había levantado el cartel de «Prohibido el paso». ¿Sería consciente de que no había nada más tentador que aquel cartel? Especialmente para un hombre como él que tanto disfrutaba de los desafíos. Un hombre para quien los desafíos se habían vuelto últimamente muy escasos.

–Siempre y cuando estés dispuesta a transigir moralmente con mi resort.

–Eso no va a suceder –contestó Ellie, rotunda–. Pero puedo asegurarte que mis convicciones personales no afectarán al resultado final que seré capaz de mostrarte.

–Necesitas dejar de asegurarme cosas. Me aburre que termines saliendo siempre con tu charla sobre la agencia.

Ruborizada, lo miró con impotente frustración. Él era tan distinto de cualquier hombre que hubiera conocido antes… Con aquella labia seductora que tenía, sospechaba que era capaz de vender hielo a los propios esquimales. Y, para colmo, era escandalosamente guapo.

–Nada más lejos de mi intención que aburrirte –inspiró profundamente y se recompuso, aunque le costó un gran esfuerzo–. De hecho, te pido que en el momento en que empiece a hacerlo, me lo digas inmediatamente –forzó una radiante sonrisa–. Mi trabajo es conseguir que te entusiasmes con mi campaña. Si te aburro, entonces es que no estoy haciendo correctamente mi trabajo.

Niccolo no dijo nada. Cuanto más se atrincheraba ella detrás de su trabajo, más ansiaba él apartarla del mismo. Parecía tan relajada

como una tabla de madera. Se preguntó por lo que haría para divertirse. Nunca había conocido a mujer alguna que no tuviera la diversión como primera prioridad, sobre todo cuando esa mujer estaba gozando de su compañía… Un fugaz pensamiento atravesó entonces su cerebro. Aquella era la clase de mujer que precisamente su madre aprobaría. La clase de mujer que nunca vendería su historia con él a un tabloide barato.

–Me parece justo –murmuró, indiferente–. Bueno, creo que voy a ponerme a trabajar. Puedes pedir lo que quieras y cuando quieras y, si acaso empiezas a sentirte incómoda dentro de ese atuendo tan formal, la oferta de que te pongas algo menos… rígido sigue en pie –sonrió y contempló su traje con una mirada de divertida admiración que no pudo por menos que hacerla rabiar.

Una vez sola, Ellie sacó el libro que había llevado. Los días que se avecinaban le inspiraban verdadero terror y, sin embargo, no podía evitar una cierta sensación de entusiasmo y excitación, que se esforzó todo lo posible por ignorar.

Sabía que debía concentrarse únicamente en los objetivos que se había marcado con los años. Objetivos sensatos, razonables. Eso era lo único importante, efectivamente.

Se negaba a castigarse a sí misma por la reacción que había tenido hacia él. Iba a tenerlo muy cerca durante la próxima semana, pero luego, después de aquello, ambos regresarían a sus respectivas rutinas y probablemente ella no volvería a verlo, a no ser que por algún milagro su agencia ganara el contrato. Aquella incursión en territorio desconocido quedaría justificada si su agencia firmaba el contrato y conseguía el encargo.

Aliviada después de haberlo puesto todo en perspectiva, cerró los ojos y ya no se enteró del vuelo hasta que alguien la despertó para decirle que estaban a punto de aterrizar.

Capítulo 4

ELLIE SABÍA cómo sería el resort porque había visto varias de las fotografías promocionales. Una villa baja y elegante albergaba la principal zona de oficinas además de varios bares y restaurantes, con dos inmensas piscinas cada una con su correspondiente barra. Los huéspedes se alojaban en villas individuales. Las más básicas, a juzgar por las fotos, no podían ser más lujosas.

Lo que no había previsto era el sofocante calor que los recibió mientras pasaban del reactor a un todoterreno. Su ropa reaccionó al momento adhiriéndose a su cuerpo como si fuera pegamento. Se abanicó con una mano, muy consciente de que no debía de estar ofreciendo su mejor aspecto ya que estaba transpirando por todos los poros.

–Elegí la isla por su poca densidad de población –le comentó Niccolo, repantigándose en su asiento junto a la puerta–. Hay un aeropuerto principal, con avionetas que vuelan a islas mayores, pero esta pista de aquí es suficiente para un reactor privado, que es el medio de transporte que probablemente usen muchos huéspedes.

–Ignoraba que hubiera tanta gente rica incapaz de conseguir pareja sin la ayuda de un resort como este.

–Según tu manera de ver, a la gente con dinero debería resultarle fácil encontrar pareja, pero la verdad es que muchos ricos son ferozmente celosos de su intimidad y muy cautos. Muchos hombres son extrañamente tímidos, sobre todo los que han hecho fortuna en sectores alejados de la arena pública. Vivimos en un mundo de multimillonarios del sector digital. Para algunos de ellos, iniciar una simple conversación con mujeres, o con hombres, no es fácil.

–Pero ¿eso no seguirá constituyendo un problema al margen del lugar donde se encuentren?

–Buena pregunta. No –Niccolo le lanzó una deslumbrante sonrisa–. Aquí contarán con la distracción de las actividades: buceo y demás deportes acuáticos. El escenario de la isla es increíble:

densamente boscosa en algunas zonas, con una gran riqueza ornitológica –y, acto seguido, comenzó a hablarle de la isla, poniéndole al tanto de las atracciones que encontraría allí a pesar de su aislamiento y relativo tamaño.

En unas cuantas frases, le hizo una descripción de lo más completa del lugar. Incluso le fue señalando las diferentes especies de plantas y flores, hasta que Ellie no pudo por menos que reconocer con reacia admiración:

–Pareces saber muchísimo sobre la zona.

–Creo en la necesidad de hacer los deberes –replicó él–. ¿Te sorprende? ¿Pensabas que era del tipo de empresarios que sueltan el dinero para levantar un resort como este sin informarse antes de primera mano tanto del lugar como de sus clientes, con la idea de construir algo lo más idóneo posible?

–Me doy cuenta de que las credenciales ecológicas de tu proyecto son impresionantes –Ellie se ruborizó porque, francamente, Niccolo no se había apartado en absoluto de la verdad en todo lo que le había dicho, y sabía también que era muy consciente de ello por la fijeza con que seguía mirándola. Lo cual la hizo ruborizarse aún más.

–Esto era lo que quería decir cuando te sugerí que reconsideraras esos rígidos prejuicios tuyos, Ellie –le dijo con una voz suave como la seda–. Cuando se te mete una idea en la cabeza, pareces aferrarte a ella como un náufrago a su chaleco salvavidas.

–Ciertamente estoy dispuesta a reconocer que no había esperado que estuvieras tan informado, hasta el punto de explicarme hasta detalles de la fauna y flora local –comentó Ellie con tono firme, evitando el malicioso brillo de sus ojos.

Desvió la mirada y solo entonces se dio cuenta de que se estaban acercando a la inmensa finca de su resort, porque el vehículo había empezado a reducir la velocidad. En la lejanía, hacia la izquierda, se extendía una banda de mar azul relampagueando entre los rectos y esbeltos troncos de las palmeras. A la derecha se alzaba la montaña, espesa y densa con sus árboles de bambú y las demás especies que de manera tan impresionante le había descrito Niccolo.

El vehículo se internó entonces en una verdadera catedral de troncos de bambú hasta que el resort apareció de pronto a la vista. Bañado por la temprana luz de la mañana, tenía un aspecto muchísimo más impresionante que el que cualquier fotografía hubiera podido reflejar.

–Guau –Ellie puso unos ojos como platos y se inclinó hacia delante, abrumada.

El hotel y las villas que lo circundaban ocupaban decenas de hectáreas, y aun así daba la sensación de que no se había talado palmera o planta alguna para hacer sitio a las edificaciones. Todo parecía haber sido minuciosamente colocado para fundirse con el entorno. El edificio principal, que pudo distinguir mientras se acercaban, se extendía de manera escalonada entre los árboles, como si hubiera crecido entre ellos. Aquí y allá Ellie podía distinguir villas engastadas en el bosque como diminutas joyas. Entre algunos árboles había bancos que parecían surgidos del suelo, con hamacas de tronco a tronco.

–¿Te alegras de haber venido? –le preguntó Niccolo con tono suave.

La pregunta hizo que volviera a concentrar su atención en él, y fue entonces cuando lo sorprendió mirándola como si pudiera leer hasta el último de sus pensamientos.

Él se estiró sin previo aviso para abrirle la puerta y ella se encogió bruscamente, conteniendo la respiración cuando sintió el fugaz roce de su brazo en los senos.

–No muerdo –le aseguró él, y se echó a reír, enarcando las cejas–. Bueno, a no ser que me lo pidan –no pudo evitar añadir, porque sabía bien cómo iba a reaccionar.

–Muy gracioso –masculló Ellie, toda colorada–. Estoy segura de que te gusta avergonzarme. ¿Haces lo mismo con toda la gente con la que trabajas?

–No –respondió Niccolo, pensativo.

–Entonces, ¿por qué eres así conmigo? –el corazón le estaba latiendo a toda velocidad. El aire acondicionado nada podía hacer para combatir el calor que se iba extendiendo por su cuerpo. La mirada de los oscuros ojos de Niccolo estaba produciendo toda suerte de caóticos efectos en su equilibrio mental.

Pensó que aquello era lo que se sentía cuando se jugaba con fuego. Y jugar con fuego era algo que nunca antes había hecho. Por un estremecedor instante llegó a pensar que iba a inclinarse sobre ella para besarla, y fue entonces cuando su imaginación alzó el vuelo y se preguntó cómo sería la experiencia. ¿Cómo sería sentir su boca sobre la suya, explorándola, seduciéndola con la lengua? Seguro que besaría de maravilla.

El calor que recorría sus venas pasó a instalarse entre sus piernas. El desatado deseo que la había eludido durante toda su vida adulta la asaltó en aquel momento como un atracador en mitad de la noche. Horrorizada, parpadeó varias veces.

–No respondas –se apresuró a decir, desviando la vista para abrir

la puerta del coche y romper aquella conexión casi eléctrica que estaba haciendo trizas su compostura. Le lanzó una mirada por encima del hombro–. He venido aquí a trabajar.

–Por supuesto que sí –repuso Niccolo con tono suave–. Y me disculpo si, de algún modo, estoy constituyendo una distracción con la que puede que te cueste lidiar.

–No seas ridículo. Tú no eres una distracción.

–Entonces, ¿por qué te estás comportando como la clásica gata sobre el tejado de zinc caliente?

–No es verdad –negó Ellie, rotunda, y antes de que él pudiera seguir con la conversación para hundirla en profundidades que no tenía intención alguna de explorar, bajó de un salto del coche y dedicó algunos segundos a recuperar la compostura.

–¿Primeras impresiones?

Ellie se removió incómoda y alzó la mirada hacia él, protegiéndose los ojos del sol con una mano, aunque la tarde había empezado a caer.

–Es impresionante. Las fotografías no hacían justicia a este lugar. ¿Cuándo comenzarán a llegar los primeros huéspedes?

–Ya han llegado unos cuantos –Niccolo empezó a caminar a buen paso hacia un grupo de palmeras, mientras ella se apresuraba a seguirlo–. Probablemente estarán ahora mismo descansando en sus villas.

–¿Qué hay de…? Eh…

–Eh… ¿qué? ¿A qué te refieres? –Niccolo la miró–. Vas a tener que ayudarme un poco. No soy tan bueno leyendo el pensamiento.

–Pensaba que quizá aquí habría más vida… nocturna.

–Ah. Curioso. Sí, sabía que era eso lo que ibas a decir. Tal vez sí que sea bueno a la hora de leer el pensamiento –se giró en redondo y continuó caminando, para girar hacia la izquierda por un diminuto puente. Delante de ellos se extendía una de las principales áreas del hotel, absolutamente moderna por dentro, a la que se accedía por unas puertas de cristal.

Durante un rato, la conversación se interrumpió mientras Niccolo hacía la ronda y charlaba con diversos empleados. Les hizo una serie de preguntas de carácter técnico que alertaron a Ellie del hecho de que, aunque probablemente había hecho muy pocas visitas al resort, estaba al tanto de todo lo que quedaba por hacer. Los empleados se mostraron afables con ella. Como buena profesional que era, Ellie ya se estaba formando impresiones que quedarían reflejadas en el nuevo rumbo que pensaba dar a su campaña. Entendía ya por qué Niccolo había tomado la decisión de

llevarla al resort.

En el umbral del vestíbulo, Ellie pudo ver a algunos huéspedes relajándose en una zona cómoda y espaciosa salpicada de mesas y sillas. Había plantas aquí y allá, con un enorme ventilador de techo que en realidad resultaba del todo innecesario, dado que la instalación estaba dotada de aire acondicionado, pero que completaba aquella imagen de exquisito e indolente lujo. No llegaron a entrar, aunque ella pudo ver que la penetrante mirada de Niccolo reparaba en cada detalle, como asegurándose de que todo estaba a la altura de sus exigentes expectativas.

Aquel hombre irradiaba poder. Sería una estúpida si se dejaba engañar por su fácil encanto pensando que era como cualquier persona. No, no lo era. Instintivamente, percibía que aquella seductora capacidad de persuasión suya podía llegar a ser mucho más letal que la fría arrogancia o cualquier habilidad para inspirar miedo.

Descubrió que la había guiado hasta una zona de bar y restaurante. Era una zona pequeña, íntima, y una vez más lo vio saludar al empleado apostado detrás de la reluciente barra de madera con una familiaridad que la sorprendió.

–¿Conoces a todo el mundo por su nombre de pila? –le preguntó con sincera curiosidad una vez que estuvieron sentados delante de un par de altas copas de refrescos de frutas.

–En mi experiencia, mostrar un sano interés por tus trabajadores es algo que siempre compensa –repantigado en su silla, la miró con la misma escrutadora expresión que ella encontraba tan inquietante–. Es la manera más segura de evitar desagradables sorpresas –murmuró. Tras apurar el refresco, y sin tener que hacer una señal al camarero, se las arregló para darle a entender que deseaba una cerveza–. Además –añadió–, si consigues que te aprecien a la vez que te respeten, contarás siempre con su inquebrantable lealtad.

«Puño de hierro en guante de seda», pensó Ellie con un ligero estremecimiento. Y, sin embargo, no podía evitar sentirse al mismo tiempo irresistiblemente atraída.

–Estábamos hablando de la loca vida sexual que esperabas encontrar aquí –le recordó él, devolviéndola de golpe a la realidad.

–Sí –tuvo que admitir Ellie–. Sobre todo teniendo en cuenta que si vienen a este lugar es para… conocer gente.

–Como te dije, todo aquí se desarrolla a un nivel muy discreto. Además, no me imagino a mis huéspedes interesados en una noche de karaoke.

–¡Pero si el karaoke puede llegar a ser muy divertido! –objetó Ellie, y Niccolo se echó a reír, con una risa aterciopelada que hizo que le diera un vuelco el estómago.

–¿Lo has probado alguna vez? –le preguntó él.

–No. Pero sé que funciona, si eres el tipo extrovertido de persona.

–Y tú no lo eres.

–No estamos hablando de mí –replicó Ellie, refugiándose apresurada en su vaso de refresco.

–Ahora sí –repuso Niccolo con tono indolente–. Si organizara una noche de karaoke aquí, ¿serías capaz de subirte al escenario y cantar? –se echó a reír cuando ella lo miró con expresión horrorizada–. No te preocupes. Eso no va a ocurrir, así que ya puedes dejar de pensar en tus canciones preferidas –de repente se sorprendió pensando en los gustos musicales que tendría, con lo que se quedó tan desconcertado por el giro que habían tomado sus pensamientos que frunció el ceño–. Aquí no hay vida nocturna –aclaró–. Aunque, por supuesto, si alguno de los huéspedes quiere disfrutar de ella, hay chóferes aquí dispuestos a llevarles a la ciudad. De manera que esta es la idea preconcebida número uno que tendrás que borrar de tu lista.

Ellie acogió con alivio que no tuviera que idear maneras de evitar temas de conversación que no fueran de su gusto, aunque, al mismo tiempo, se sintió extrañamente decepcionada. Se recordó que Niccolo Rossi no estaba realmente interesado en ella como persona, pese a que pudiera dar la impresión contraria. Estaba interesado en lo que ella pudiera hacer profesionalmente por él, y era por eso por lo que tenía que asegurarse de no dejarse influir por una falsa impresión. El problema era que, de cuando en cuando, la miraba con aquellos ojos devastadores y le sonreía de una manera que la encendía por dentro.

–Recibido –dijo, con tono igualmente tenso–. ¿Cuál será el formato de mi estancia en el resort? ¿Hay algún aspecto en el que estés particularmente interesado en que me concentre?

–En los huéspedes, no –respondió Niccolo, irónico–. Como te dije, forman un grupo muy celoso de su privacidad, y dudo que les gustara la idea de que hay alguien entre ellos observándolos.

–Pero ¿los miembros de tu equipo saben que estoy aquí en misión oficial? –se ruborizó porque sabía que sonaba ridículo. Aquello no era la escena de un crimen y ella no era una detective en misión secreta.

–Saben que has venido conmigo para conocer el resort. Ellos no

saben nada de tu «misión oficial» –Niccolo sonrió mientras citaba sus palabras–. La gente rara vez se muestra muy comunicativa ante alguien que les hace preguntas de manera oficial. Y tú muy bien podrías querer hacerles preguntas. Así que tus instrucciones son mezclarte simplemente con ellos y pasar desapercibida –la miró detenidamente, sin prisa alguna por romper el silencio, hasta que finalmente le preguntó–: ¿Qué ropa has traído?

–¿Perdón?

–Tu ropa. ¿Qué es lo que has traído? Por favor, no me digas que tu maleta está repleta de trajes de color gris y azul marino.

–¡Por supuesto que no! –dos manchas de color se dibujaron en sus mejillas. No había llevado trajes, pero tampoco sarongs, ya que entendía que los sarongs pertenecían al tipo de vestuario que él podría considerar apropiado. Lástima. Él podría no querer que ella divulgara por ahí que había ido a trabajar, pero ella sí.

–Porque, si es así, el único lugar en el que podrías pasar desapercibida con ese tipo de ropa sería una oficina.

–Supongo que podrías decir que soy tu secretaria –Ellie deslizó la mirada por su físico perfecto, y se preguntó cómo sería trabajar para él. El pensamiento de tener que estar a la defensiva todos los días de la semana le provocó un escalofrío.

–No funcionaría. La última vez que estuve aquí, fue con mi secretaria. Idear una retorcida explicación sobre el motivo de su sustitución sería poco práctico –se la quedó mirando con los ojos entornados–. Quizá podrías hacerte pasar por uno de los huéspedes –murmuró, intentando imaginársela mirando a los hombres con la perspectiva de acostarse con alguno. De manera extraña, ese pensamiento no le gustó en absoluto.

–No. Eso está descartado. No veo por qué tendría que fingir ser alguien diferente. Te prometo que seré discreta. Si necesito averiguar algo, seré más capaz de conseguirlo en una conversación informal. Además, no estoy en el mercado para ningún tipo de relación, y me sentiría incómoda si fingiera lo contrario.

–Ya. O sea, que has venido conmigo –dijo Niccolo–, en mi avión privado, y con la pretensión de no ser nadie en particular. Hasta la persona más ingenua del mundo sospecharía algo, y te aseguro que mi equipo lo es todo menos ingenuo.

Ellie lo contempló con expresión impotente, y él le sostuvo la mirada. Niccolo pensó de pronto que tenía la piel más blanca y satinada que había visto en una mujer. Y los ojos más expresivos. En aquel preciso instante, aquellos ojos lo estaban mirando con la intensidad de un ser pequeño y débil cazado en una trampa.

Con sinceridad, no había tenido nada planeado antes de aquel momento. Era algo de lo más inusual, y sabía que debería estar haciendo el máximo esfuerzo por pensar las cosas de la manera más lógica posible, pero lo cierto era que estaba disfrutando.

Todavía se sorprendía del carácter completamente previsible, casi predestinado, de su vida. Desde el mismo momento en que murió su padre, había sabido cuál sería su futuro. Sí, cada paso que había dado en la vida había sido como esculpido por la mano del destino. Pero ahora… Desviarse de aquel camino resultaba embriagador. ¿Y quién en su sano juicio no disfrutaría de aquella sensación?

–Hay una solución obvia –pensó en voz alta, con gesto reflexivo–. Has venido conmigo –se encogió de hombros, sin apartar ni un momento la mirada de su rostro–. ¿Por qué no te quedas conmigo?

–¿Perdón? ¿Qué? No entiendo.

Niccolo desarrolló su explicación lenta y tranquilamente, con un tono de voz que hacía que cada palabra que abandonaba sus labios presentara un sentido irrefutable.

–Me dijiste que no querías asumir el papel de huésped porque entonces te habrías sentido incómoda con esa farsa, pero, como te dije antes, mis huéspedes no aceptarían bien ser abordados por alguien cuya presencia sintieran como intrusiva. Muchos de ellos son notoriamente tímidos.

–Sí, eso lo entiendo –aceptó Ellie–. Y ciertamente yo me sentiría incómoda intentando sonsacarles información en aras de una simple curiosidad. Me doy cuenta además de que podrían sospechar y cerrarse en banda.

–Y eso también podría perjudicar la reputación que intento dar a mi resort como lugar de sagrada privacidad. Pero, para conseguir un mínimo de información, tú necesitarías presentarte de alguna manera a los clientes.

–Sí… –Ellie suspiró y se mordió el labio inferior, pensativa–. Entonces… yo podría… eh… Por supuesto, yo actuaría con mucho tacto…

–Como amante mía, cualquier pregunta que les hicieras sería aceptada como expresión de un natural interés por tu parte, y respondida sin levantar sospechas.

–¿Amante tuya?

El puro horror que destilaba su voz le puso los pelos de punta. Cierto era que no había previsto aquella situación. Cierto era también que a él le sorprendía tanto como a ella. Y sí, todavía se

estaba preguntando qué diablos lo había impulsado a sugerirle aquella solución, pero, una vez que las palabras habían salido de su boca, se sentía profundamente ofendido por su reacción. Decenas de mujeres habrían saltado de gozo ante la solución que acababa de plantearle. Pero la que tenía delante no dejaba de mirarlo con la boca abierta como si él acabara de informarle que era portador de una enfermedad altamente contagiosa y terriblemente desagradable.

Frunció el ceño. Sin ser consciente de ello, bajó la mirada a su boca de labios carnosos, todavía entreabiertos de mudo asombro, para continuar por la blanca columna de su cuello y descender finalmente a la elevación de sus senos bajo el tremendamente desafortunado y nada práctico atuendo. La deseaba. ¿Era por eso por lo que se había comportado de una manera tan extraña? ¿Era por eso por lo que le había sugerido algo que contradecía toda lógica? ¿Era aquella mujer, en aquel momento, la encarnación de un desafío irresistible? ¿Cuándo había sido la última vez que se había topado con uno?

Experimentó una punzada de entusiasmo. Su libido, que temporalmente había estado en fase de reposo, se despertó con un nuevo vigor, recordándole que había transcurrido bastante tiempo desde la última vez que había practicado el sexo. Se hundió aún más en su silla al tiempo que intentaba controlar la feroz tensión que se había apoderado de su entrepierna.

–Una vez que estás aquí –añadió–, vas a tener que ver por ti misma cómo es esta atmósfera, cómo es la gente, qué es lo que les gusta hacer… Así conseguirás una fotografía perfecta de la situación.

El cerebro de Ellie se había quedado paralizado. Él le estaba diciendo algo, pero ella no lo estaba registrando bien porque seguía aturdida por lo que acababa de escuchar.

¿Cómo era posible que hubiera pasado de presentarse a una entrevista para aspirar a un contrato publicitario a… que un multimillonario le propusiera hacerse pasar por su amante?

–Estás loco –fue lo único que dijo.

–Lo que te propongo tiene perfecto sentido –nada acostumbrado a perder, Niccolo no estaba dispuesto a rendirse. Que le dijeran que estaba loco no iba a disuadirlo precisamente de su objetivo.

–¿En qué mundo tendría eso perfecto sentido? –replicó Ellie–. ¡Pero si ni siquiera nos conocemos!

–Si has llegado conmigo en mi avión privado por ninguna razón en especial, conseguirás asustar a los huéspedes y dar que hablar a los miembros de mi equipo. Y, si asustas a mis huéspedes, podrías

terminar perdiendo el contrato. Esa gente ha venido aquí a evitar la publicidad, no a buscarla. Se pensarán que me he traído a una periodista al resort para espiarlos, y ya sabes cómo funciona radio macuto…

Consternada, Ellie se lo quedó mirando fijamente. Nada de lo que él acababa de decirle tenía sentido, aunque todo parecía muy lógico.

–Esto es una locura –fue lo único que pudo decir.

Niccolo no pudo por menos que preguntarse cómo se las había arreglado para acabar en la situación de tener que persuadir a una mujer reacia para que fingiera tener una relación con él. La dolorosa tensión de su entrepierna y el vuelo de su imaginación mientras contemplaba a aquella belleza natural y sin adornos eran respuestas suficientes.

–¡Deberías haber pensado en esto antes de traerme aquí! –siseó ella furiosa, teniendo cuidado de no alzar la voz e inclinándose hacia él. En seguida se apartó, porque cuanto más se acercaba a aquel hombre, más sentía la atracción de algo que clamaba «peligro» a los cuatro vientos.

El corazón le golpeaba en el pecho como un mazo de hierro. Su piel había empezado a arder, provocándole un incómodo cosquilleo que deseó vanamente poder atribuir a su pobre elección de ropa. El simple pensamiento de acercarse a aquel peligro la llenaba de terror… y de algo más que resultaba igualmente inquietante.

–¡Yo nunca firmé algo como esto cuando vine aquí! –gritó.

–La verdadera creatividad consiste en la capacidad de pensar rápido.

–¡Pero yo estoy pensando que esta es una situación ridícula!

–¿De qué tienes miedo?

–No tengo miedo de nada.

–Como pareja mía, estarás en condiciones de recabar toda la información que necesites para montar una brillante campaña para mí, una que incorpore los detalles más sutiles del resort y lo que ofrece. Tendrás oportunidad de cambiar algunas de tus precipitadas conclusiones. Deberías contemplar esto como una oportunidad y un desafío, en lugar de intentar huir como una cobarde.

–¡Yo no estoy huyendo como una cobarde! –jadeó Ellie, indignada.

–Vive el momento. Disfruta –la urgió Niccolo. Le gustaba el brillo de sus ojos cuando se ponía furiosa–. Pocas cosas hay que admire más que la capacidad de alguien para adaptarse a las situaciones más imprevistas y utilizarlas a su favor. Aprovecha la

oportunidad y contarás con mi incondicional atención en el futuro para posteriores campañas publicitarias de mis empresas.

–Nadie se creería ni por un segundo que yo soy otra cosa que tu empleada –le recordó ella.

–Los polos opuestos suelen atraerse –repuso Niccolo con un encogimiento de hombros, repantigándose en su silla y observando con taciturna expresión el rico desfile de emociones de su rostro.

–Quizá sería mejor que me volviera a Londres.

–¿Estás preparada para rechazar este contrato, así como las inmensas posibilidades que podría proporcionarte, solo porque estás empeñada en hacer las cosas a tu manera?

Ellie titubeó. ¿Lo estaba? Ella era socia de la agencia, con el poder de juzgar situaciones y tomar decisiones, pero habiendo llegado tan lejos, ¿estaba realmente dispuesta a rechazar la gallina de los huevos de oro?

–Has venido a pasar aquí una semana –le recordó Niccolo con tono suave–. ¿Por qué no vives un poco y te arriesgas? ¿Acaso tienes algo que temer de mí?

–Por supuesto que no –respondió ella, incómoda.

¿Arriesgarse? Desde que lo vio por primera vez levantando pesas en un gimnasio había vivido en constante riesgo, una sensación que odiaba.

–Estás muy equivocada si te imaginas que de repente voy a empezar a molestarte… –murmuró él, observando atentamente cómo pasaba del rechazo y de la duda al azoro.

–Yo nunca pensé… Jamás sugeriría que… que tú pudieras molestarme… –balbuceó Ellie, avergonzada por la irónica diversión que veía brillar en sus oscuros ojos.

–Naturalmente, se esperará de nosotros que compartamos alojamiento –añadió él, bajando la mirada, pero imaginándose muy claramente su reacción de espanto ante ese supuesto escenario de pesadilla–. Lo cual resulta muy conveniente, además, porque han llegado más huéspedes de los que esperaba. Reservar una villa solo para ti habría supuesto hacer verdaderos malabarismos.

¿Quién se habría imaginado que algo tan difícilmente accesible podría constituir una tentación tan poderosa? Algo había en Ellie, algo ardoroso y vibrante de lo que ella no era en absoluto consciente. Él lo percibía y era tan potente como una descarga eléctrica.

–Me niego a compartir nada contigo –declaró ella con vehemencia, con su nivel de furia subiendo varios grados, porque él permanecía impertérrito ante sus airadas protestas.

–Te lo repito –murmuró Niccolo–. ¿Me imaginas molestándote de alguna forma?

–No es esa la cuestión.

–Has compartido mi avión privado conmigo.

–No es lo mismo y lo sabes.

–Aquí tengo una villa propia. Alejada de las de los huéspedes. Es una casa de plantación de cuatro dormitorios. ¿Crees que estaríamos apretujados en ese espacio si lo compartiéramos? ¿Quieres ver si es suficiente amplia para los dos? Por lo demás, si decides negarte, eres libre de volver a Londres para explicar a tus socios que has rechazado una fortuna en forma de futuros contratos.

–Eso es chantaje –le espetó Ellie–. Dime una cosa, ¿por qué estás tan empeñado en que acepte tu sugerencia? ¿No temes que pueda causarte complicaciones?

Niccolo reflexionó seriamente sobre ello. ¿Complicaciones? La última mujer que había pasado temporalmente por su vida le había causado complicaciones, y no había sido la primera. Las complicaciones procedían siempre de mujeres que esperaban más de lo que él estaba dispuesto a darles.

En comparación, aquello era un simple flirteo. Ellie estaba interesada en él y él en ella. Si rascaba la superficie, no había más. Él no era su tipo. Ella se lo había dejado perfectamente claro. No, no surgirían complicaciones en ese aspecto. No iba a intentar seducirla, aunque existía la posibilidad de que la química que había entre ellos pudiera explotar y él no pudiera resistirse lo suficiente para apagar aquel fuego. Y quizá ella dejara entonces de despreciar la clase de relaciones que estaban destinadas a durar poco tiempo.

Niccolo sabía que podía intentarlo y encontrar un millar de razones para hacer lo que estaba haciendo, pero al final, el principal atractivo era otro: por primera vez en muchísimo tiempo, se estaba divirtiendo.

Capítulo 5

APARENTEMENTE no. Aparentemente no habría complicaciones. Aparentemente era una solución directa a una situación inesperada. Aparentemente.

Las objeciones de Ellie sonaban débiles incluso a sus propios oídos. Niccolo sabía hacer que una situación disparatada sonara perfectamente aceptable. Compartirían su villa privada, lo suficientemente grande como para acoger a ocho personas. ¿Dónde estaba el problema?, le había preguntado él con tono paciente. Desde la posición ventajosa de estar «liada» con él, sería capaz de pulsar realmente el lugar. Era necesario porque constituía el modelo de otros resorts. Si la campaña funcionaba, su negocio despegaría. Eran muchas las cosas que dependían de un correcto enfoque. Nada de mezquindades, pero tampoco nada de rosas y románticas puestas de sol: algo entremedias. Y solo podía descubrir ese «algo» si se zambullía en la atmósfera.

Y, para hacer eso, necesitaría mezclarse con la plantilla y con los huéspedes. Pero desde una posición privilegiada a la vez que no amenazadora. Había rechazado la sugerencia de sumergirse en el ambiente desde la posición de huésped. Ella no estaba interesada en la posibilidad de que alguien le tirara los tejos. Y tampoco veía manera alguna de interrogar a los huéspedes sobre las razones de su estancia allí, al menos con el tacto suficiente como para no despertar sospechas. La sugerencia de Niccolo no debería haberle provocado tanto terror, pero la verdad era que seguía estremecida por su pretensión de hacerla pasar por su amante.

Y él había replicado a sus preocupaciones al respecto de una manera que la había hecho sentirse un poco estúpida por habérselas siquiera planteado. Razón por la cual, en aquel preciso momento y una vez terminadas sus bebidas, se habían encaminado bajo las estrellas hacia su villa, que se alzaba en un retirado rincón del resort. La noche había caído sobre la isla y aquel estrellado cielo tropical habría sido de lo más romántico en cualquier otra

situación. Porque Ellie se detuvo en el umbral de la villa con un nudo en el estómago y el corazón en la garganta.

–Parece como si estuvieras subiendo al patíbulo –le dijo Niccolo.

–Sinceramente, creo que nadie se va a tragar una historia tan disparatada –Ellie expresó una última y débil protesta antes de entrar en la suntuosa villa.

Pensó que al menos él había sido cien por cien sincero en algo: la villa era absolutamente inmensa. Aun sintiéndose acalorada, pegajosa, confusa y completamente fuera de su elemento, podía admirar la magnificencia de un lugar para cuya construcción no se habían escatimado gastos. Se alzaba en un terreno apartado, animado en aquel momento de la noche con el canto de las ranas y los grillos. A lo lejos, el rumor del mar se sumaba al coro, con su constante flujo y reflujo. Toda la villa estaba circundada por una veranda de madera color crema, con lo que nada arruinaba la vista que por la mañana se revelaría desde todas partes: el océano, los exquisitos jardines, el telón de fondo de las montañas.

El nudo de tensión que sentía en la boca del estómago se apretó cuando, una vez dentro de la villa, descubrió su pequeña maleta de ruedas al lado del carísimo maletín de cuero de Niccolo.

–¡Mi maleta está aquí! ¿Cómo es posible? ¿Sabías que terminaría aceptando esta situación tan… desquiciada?

–Era tu única opción –respondió Niccolo sin más, sin el menor indicio de disculpa.

Recorrió la villa a paso rápido, examinándolo todo. La calidad del mobiliario, el equipamiento de la cocina, el sistema de aire acondicionado… Lo miró todo con Ellie trastabillando tras él, tan incómoda como era posible con su formal atuendo.

–¿Qué te parece? –Niccolo se giró en redondo y ella, sobrecogida, retrocedió un par de pasos con los ojos muy abiertos.

–Ya sabes lo que me parece –empezó con voz temblorosa–. ¡Esto no es correcto en absoluto! Cuando acepté venir aquí, ¡no me imaginaba que me pedirían que tomase parte en una farsa tan ridícula!

–Te preguntaba por la villa –precisó Niccolo sin pestañear–. ¿Qué te parece la calidad de la obra?

Ruborizándose, lo fulminó con la mirada. En silencio.

–Mira, te sugiero que dejes de quejarte y te pongas a trabajar. ¿Por qué no adoptas una actitud profesional de una vez por todas y me das tu opinión sobre la villa? Las demás no son ni de lejos tan grandes como esta, pero los equipamientos son exactamente los mismos.

La mortificó que él tuviera que recordarle que si estaba allí era solamente en su condición de profesional, y que por tanto tenía que conducirse de la misma manera. Cualquier otra persona, dadas las circunstancias, se habría concentrado en la oportunidad que representaba todo aquello. Ella, en cambio, había asumido instantáneamente un estado de perplejidad y lo había puesto a él en la posición de asegurarle que estaría a salvo en su compañía, para luego ponerse a chillar y a protestar como una desvalida damisela.

Niccolo le había concedido a ella y a su agencia el beneficio de la duda. Había pasado por alto el enfoque romántico de su propuesta de campaña, que para él no resaltaba de manera realista las virtudes de su resort, y le había ofrecido la oportunidad de adquirir un conocimiento de primera mano de las instalaciones con la idea de corregir y mejorar su primera propuesta.

La sorprendía que él no hubiera mencionado el problema de cómo iba ella a adquirir ese conocimiento sin parecer demasiado inquisitiva. Quizá Niccolo había pensado en un principio que aceptaría hacerse pasar por una huésped, pero el horror manifestado por ella ante esa perspectiva lo había impulsado a buscar otra solución. En cualquier caso, como él le había dicho, ya estaba allí y carecía de sentido ponerse a gritar pidiendo las sales y quejarse de que aquella era una solución disparatada.

Estaba exagerando, y evidentemente sabía por qué. Era porque Niccolo le hacía sentirse terriblemente incómoda, inquieta y… atraída. Era capaz de provocarle un cosquilleo por todo el cuerpo y, cuando estaba cerca, ella se sentía horrible e incómodamente consciente de una feroz sexualidad que ni siquiera había sabido que existía. Compartir un mismo espacio con él la llenaba de terror. Y la manera de enfrentarse con aquello era dejar de verlo como un hombre, como un hombre pecaminosamente sensual, y relegarlo a la condición de simple socio profesional.

–Los equipamientos son magníficos.

Se alejó de él y consagró su atención a la espectacular villa, con enormes ventanales abiertos para dejar entrar la brisa del mar, sofás tallados a mano en madera local y bambú y grandes y esponjosos cojines. Interesada, inspeccionó también la cocina, la veranda y todas las otras habitaciones de la planta baja, haciendo preguntas sobre las otras villas. Mientras lo hacía, pensó vagamente que aquel era la clase de resort donde, contrariamente a lo que había pensado, un huésped podría instalarse para relajarse e ignorar a los demás visitantes. Aquel podría ser más un ambiente de relajación que de presión, sin duda.

–¿Y cuál es la agenda mientras esté aquí? –se volvió hacia él al pie de la escalera de madera tallada, que llevaba a los demás dormitorios y salas de baño.

Niccolo se apoyó contra la pared, con las manos hundidas en los bolsillos.

–Lo primero, enseñarte tu habitación.

Ellie no dijo nada, pero cada nervio de su cuerpo gritó de tensión mientras lo seguía escaleras arriba hasta un dormitorio decorado en el mismo estilo que las habitaciones que habían dejado atrás. Puertas de madera, ondulantes gasas en los ventanales, un ventilador de techo y una inmensa y fantástica cama con mosquitera.

Niccolo le había subido la maleta, que dejó en aquel momento sobre la cama para mirar a su alrededor por unos segundos y clavar luego sus oscuros ojos en su rostro.

–Estás cansada y acalorada –observó.

–¿No resulta obvio?

–Y también alarmada de verte en una situación que no habías pedido. Lo entiendo. Yo tampoco soy un fan de las sorpresas.

Ellie se relajó un tanto, porque su tono era suave y sincero.

–Me gusta saber dónde me estoy metiendo. Y estar preparada para todo tipo de situaciones. ¿Cómo se supone que deberé comportarme si vamos a ser… pareja? –le preguntó con auténtico interés y algo más que una ligera aprensión.

Por unos instantes, Niccolo se quedó confundido. Ella no lo estaba atacando, y la manera que tenía de mirarlo, con un leve ceño de perplejidad, la hacía parecer mucho más joven de lo que era. Parecía talmente una adolescente a la que nunca hubieran besado. Pero por supuesto que la habían besado.

Habría tenido novios. Habría hecho el amor. Aunque ninguno de aquellos amantes se hubiera acercado al ideal que ella parecía estar buscando. El mantra que le había soltado sobre su elevado código moral y su mistificado «amor para siempre» le sugería la absurda noción de que quizá tuviera mucha menos experiencia que la mayoría de las mujeres de su edad. Una campanilla de alarma sonó en alguna parte… a la cual no prestó la menor atención.

–No voy a dedicarme a mirarte a cada momento con embeleso ni a tomarte la mano –le dijo ella con aspereza, y él sonrió.

–¿Es así como te comportas cuando tienes algo con alguien? –Niccolo arqueó las cejas y se echó a reír–. No te preocupes. No pienso pedirte eso.

–¿Ah, no?

–Eso se lo dejo a los románticos inveterados. Yo tengo un enfoque mucho más pragmático sobre las relaciones.

Ellie sabía que lo que él pensara sobre las relaciones no era de su incumbencia. Y, sin embargo, de una manera extraña, ¿acaso no había ido allí a promocionar un proyecto que precisamente tenía que ver con las relaciones? ¿Era por eso por lo que él no tenía ningún problema con las relaciones fugaces y sin compromiso?

–Yo lo veo de esta manera –murmuró Niccolo–. La única certidumbre en la vida es la seguridad económica. Cuida bien de tus finanzas y nunca te fallarán. Lo mismo puede decirse de las relaciones. Mis huéspedes vendrán aquí en busca de algo: una compañera, un amante, una figura permanente en su vida, un sueño, una esperanza. ¿Quién sabe? Yo les proporciono la clase de ambiente en el que todas esas cosas constituyen una posibilidad. Si algunos descubren que una relación frívola cumple esa expectativa, entonces mejor para ellos –se interrumpió, mirándola–. No eres capaz de disimular tu desaprobación, ¿verdad? Pues tendrás que juzgarlo por ti misma. Podrías terminar descubriendo que este resort está lleno de hombres y mujeres felices y contentos que andan buscando sexo sin compromisos. O al menos con muy pocos.

–No entiendo lo que significa la expresión «sexo con muy pocos compromisos» –resopló Ellie–. Sobre el «sexo sin compromisos», lo sé todo. Es la típica relación en la que un hombre se asegura de que las palabras «permanente», «mañana» o «en el futuro» no asomen ni por casualidad a sus labios.

Niccolo se recostó indolente contra la puerta, sonriendo. Ciertamente, lo había definido muy bien. No recordaba la última vez que aquellas palabras habían asomado a sus labios.

–Así que… siento curiosidad por conocer el significado de esos «pocos compromisos» –le recordó ella.

–De acuerdo… Dame un minuto o dos y podré explicártelo –Niccolo seguía sonriendo.

El brillo de diversión de sus ojos le provocó un nuevo estremecimiento de excitación. Aquellos ojos negros como la noche colisionaron con los suyos, dejándola por un momento sin respiración.

A Niccolo le maravillaba la manera en que sus mejillas subían y bajaban de color. Era tan fácil de hacer enfadar que necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no aprovechar la más mínima ocasión.

–Quizá tengas razón –reflexionó de pronto en voz alta–, y no exista tal cosa como una relación solo con unos pocos compromisos.

Quizá el dilema sea entre una relación sin ellos y una relación para la eternidad.

–Y tú eres el tipo de hombre aficionado a la primera.

Ellie pensó en aquel instante que, pese a su devastadora belleza y a su carismático encanto, Niccolo era realmente el ultimo hombre sobre la Tierra del cual ella podría enamorarse. Sí, existía alguna clase de extraña atracción física que desafiaba todo sentido común, pero más allá de aquello acechaba el hombre para quien el término «compromiso» era una palabra sucia. Tenía razón con lo de la importancia de la seguridad económica, pero la seguridad emocional era igual de importante.

–Compadezco de verdad a las mujeres que deciden salir contigo –añadió pensativa, mirando hacia lo lejos y de regreso a su propio pasado, donde la estabilidad había sido siempre algo aburrido y la atracción física, en cambio, algo perseguido a toda costa.

–¿Por qué?

–Porque puedo imaginarte dejando decenas de corazones rotos detrás.

–Es precisamente en ese punto donde vas a tener que revisar tus opiniones.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando pasees por el resort, charlando con los huéspedes, sería conveniente que no cedieras a la tentación de sermonearles sobre la vida tan triste que supone no llevar una alianza matrimonial en el dedo. Procura no juzgarlos.

–Te dije que mantendría una mente abierta y pienso cumplirlo –repuso Ellie.

Quería aquel trabajo, ya que su agencia alzaría el vuelo y se dispararía a la estratosfera si conseguía el contrato. Pero para conseguirlo tendría que vencer su natural inclinación a despreciar el propio concepto del resort y contemplarlo bajo una mirada diferente.

–Me alegra oír eso –Niccolo se irguió, contemplándola con expresión impasible–. Y ahora supongo que, después del shock que has sufrido, lo último que querrás será explorar el resort conmigo en el papel de mi amante. Afortunadamente, el cansancio es una buena excusa para retirarnos por esta noche.

Por unos momentos, Ellie se había olvidado de la farsa de la «falsa novia», que de pronto regresó a su mente a toda velocidad, acompañada del inevitable nudo en el estómago. Pero la villa era enorme. Resultaba obvio que la pantomima no la dejaría en la incómoda posición de tener que pelearse con él por el espacio

cuando coincidieran allí los dos. Prácticamente podrían instalarse cada uno en un extremo de la villa y sus pasos jamás se cruzarían ni siquiera por accidente. Por desgracia eso último no iba a suceder, pero al menos dentro de la villa podrían mantener una relación profesional y acordar encontrarse para sus reuniones de negocios. Además, solo serían unos cuantos días…

–Estoy exhausta, efectivamente. ¿Mañana entonces? Quizá podrías ponerme al tanto de tu agenda.

–Es difícil hacer planes con tanta antelación.

–Necesitaré algún tiempo durante el día para trabajar con la campaña.

–No te preocupes. Tendrás tiempo suficiente para sumergirte en tu trabajo –dijo Niccolo con tono irónico, nuevamente picado por la falta de entusiasmo que ella demostraba por disfrutar de su compañía–. Y no estarás encadenada a mí, ni mucho menos. Te encontrarás con un montón de tiempo libre para hacer lo que gustes. En cualquier caso, estaré ocupado revisando las instalaciones, asegurándome de que no se caiga la línea eléctrica y demás detalles. Mi equipo se encarga de todo eso, pero, al fin y al cabo, el jefe soy yo.

–¡Qué alivio! –murmuró ella por lo bajo, y en seguida esbozó una tímida sonrisa–. Lo siento. No era mi intención decirlo así…

Niccolo no encontró nada divertida la disculpa, pero se las arregló para devolverle la sonrisa.

–En el trópico amanece muy pronto. Dudo mucho que te sientas tentada de quedarte en la cama.

–Soy una persona muy madrugadora.

–Me pregunto por qué no me sorprende nada escuchar eso –murmuró Niccolo, irónico.

–Además de que tampoco he venido aquí a levantarme tarde. He venido a trabajar y no necesitas preocuparte de que vaya a olvidarme de ello ni por un momento.

–Eso no me ha preocupado nunca.

–Quizá podríamos tratar de las actividades del día siguiente cada día, durante el desayuno. Luego yo me dedicaría a recorrer el resort, pero no solo para respirar el ambiente del lugar, sino para tomar fotografías para la campaña de publicidad. La gente se deja influir mucho por las imágenes. De todas maneras, intentaré ir más allá de la estética para contar una historia ligeramente diferente sobre lo que supone venir aquí a disfrutar de un corto descanso…

Niccolo pensó que, animada como estaba en aquel momento, resultaba aún más atractiva.

–Podemos quedar para desayunar a eso de las ocho y media –murmuró él–. Tenemos la opción de que nos traigan el desayuno aquí, lo que probablemente sería lo mejor, dado que presuntamente somos dos enamorados…

–Pero como no lo somos… –lo interrumpió Ellie. La piel le ardía ante la imagen evocada por aquellas palabras, una imagen en la que Niccolo aparecía como su ardiente y apasionado amante. Tragó saliva–. Como no lo somos… –se aclaró la garganta, porque el calor que la invadía era una buena prueba de lo muy potentes que eran aquellas imágenes mentales–, mejor será que nos encontremos en el restaurante del hotel.

–Ya. Pero esta noche… –Niccolo miró su reloj–, siéntete libre para pedir lo que quieras. En la nevera cuentas con lo más básico. Yo voy a hablar con mi gente para enterarme de lo que falta por hacer y saber cómo va la lista de clientes. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

–No –Ellie estaba deseando que desapareciese. De verdad que sí. No podía esperar para quedarse a solas porque estar en su compañía era siempre como atravesar un campo minado. Definitivamente, no experimentaba sensación alguna de vacío ante la perspectiva de las numerosas horas que necesitaría estar sola. Sola, sin tener que discutir con él. Sin preguntarse por la siguiente emboscada conversacional que intentaría tenderle.

–En ese caso, te veré mañana. Nos reuniremos de nuevo en la puerta principal.

–Perfecto.

–Ah, por cierto –añadió de pronto él, bajando la voz, algo que siempre obraba un efecto pernicioso sobre su equilibrio mental–. Solo te voy a decir esto porque, como amante mía, es algo que deberías saber…

–¡Yo no soy tu amante!

–Realmente no deberías compadecer a las mujeres con las que he salido en el pasado. Se me da muy bien hacer felices a las mujeres.

–Estoy segura entonces de que descubrirás que… que las mujeres desean amor y compromiso –balbuceó, acalorada.

–En cuanto a ese tipo de mujeres, son ellas las únicas culpables, ya que yo siempre dejo claro desde el principio que el amor y el compromiso son cosas que jamás pongo sobre la mesa. Sin embargo…

Ellie se quedó mirando las ardientes profundidades de aquellos ojos oscuros y, de repente, sintió como que se ahogaba. Su cerebro

le decía que cortara todo contacto visual para expresarle todo el desprecio que le merecía su comentario. Pero su cuerpo estaba respondiendo de una manera absolutamente caótica, fuera de todo control.

–¿Sin embargo? –graznó.

–Sin embargo, soy generoso a más no poder, y no solo por lo que se refiere a los coches o a las joyas.

–La generosidad va mucho más allá de los coches y las joyas –se las arregló para recordarle, pese a lo seca que tenía la garganta.

–Desde luego que sí, y es de eso precisamente de lo que estoy hablando. Me alegro de que hayas hecho la precisión –Niccolo sonrió lentamente y a sus ojos oscuros asomó la clase de malicia que le irritaba tanto–. Soy generoso con lo que importa. En la cama. Entre las sábanas –bajó la mirada y de pronto, cuando volvió a hablar, lo hizo con voz fría y profesional–. Te veré por la mañana.

En aquel instante, Niccolo la deseaba tanto que hasta le dolía. ¿Tendría ella alguna idea de lo muy peligrosamente seductores que eran aquellos ojos tan expresivos que tenía?

Ellie frunció el ceño, dolida porque sabía que la estaba despachando. Parecía tremendamente ansioso de alejarse de su lado. Y eso, se dijo mientras lo veía girar sobre sus talones y marcharse dando un portazo, debería servirle de lección en el futuro. Tenía que asegurarse de no volver a perder nunca la concentración mientras estuviera allí.

Resignada, se preparó para cenar un poco de pan con queso antes de retirarse a su enorme dormitorio. Planeaba despertarse al amanecer para poder revisar el proyecto que había llevado y encontrar un nuevo rumbo para el mismo. Eso les proporcionaría a los dos algo de que hablar durante el muy probablemente tenso desayuno del día siguiente. Confiaba en que no esperaría de ella que se lo quedara mirando con adoración mientras picaba sin apetito un plato de huevos revueltos. La consolaba hasta cierto punto que él le hubiese asegurado que no era del tipo de hombres aficionados a tomar de la mano a sus amantes y susurrarles dulces palabras.

Niccolo le parecía la clase de hombre capaz de contemplar los gestos románticos como absurdos y ridículos. Pero entonces recordó lo que le había dicho sobre la generosidad y se ruborizó. Los coches y las joyas probablemente no constituirían más que una preocupación secundaria para cualquier mujer con la que saliera. ¿Qué mujer necesitaba unas joyas cuando tenía la opción de acostarse con él?

Mortificada por aquel rumbo de sus pensamientos, Ellie miró la hora en su móvil para descubrir que sus buenas intenciones se habían ido por la borda: se había quedado dormida. La misma mujer que no se había levantado nunca después de las siete de la mañana desde que era una adolescente, abrió los ojos para descubrir que eran más de las nueve. Inmediatamente se puso en movimiento, vistiéndose con lo primero que encontró a mano, y bajó corriendo las escaleras, demasiado acalorada y nerviosa para preguntarse si no se daría de bruces con Niccolo…

Pero luego no la sorprendió descubrir que la casa estaba vacía porque su supuesto amante no había tenido la mínima decencia de esperar a que se levantara de la cama. Salió del edificio y se dedicó a recorrer el resort, todavía silencioso a esa hora. El sol ya estaba algo alto y el cielo presentaba un limpio color turquesa, libre de nubes. A lo lejos, el mar relampagueaba con reflejos azul y plata a través de los bancos de palmeras.

Saludó con la cabeza a varios empleados mientras deambulaba por entre las dispersas cabañas y villas. Vio aquí y allá a algunos clientes también levantados. Vislumbró luego una piscina a través del follaje, a la que se ascendía por un serpenteante sendero flanqueado de flores. Un par de huéspedes estaban leyendo plácidamente, disfrutando del sol. Ellie se preguntó por lo que les depararía aquel día. ¿Amor? ¿Un alma gemela? ¿Una excitante conversación con alguien que más tarde podría convertirse en una presencia permanente en su vida?

Salió por fin a un espacio abierto, después de haber caminado durante al menos diez minutos. Casi inmediatamente descubrió a Niccolo charlando en una terraza con dos de sus empleadas, que la miraron conforme se acercaba. Estaba… magnífico. Camisa blanca de lino, arremangada hasta los codos, pantalón corto caqui, mocasines… Exudaba una serena elegancia.

Su cabello ligeramente largo le daba el aspecto de un pirata y Ellie tuvo que hacer un deliberado esfuerzo por obligarse a seguir caminando, acordándose a tiempo de forzar una sonrisa mientras se acercaba. Él se la devolvió, perfectamente tranquilo. Levantándose, le rodeó los hombros con un brazo, momento en el cual ella se olvidó de respirar.

No pudo después recordar ni una sola palabra de las que le dirigieron en aquel momento las dos jóvenes inglesas. Sabía que les respondió, dolorida la cara por lo forzado de su sonrisa. Pero cada nervio de su cuerpo parecía galvanizado por culpa de la sensación de su piel contra la suya. Un contacto aparentemente inofensivo a la

vez que posesivo, que despeñó su cuerpo por un abismo en caída libre.

Sintió un cosquilleo en los pezones, y el ardor que empezó a sentir en la entrepierna fue suficiente evidencia de la pasmosa velocidad con que su cuerpo reaccionaba a su cercanía.

En aquel instante, su único pensamiento fue: «Por favor, que no se dé cuenta de lo que me está haciendo…».

Capítulo 6

VOLVIÓ a la realidad para descubrir que las risueñas inglesas se habían marchado y Niccolo había retirado las manos de su cuerpo.

–Me estaba preguntando si conseguirías encontrarme –le dijo él, tomando asiento y señalando la silla de enfrente, mientras uno de sus empleados se acercaba para preguntarles lo que deseaban tomar–. Cuando me levanté a las siete, no había una sola criatura despierta en el resort –continuó, recostándose y entrelazando los dedos sobre el regazo.

–Debiste haberme despertado –murmuró Ellie, todavía aturdida–. Yo nunca suelo dormir hasta tan tarde.

–Levantarse a las nueve no es levantarse tarde, y además probablemente tenías jet lag.

–Aun así… te pido disculpas. No he venido aquí a hacer el vago.

–No empecemos la jornada con disculpas –Niccolo arqueó las cejas y sonrió–. El amor significa no tener que disculparte con el otro. ¿Recuerdas?

–Muy gracioso.

Pero él seguía sonriendo después de que hubieran pedido café, pan y un plato de pescado frito, una especialidad local.

–He estado pensando sobre la campaña –comenzó Ellie, decidida a abrir el frente profesional de la conversación–. La sensación que me produce este lugar es muy distinta de la que sugieren las fotografías. Es mucho más tranquilo y mucho más amplio de lo que yo pensaba que iba a ser. Quiero decir, una persona podría olvidarse verdaderamente del mundo aquí.

–Esa es la idea –murmuró Niccolo–. Atención máxima a la privacidad. A mis empleados les has caído bien, por cierto.

Ellie se sonrojó y se puso a juguetear con los cubiertos mientras les servían el desayuno, junto con una jarra de café y una fuente de frutas.

–¿Toda esta gente sabe que estoy aquí en calidad de profesional?

–Pensé en decírselo, pero luego se me ocurrió que sería más

justo ahorrarles la molestia de tener que evitar responder si a alguien se le ocurría preguntarles sobre ti. De manera que por lo que se refiere a ellos y a los clientes, tú y yo estamos juntos.

–¿No supondrá eso un problema, eh… más adelante?

–No sé lo que quieres decir.

–Solo voy a estar aquí una semana. ¿Qué sucederá cuando nos marchemos si ellos preguntan por mí?

–¿Por qué habrían de preguntar?

–¿Quizá porque sientan curiosidad?

–Ellie… –Niccolo sonrió levemente–. Son mis empleados. Mi vida privada no es de su incumbencia.

–Ya –ella prefirió cambiar de tema–. Si tienes cosas que hacer hoy, he pensado que podría deambular por el recinto y tomar contacto con algunos de los huéspedes en caso de que se sientan inclinados a charlar. Para descubrir lo que los ha traído hasta aquí, en primer lugar.

–En primer lugar, vas a tener que esforzarte más por confundirte con la gente rica de este resort –Niccolo arrojó su servilleta sobre el plato vacío y se recostó en la silla–. Por favor, dime que tienes más colores en tu vestuario que el blanco y el azul marino.

Llevaba el cabello castaño recogido en la nuca, como siempre. Tenía un aspecto impecable y tan relajado como una afanosa abeja obrera obligada a pasar un día libre sin producir miel.

–No he venido aquí de vacaciones –dijo Ellie a la defensiva.

–Pero ahora que ya estás aquí y pese a que has dejado bien claro que no has venido de vacaciones, las circunstancias son un tanto diferentes de las originalmente planeadas, ¿no te parece?

–No tengo vestidos veraniegos ni sarongs –le informó, tensa.

–Pero seguro que habrás traído algún atuendo menos formal para un viaje a un país tropical, ¿no?

–Hace años que no salgo al extranjero de vacaciones.

–¿Es que no te relajas nunca? –le preguntó Niccolo. Cuanto más profundamente escarbaba en su vida, más compleja se volvía ella. Y cuanto más compleja se volvía, más deseos le entraban de continuar escarbando–. ¿Qué es lo que haces para divertirte, Ellie?

–He estado concentrada en mi carrera profesional –se oyó responder con voz débil.

–Vas a tener que ampliar tu guardarropa –le espetó él de pronto–. Los huéspedes van a pensar que deseas interrogarlos sobre sus declaraciones fiscales en vez de relajarte y tomar el sol.

Inesperadamente, aquella frase le hizo más daño del que había creído posible. Se imaginaba que el tipo de mujeres con las que

salía Niccolo no tendrían en absoluto el aspecto de inspectores de Hacienda.

–Hay un par de estupendas boutiques en la isla –le informó Niccolo.

–¡No puedo permitirme gastarme dinero en ropa solo para unos cuantos días! –se había quedado consternada ante semejante extravagancia.

–Considéralo un gasto profesional. Es lo menos que puedo hacer por la mujer con la que estoy saliendo. ¿Has terminado? –señaló su plato vacío–. ¿Qué te ha parecido el desayuno? La comida será una parte importante de este escenario. Nuestros estándares son muy altos.

–Deliciosa –respondió, sincera.

En la zona del comedor estaban entrando algunos clientes. Solos, cargados con bolsas de playa y libros. Para sorpresa de Ellie, ninguno parecía bajar de los cuarenta años.

–No es la tumultuosa orgía que te habías imaginado, ¿verdad? –musitó Niccolo, con tono irónico, inclinándose hacia ella–. Bueno, yo tenía mis planes para hoy, pero creo que se impone un viaje a la ciudad –declaró él de pronto.

Ellie siempre se había enorgullecido de su apertura de miras, de su mente abierta. Por supuesto, había objetado el principio básico del resort de Niccolo. No había tenido ni idea de lo lejos que habían estado sus presunciones de la realidad. Aquella gente no se escabulliría detrás de unos arbustos para satisfacer su libido. Era un proyecto de lo más discreto. Mientras los huéspedes continuaban llegando, se vio obligada a revisar las apresuradas presunciones que había hecho. Ahora podía ver por qué a Niccolo le había gustado el toque sutil de su campaña.

Experimentó un estremecimiento de excitación ante el trabajo que tenía por delante. Los oscuros ojos de Niccolo brillaban de apreciación y Ellie supo, en aquel preciso instante, que podía leer exactamente lo que estaba pasando por su cabeza. Lo cual la asustó.

–Por favor, no –susurró.

–Por favor no… ¿qué? –replicó él con voz baja y ronca, provocándole un escalofrío de excitación por todo el cuerpo–. ¿Que no te mire?

«Esto no es real», le gritaba su cerebro. «Esto no es un flirteo. Simplemente está practicando este juego por aparentar. Por construir una ficción delante de sus huéspedes solo en caso de que…». Pero la tranquila intensidad de sus oscuros ojos estaba haciendo verdaderos estragos en su sentido común, disparando la

reacción de su cuerpo. Sus pezones se convirtieron en tensas y sensibilizadas puntas mientras sentía los senos pesados, casi doloridos. Anhelaba que él se los tocara, que los acunara en sus manos y se los masajeara… Quería sentir su boca por todo el cuerpo, lamiendo, seduciendo, excitando su piel…

Se sintió débil. Sabía que, si se levantaba en aquel momento, acabaría por caerse al suelo, porque las piernas no eran capaces de sostenerla.

–Por favor, no cambies de planes por mí –se las arregló para decir.

Niccolo no respondió. La atmósfera entre ellos estaba cargada de electricidad. ¿Acaso no la sentía ella? ¡Por supuesto que sí! Podía ver sus dedos jugando convulsivamente con su servilleta. Su lenguaje corporal lo estaba diciendo todo. Aquello le provocó una oleada de deseo que disparó su presión sanguínea. Desde la primera vez que puso los ojos en Ellie, que reparó en su timidez, que aspiró el fragante aroma de aquel involuntario y nada querido deseo suyo, sus paralizados sentidos parecían haber vuelto a la vida.

Se removió, incómodo. Estaba decidido a no presionarla, pero se preguntó por lo que haría si ella continuaba ignorando aquella química que latía entre ellos. Lo cual era altamente probable, dada su puritana y remilgada opinión sobre las relaciones. Y la perspectiva de las duchas frías en un futuro cercano no resultaba nada tentadora. Se levantó de pronto para marcharse, sin dejarle más opción que seguirlo.

–Si salimos ahora, podremos visitar esas tiendas en cuanto abran. El resto del día lo tendrás libre.

–Yo no necesito un nuevo vestuario –protestó Ellie como si estuviera atada a una vía férrea y su única esperanza fuera que el tren saltara sobre su cuerpo para evitarla.

Permaneció durante unos segundos mirándolo impotente y saltó luego de su asiento para seguirlo, para chocar casi contra él cuando se volvió de golpe. Niccolo la tomó de los hombros para examinarla detenidamente, de los pies a la cabeza, antes de apartarse de nuevo.

–Eres la única mujer que conozco que no ha saltado de alegría ante la oportunidad de conseguir gratis un nuevo guardarropa.

–Ese es justamente el problema –musitó ella–. Me sentiría más cómoda si me lo pagara yo. Además, me ofende que me digan que no soy lo suficientemente buena.

–¿Cuándo he dicho yo eso? –inquirió él, mortalmente serio. Había desaparecido el flirteo sensual. Su tono era frío, su expresión cerrada e inescrutable. Retomó la marcha, esperando que ella lo

alcanzara mientras abandonaban el hotel para dirigirse a una batería de deportivos blancos aparcados a lo largo de una pared roja, decorada con flores tropicales.

Escogió uno, abrió la puerta del pasajero y rodeó luego el morro para sentarse al volante. Pero tan pronto como encendió el motor se volvió hacia ella, y cuando habló lo hizo con un tono igualmente frío:

–No me eches en cara tus propias inseguridades –le sostuvo la mirada hasta que ella se encogió de pura vergüenza, como una colegiala amonestada por el director de la escuela–. Si te sientes insegura, eso es asunto tuyo. La sugerencia de que te procures ropa nueva es eminentemente práctica. Si eso te ofende, entonces siempre puedes volverte a la villa y esconderte detrás de tu tablet y de tus carpetas y fingir que te sientes perfectamente cómoda con esa ropa tan poco práctica que llevas.

Ellie rompió el contacto visual y volvió la cabeza, mordiéndose nerviosamente el labio inferior.

Su ropa no era nada práctica, evidentemente, y no solo porque no encajara con su improbable papel como novia de un multimillonario. No lo era porque resultaba de lo más incómoda bajo aquel calor abrasador. Su vestuario habitual estaba en la línea del que lucía en aquel momento, que no podía resultar más pegajoso ni más molesto.

Pero, un cambio de vestuario era algo que había encontrado tremendamente inquietante, y ahora sabía por qué. Tanto si fuera a fingir ser la amante de Niccolo como si no, sus defensas podrían seguir en pie si conseguía seguir escondiéndose detrás de su racional atuendo de ejecutiva, que parecía gritar a los cuatro vientos: «Estoy aquí para trabajar, por mucho que hayan cambiado las circunstancias». Aferrada a su tablet, atrincherada detrás de todos sus papeles, se sentía segura.

Pero, cuando pensaba en ropa de colores, y sarongs y flores en el pelo, las últimas piezas de su armadura protectora corrían el riesgo de desaparecer, y entonces… ¿qué le quedaría?

–Es solo que he venido a hacer un trabajo y ahora me siento como si estuviera en una montaña rusa, sin poder detenerme…

–Hay gente a la que le encantan las montañas rusas –repuso Niccolo ladeando la cabeza, y ella se ruborizó.

–Yo no soy una de ellos –le espetó Ellie–. Mi vida fue una gran montaña rusa cuando era una niña, y desde entonces las he evitado como a la peste –se quedó sin aliento porque no había tenido intención de confesarle aquello–. Pero sí, mi ropa es muy poco

práctica –se apresuró a añadir, avergonzada por haber revelado un fragmento de su vida privada cuando normalmente era tan reacia a compartir su pasado con nadie–. Y te pido disculpas si de alguna manera te he parecido poco agradecida por tu oferta. No lo estoy. Eres muy generoso y… –de repente se sumió en un incómodo silencio, temerosa de que Niccolo ahondara en el rumbo que había tomado la conversación, porque no deseaba en absoluto hablar de sí misma.

Afortunadamente, no lo hizo.

–Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo –murmuró sin más, saliendo del aparcamiento para abandonar el hotel.

Empezó luego a hablarle de un ambicioso proyecto que tenía de incorporar un libro-guía sobre la isla, vinculado al resort. Ellie tenía todos los nervios en tensión. Pero procuró rehacerse y se dedicó a admirar el paisaje mientras el deportivo seguía su marcha por una sinuosa carretera.

Detrás de cada curva parecía acechar una nueva explosión de colores.

–En realidad, tú no has lanzado este proyecto únicamente por dinero, ¿verdad? –se volvió hacia él con un brillo de entusiasmo en los ojos.

–Aposté por el sector turístico cuando recibí el permiso para levantar el resort –murmuró él con tono ausente, apartando la mirada de su rostro para clavarla en la carretera–. Mi hotel proporciona puestos de trabajo, pero nunca fue mi intención montar un negocio en esta parte del mundo para poder aprovecharme de su belleza natural y hacer dinero sin que la isla saliera beneficiada. Y no estoy hablando solamente de mejorar las perspectivas laborales para la gente de aquí.

Todo lo que estaba diciendo contradecía la imagen que se había formado Ellie de un implacable y granuja playboy que se había metido en el negocio del turismo únicamente por dinero. Absorta en aquellas reflexiones, solamente se fijó en los alrededores cuando el vehículo se detuvo y, parpadeando, vio que habían aparcado en lo alto de una colina, más abajo de la cual se extendía la calle principal. A manera de avenida central, estaba compuesta por una mezcla de modernas oficinas, tiendas tradicionales y muchísimos vendedores callejeros de ricos surtidos de frutas y verduras.

Todo estaba como amontonado. Junto a un muro, un grupo de adolescentes se reía y bromeaba. Había gente paseando, charlando. De la avenida partía una calle lateral y al fondo se distinguía un espacio abierto donde el mercado estaba en todo su apogeo.

Una ola de calor casi sólida la golpeó en cuanto bajó del coche, pero apenas la notó mientras empezaban a caminar calle abajo. Distinguieron a algunos turistas aquí y allá, y ella dedujo que probablemente serían huéspedes del resort dado que no habían visto ningún otro hotel en el camino.

–Las tiendas están todas a lo largo de esta calle –le informó Niccolo–. Escoge lo que quieras. Si dudas, me temo que me veré obligado a escoger por ti.

La boutique en la que entraron estaba bien aprovisionada y dentro reinaba un maravilloso frescor. Ellie se detuvo en medio del espacioso vestíbulo para contemplar admirada las filas de percheros con ropas de todos los colores del arco iris. Cuando se volvió hacia él, lo sorprendió mirándola con una sonrisa de irónica diversión, apoyado en una pared con los brazos cruzados.

–¿Problemas para elegir? –le preguntó, caminando hacia ella.

Instintivamente, Ellie retrocedió un par de pasos.

–Yo… yo… –balbuceó con los ojos desorbitados, muy consciente de la mirada de abierta curiosidad que les estaba lanzando una dependienta.

–¿No es adorable? –dijo Niccolo, mirando a la dependienta y lanzándole una de sus devastadoras sonrisas–. Estamos buscando una selección de pantalones cortos, trajes de baño, vestidos de noche, tops… –se volvió luego hacia Ellie y, acercándose, le preguntó al oído–: ¿Qué tal vas de ropa interior?

Ellie lo miró. Su rostro estaba solo a unos centímetros del suyo. Podía sentir la caricia de su aliento así como sus fabulosos ojos quemándole la piel.

–Eso no tiene ninguna gracia –le espetó, y él le sonrió, pero sin apartarse.

–De acuerdo. Pero, si no empiezas a elegir algo, vas a tener que luchar con una muy solícita dependienta dispuesta a venderte todo lo que tenga aquí.

Ellie no tenía ninguna gana de comprar nada. Pero mientras deslizaba los dedos por las ricas sedas y telas de fino algodón, un impulso muy femenino empezó a apoderarse de su ser y experimentó una perversa sensación de entusiasmo hasta entonces prohibido. Escogió ropas de todos los tonos, gamas que recordaban los colores de los peces tropicales y aves del paraíso, ropas que nunca antes habría soñado con lucir.

Los recuerdos de su infancia pasada en la India afloraron de pronto. Recuerdos de sus padres y de sus amigos *hippies* entrando y saliendo de la casa de la playa que habían alquilado en una época.

Evocó también sus risas, y el recuerdo la tomó por sorpresa, porque durante mucho tiempo las evocaciones de su infancia habían estado asociadas a su propia inseguridad y a los cambios no deseados.

Se probó un montón de vestidos olvidada completamente de Niccolo, que se había instalado en una silla en una esquina de la sala para ponerse a hablar por el móvil. De repente, la soledad en la que había transcurrido su vida la golpeó de una manera casi física mientras se miraba fijamente en el espejo del probador, en una borrosa visión de tonos rojizos y anaranjados. Durante mucho tiempo no había habido hombre alguno en su vida. Su vida personal había estado cerrada a cal y canto durante años.

No quería potenciar aquel instinto, pero aquel frívolo y colorido vestido de seda que acababa de probarse parecía reclamarla a gritos. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, se sintió casi al borde del desmayo. Apresuradamente, volvió a ponerse su atuendo formal, pero tuvo que controlar el temblor de sus miembros cuando finalmente entregó la ropa que había elegido a la dependienta. Se hizo a un lado mientras Niccolo pagaba la factura.

–Podrás devolver toda esta ropa cuando volvamos a Londres –le dijo ella con tono urgente una vez que hubieron abandonado la tienda y se encontraron subiendo la colina, a paso lento debido al calor.

–¿Qué me sugieres que podría hacer con ella? –con las gafas de sol puestas, él se volvió para mirarla.

Ellie podría elogiar todo lo que quisiera los valores de la frugalidad y los altos y rígidos estándares morales, pero él la había visto entusiasmándose a cada segundo haciendo algo que, en otras circunstancias, sabía que habría despreciado. A la hora de elegir la ropa, su tímida actitud del principio se había vuelto cada vez más confiada, y Niccolo tenía que admitir que había disfrutado con su entusiasmo, viendo cómo progresivamente había ido sucumbiendo al muy comprensivo placer de comprarse cosas bonitas.

–No tengo ni idea –contestó Ellie–. Pero no me pertenece.

–En ese caso, siempre podría tirarla…

–¿Cómo? No lo harás, ¿verdad? –se detuvo para quedárselo mirando de hito en hito, y él soltó una carcajada de auténtica diversión que la dejó sin aliento.

–Supongo que podría endosársela a alguna de mis hermanas –murmuró Niccolo–. Pero entonces despertaría su curiosidad…

–¿Cómo son?

La pregunta le pareció a Niccolo de lo más natural. Nada indiscreta, simplemente… natural. Aquello lo sorprendió. Se daba

cuenta de que aquella era la clase de conversación que no solía tener. Pero su instinto lo impelía a proteger siempre su intimidad.

–Desafiantes –respondió, lacónico.

–¿Desafiantes en el buen sentido? –Ellie percibió que se estaba cerrando sobre sí mismo, pero estaba de buen humor y no le importó ver delante de ella el cartel de «Prohibido el paso». Acababan de internarse en el mercado callejero, repleto de gente, y se había puesto a jugar con una de las baratijas artesanales de uno de los puestos.

–Cómprala –la animó Niccolo con tal de cambiar de tema de conversación, y vio cómo ella la alzaba a la luz para verla mejor. Era un collar de cristales lisos y pulidos por el mar.

–Esto me recuerda a…

–¿Qué?

Ellie lo miró y pestañeó varias veces. Él no había querido compartir ningún detalle personal con ella. Pertenecían a mundos opuestos, y el hecho casual de que estuvieran participando en una disparatada farsa no significaba que se encontraran en el proceso de convertirse en amigos.

–Nada –respondió, dejando caer el collar en la caja y girándose en redondo para acercarse rápidamente a otro puesto. Un puesto más seguro esa vez, de frutas y verduras, pero el corazón seguía martilleándole en el pecho por lo cerca que había estado de… ¿De qué?

¿De pensar acaso que eran algo más que simples colegas de trabajo? ¿Y solo porque hacía un día precioso, lucía un sol radiante y se encontraba sumergida en una atmósfera de vacaciones?

Había recuperado el control cuando se volvió para descubrir a Niccolo avanzando hacia ella.

–Hora de volver –murmuró él–. Si no quieres acabar pillando una insolación.

–Ya. Eso probablemente no sería nada bueno para el negocio, ¿verdad? –sonrió, pero el corazón le latía acelerado mientras se dirigían hacia el coche. Sintió el roce de su mano y dominó el impulso de retirarla de golpe.

–¿A qué te refieres?

–¡A que no estaría bien que me pasase toda la semana en la cama cuando tendría que estar fuera, trabajando!

Se apartó mientras él se inclinaba para abrirle la puerta del pasajero. Pero en seguida, en lugar de hacerse a un lado para dejarla entrar, Niccolo se quedó donde estaba, apoyado en el coche, mirándola con expresión inescrutable detrás de sus gafas de sol.

–Aunque por otro lado, y pensándolo bien… –murmuró, indolente–. Quizá fuera eso precisamente lo que habría esperado…

–¿Que la ingenua inglesa se descuidara con el sol y terminara roja como una langosta?

–Que la sexy inglesa se pasara una semana entera en la cama disfrutando de los cuidados de su hombre.

Ellie se lo quedó mirando boquiabierta. El ligero aleteo de mariposas que sentía en el estómago se convirtió en un frenético fragor, y se vio asaltada por el loco, irrefrenable deseo de gemir en voz alta debido al estado de sus nervios. Hasta cierto punto era una suerte que él llevara puestas las gafas de sol, porque así podía decirse a sí misma que estaba bromeando… Pero el problema fue que de repente se las quitó con un rápido gesto. No. No estaba bromeando.

–No tienes que decirme nada –murmuró Niccolo–. Puedo verlo escrito en tu rostro.

–¿Ver el qué? No tengo ni idea de lo que estás hablando.

–Mentirosa.

–Niccolo… Esto es una locura. ¡No sé por qué estamos hablando de esto! –debería haber estado empujándolo en aquel momento, apartándolo para poder subirse al coche. Pero en lugar de ello permanecía tambaleante frente a él, mirándolo con la boca seca.

–Confía en mí. Yo estoy tan sorprendido como tú.

–Yo no… no… Sí, eres un hombre muy atractivo, como bien sabes… pero yo no… ¡Definitivamente no me siento nada atraída por ti!

–¿Ah, no?

–¡No! ¡Tú no eres mi tipo!

El silencio pareció vibrar entre ellos. Iba a besarla. Ellie pestañeó varias veces. Su cuerpo entero estaba tenso. Un oscuro y prohibido deseo martilleaba en sus venas. Casi podía sentir el suave roce de sus labios en los suyos…

–El error es mío, en ese caso –Niccolo volvió a calarse las gafas de sol y se hizo a un lado.

Durante unos dolorosos segundos, Ellie fue incapaz de moverse, hasta que por fin pudo volver a respirar. Alivio era lo que debería sentir, se recordó ferozmente. ¡Definitivamente no debería sentirse decepcionada! Debería sentirse aliviada de que él hubiera escuchado lo que ella acababa de decirle. Que él no era su tipo. Que aquello era una locura. Que no se sentía en absoluto atraída por él. Que en realidad no…

Capítulo 7

EQUIPADA con su nuevo guardarropa, Ellie decidió ocuparse de lo que había ido a hacer en la isla.

Temía la perspectiva de que Niccolo se le pegara como una lapa. Temía la perspectiva de tener que librar una guerra contra su propio y rebelde cuerpo, que parecía desafiar todas sus reglas y normas para reaccionar a él como la amante que en realidad no era. Había muchas cosas que temía, pero, de hecho, lo peor fue la desgarradora decepción que la asaltó cuando se encontró de vuelta en el resort, tras un silencioso trayecto en el coche apenas salpicado por una charla insustancial, y Niccolo la informó de que estaría ocupado durante el resto de la tarde, hasta bien entrada la noche.

–El trabajo me reclama –apagó el motor y se volvió para mirarla, con los ojos todavía irritantemente ocultos por las gafas de sol.

–Iba a decir lo mismo –repuso ella, tensa, y frunció los labios cuando su comentario fue recibido con una indolente sonrisa.

–Por supuesto.

–Y creo que deberíamos dejar unas cuantas cosas claras.

–Como quieras.

La indolente sonrisa seguía en su lugar, y Ellie se irritó, porque no era justo que poseyera esa capacidad de sacarla de quicio. La temperatura estaba subiendo en el interior del coche y ella había empezado a sudar copiosamente dentro de su rígido atuendo. Repantigado en su asiento con actitud prepotente, Niccolo en cambio parecía fresco como una lechuga, perfectamente cómodo con aquella temperatura tan abrasadora. Indudablemente, la imagen perfecta de alguien inmune a la atmósfera eléctrica que deliberadamente había creado entre ellos.

Ellie se estremeció, con sus ojos inevitablemente atraídos por la belleza de sus rasgos, el sensual dibujo de su boca… Irradiaba poder sexual, y el hecho de que antes se hubiera retirado en lugar de proseguir con sus avances no le hacía desearlo menos. Más bien al contrario.

Se humedeció los labios, nerviosa, decidida a no dejarse vencer por su descarriado cuerpo.

¡Su cuerpo siempre había obedecido las reglas! Tuvo la sensación de que la culpa, al menos en parte, se debía a aquel ambiente de vacaciones que la envolvía. Estaba al aire libre, a pleno sol, rodeada de gente que se estaba relajando, en una isla donde la vida era plácida y serena. De repente se dio cuenta de que Niccolo se la había quedado mirando fijamente y carraspeó, incómoda.

–Esta es una situación totalmente inusual –empezó con tono firme–. Lo que no quiere decir que no podamos mantener una actitud perfectamente profesional. Me disgusta que menciones cualquier tipo de atracción entre tú y yo. Me parece profundamente inapropiado.

–¿De veras? ¿Porque yo soy tu cliente? Jamás se me pasaría por la cabeza molestarte, pero lo que tampoco pretendo es fingir que no hay nada entre nosotros –Niccolo se encogió de hombros–. Haz con este conocimiento lo que quieras. Que yo sea o no sea tu cliente no entra en la ecuación. La única persona ante la que respondo soy yo mismo. No soy yo quien tiene que respetar las reglas en caso de que me meta en problemas con alguien superior en la jerarquía. Yo soy el superior de la jerarquía.

–Eso no significa que puedas hacer lo que quieras –repuso Ellie, fascinada ante aquel enfoque de la vida tan opuesto al suyo. Ostentar tanto poder debía de resultar embriagador. Pero sabía que, al margen de lo que dijera Niccolo, ella estaba a salvo con él.

Lo cual no le proporcionaba alivio alguno, porque ni siquiera estaba segura consigo misma.

¿Estaba segura de sí misma? Estuvo a punto de soltar una carcajada, porque jamás se había imaginado que un día terminaría haciéndose esa pregunta. El silencio se abatió sobre ellos y, dado que Niccolo no mostraba ninguna intención de romperlo, fue ella la que dijo, con tono remilgado:

–¿Y bien? ¿Me he expresado con suficiente claridad?

–De sobra.

–Pues entonces deja de reírte de mí.

–¿Yo me estoy riendo de ti? –Niccolo enarcó las cejas.

–Sí, y ojalá te quitaras esas gafas –le espetó ella, irritada–. Me gustaría verte la cara cuando hablo contigo.

Niccolo se quitó las gafas y, como era de esperar, había un brillo de humor acechando en las profundidades de sus oscuros ojos.

–Ellie –murmuró de repente con tono tierno, poniéndole la carne de gallina con la dulzura de su voz–, ¿tú te relajas alguna vez?

–¡Por supuesto que sí!

–Nunca he estado en compañía de una mujer tan tensa como tú. Normalmente, se me da de maravilla hacer que las mujeres se relajen. Tú eres la única que está destrozando mi autoconfianza.

Ellie chasqueó la lengua, impaciente, pero algo pareció florecer en su interior, como calentado por la indolente ternura de su voz. Jamás antes había experimentado nada parecido.

–Por favor, tómame en serio –le suplicó de pronto, y vio que su expresión se transformaba.

–Ya lo hago –murmuró él, intrigado por su obsesión por ignorar lo evidente–. Te tomo tan en serio como tú te tomas a ti misma. ¿Siempre eres así, Ellie?

–¿Cómo?

–Tan rígidamente contenida. Has venido aquí con una maleta llena de ropa perfectamente adecuada para una oficina de Londres. Deduzco que no estabas dispuesta a bajar la guardia ni por un segundo. En una isla tropical.

–Yo…

–Sí, ya lo sé. Has venido aquí a trabajar y no a disfrutar, pero… –le lanzó una penetrante mirada–, has disfrutado en esa boutique, ¿verdad?

–No sé de qué estás hablando –un rubor culpable se dibujó en sus mejillas. Antes le había parecido que Niccolo se había olvidado de que estaba en aquella boutique, ocupado como había estado hablando por el móvil. Claramente, sin embargo, la había estado observando, y eso le provocó un ardiente cosquilleo por todo el cuerpo.

–Protestaste mucho al principio, pero al final has disfrutado eligiendo la ropa que vas a llevar aquí, y no tienes por qué avergonzarte para nada de ello. Esa ha sido la primera y la única vez que te he visto relajarte desde que nos conocimos. No tienes por qué subir tu nivel de estrés pensando que yo no seré capaz de dominar mis necesidades mientras esté contigo –la observó detenidamente, divertido por la batalla interior que sabía estaba librando, y excitado a la vez por la novedad que eso representaba para él–. Si quieres fingir que no hay nada entre nosotros, entonces yo no puedo detenerte –murmuró–. O quizá, simplemente, quieres ignorarlo. ¿Te importaría decírmelo?

Boquiabierta ante aquel juego de palabras, demasiado retorcido para ella, Ellie permaneció en silencio, a la espera de ver dónde terminaría aquella conversación.

–Yo no pienso colaborar en ese juego –declaró Niccolo,

rotundo–. Pero tampoco voy a forzarte a nada, ni a arrebatarte lo que tan empeñada estás en conservar –abrió la puerta del coche y se dispuso a bajar, proponiéndole de pronto–: ¿Nos vemos después para tomar algo? Así tendrás tiempo suficiente para deambular por ahí. Puedes llamarme al móvil si me necesitas.

–¿No le extrañará a tu equipo que no disfrutes de tu tiempo libre en compañía de la actual mujer de tu vida? –no pudo resistirse a preguntarle con un punto de sarcasmo, mientras se reunía con él para dirigirse juntos al hotel.

Niccolo no estaba dispuesto a permitir que fingiese. Esa declaración de intenciones resonaba en su cerebro como una señal de peligro. Iban a compartir aquella villa y él no pensaba dejar que ella hiciera ver que la química que había entre ellos no existía. Se había anticipado a los acontecimientos y, por desgracia, no era precisamente un hombre fácil de ignorar. Niccolo le hacía pensar en el sexo. Le hacía ser consciente de su propio cuerpo, y de maneras que nunca antes se había imaginado. Podía sentir su mirada fija en ella y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dejar de temblar.

–Mi equipo me conoce demasiado bien como para pensar que si estoy haciendo una visita guiada a una determinada mujer es porque pretendo salir con ella –murmuró, irónico.

Ellie se detuvo y alzó la mirada hacia él, protegiéndose los ojos del sol con una mano.

–Por hacer una «visita guiada» a una mujer, ¿tengo que entender pasar tiempo de calidad con ella? –inquirió, tensa.

–Yo paso mucho «tiempo de calidad» con las mujeres con las que salgo –le informó Niccolo con una sonrisa lobuna que no le dejó duda alguna sobre la dirección de sus pensamientos.

–No estoy hablando de sexo –replicó ella despectivamente, aliviada en cierto modo por haber recordado el poco respeto que le merecía su enfoque de la vida y las relaciones. El sexo no era el amor, ni la seguridad tampoco. Era simplemente una necesidad física.

–En ese caso –Niccolo suspiró y se rio en voz baja–, tengo que reconocer que suelo pasar con una mujer tanto tiempo como me lo permite mi trabajo, que, para mí, siempre tiene prioridad.

–¿Siempre?

Se habían detenido ante la entrada del hotel, con los huéspedes entrando y saliendo, algunos para acercarse a la fila de coches aparcados exclusivamente a su disposición. Había varias parejas, charlando en voz baja, y Ellie se preguntó si no habría cristalizado ya alguna relación.

–Siempre –murmuró Niccolo.

–¿Nunca has estado enamorado?

Él se echó a reír.

–He aprendido alguna dura lección en el camino –se oyó decir a sí mismo, para su propia sorpresa–. Y ahora, a no ser que desees pasar el resto del día en mi compañía, voy a ver a mi gente y a revisar una pila de informes.

«¿Una dura lección en el camino?», se preguntó Ellie. ¿Qué clase de lección? Parpadeó varias veces y, justo en aquel instante, cuando menos se lo esperaba, él le dio un beso en los labios. Un beso leve, casi inexistente. Apenas un roce, tan fugaz como un copo de nieve.

«Para guardar las apariencias», se recordó ella. Niccolo tenía una preocupación compulsiva por los periodistas, así como por sus huéspedes. Él le había asegurado que, sucediera lo que sucediera en aquel resort, nada salía nunca de allí. Sus huéspedes nunca tendrían que temer que sus vidas privadas aparecieran en algún tabloide por culpa de algún paparazzi acechando detrás de los arbustos. Aquel leve y fugaz beso, entonces… Nadie podía haberlo visto, y por alguna razón eso le provocó un delicioso estremecimiento a lo largo de toda la espalda.

Pero se apartó en seguida y desvió la vista, recuperándose, de manera que cuando volvió a hablar lo hizo con voz tranquila y compuesta:

–Está bien. Te veré después. Me aseguraré de preparar algunas ideas para la campaña.

Él asintió y se marchó antes de que ella pudiera enredarse en otra conversación que terminara dejándola tan vulnerable como confusa.

Sin tener que preocuparse de que Niccolo se presentara por sorpresa, Ellie descubrió que podía apreciar y disfrutar a placer de la tranquilidad que ofrecía el resort. Un resort que no era en absoluto el lugar de encuentro de jóvenes irresponsables en busca de sexo fácil que había supuesto. El lugar era tan enorme y el recinto estaba tan bellamente ajardinado que uno podía perderse entre tanto árbol y tanto arbusto. Había bancos escondidos entre los árboles, con cenadores y hamacas en los más inesperados rincones.

En alguna parte del corazón de la extensa finca tropezó con una piscina natural excavada en la roca. El agua era cristalina, de manera que podían distinguirse en su fondo plantas y peces, con varios huéspedes relajándose cerca con libros y tabletas electrónicas. El único detalle que impedía encontrarse completamente sumergido en la naturaleza era un bar que servía

refrescos y bebidas ligeras.

Ellie pudo ver así de primera mano cómo pasaban el tiempo allí los huéspedes. Había mucho que explorar, por supuesto, y el lugar era tan relajante que las conversaciones entre desconocidos surgían y fluían con la mayor naturalidad. Todo el mundo parecía liberado, sin compromisos, a su aire. Uno podía decidir mezclarse con los demás o no. En cualquier caso, Niccolo y su equipo habían dado con la fórmula perfecta.

El calor, sin embargo, resultaba agotador, y fue un alivio para Ellie poder escapar a la villa dotada de aire acondicionado, donde se dedicó a anotar sus reflexiones. Hasta que de repente descubrió que tenía que cambiarse y las mariposas de su estómago se despertaron para no dejar ya de revolotear.

La ropa que había elegido antes colgaba ya en el perchero de su dormitorio. Por alguna razón, en la boutique no le había parecido tan alarmante como le parecía en aquel momento, y se quedó mirando consternada el rico surtido con todos los colores del arco iris. ¿Qué otra opción le quedaba que ponérsela? Los sobrios colores grises y azules no podían contrastar más con las coloridas sedas de su nuevo vestuario, como simbolizando el combate que se estaba librando en su interior: la pragmática ejecutiva enfrentada a la azorada e ilusionada joven. Gris contra fucsia, azul marino contra turquesa. Optó finalmente por un vestido largo de azul turquesa y rojo teja, con tirantes de espagueti y un par de sandalias.

Cuando se volvió hacia el espejo, se descubrió mirando a una persona diferente. Por impulso, se soltó el pelo, que hasta entonces siempre había llevado recogido. Dio una vuelta sobre sí misma ante el espejo y sonrió, viendo flotar el vestido, su cabello… Le brillaban los ojos y se maquilló muy poco para no perder naturalidad, pero aun así… se veía diferente.

Se preguntó por lo que diría Niccolo cuando viera a aquella nueva Ellie. Estremecida de perversa y embriagadora expectación, se dirigió al punto de encuentro previsto. Y consciente de que, por primera vez, iba a llegar a una cita deliberadamente tarde.

Niccolo medio esperó encontrar a Ellie esperándolo cuando llegó a la zona del bar, ligeramente temprano. No había vuelto a verla desde que se separaron, algo poco sorprendente dadas las dimensiones del resort.

Esperaba que se hubiera puesto el traje de ejecutiva, metafóricamente hablando, y luchado contra el calor sofocante para hacer sus deberes e investigar a fondo el resort. Él, por su parte, había pasado el día preguntándose cuánto tiempo duraría aquel

juego que estaba jugando con Ellie, presionando para después retirarse. Entremedias, había intentado sumergirse en su trabajo, pero, por una vez, no había conseguido concentrarse. Se había distraído continuamente.

Sentado con una copa de ron con soda en la mano, se le ocurrió pensar que quizá Ellie, en el último momento, había descartado ponerse la ropa que había elegido antes en favor de sus trajes azul marino. La fría luz del día solía acabar con todo sentido de la aventura y del riesgo, y ella parecía haberse arriesgado mucho mientras estuvo en aquella boutique.

De repente alzó la vista de su copa para descubrirla materializada frente a él en una visión de tonos azules y anaranjados… y, por unos segundos, se quedó sin aliento. Aquella era una Ellie a la que apenas reconocía. Y él estaba completamente transfigurado por la visión.

El vestido acentuaba lo esbelto de su figura: la longitud de sus piernas, su fina cintura, la erguida redondez de sus senos. Y llevaba el pelo suelto, rozándole los hombros en una densa y ondulante melena llena de matices. Conforme se acercaba, pudo ver que llevaba maquillaje.

Medio se levantó, tardíamente recuperadas sus buenas maneras, pero ella ya estaba tomando asiento, tranquila y serena.

–Me has dejado sorprendido –murmuró él, observando el creciente rubor de su rostro, pese a que había alzado la cabeza en un gesto desafiante, decidida a sostenerle la mirada.

–¿Por?

–Casi estaba esperando a que aparecieras vestida con tu ropa de trabajo para recordarme que no habías venido aquí a relajarte o a pasártelo bien –contestó secamente.

Ellie abrió la boca para responder algo convenientemente sarcástico, pero se interrumpió, porque… ¿era realmente así como la veía? ¿Como una dedicada y aburrida ejecutiva? ¿Y era así como la veía el mundo? ¿El tipo de mujer que no sabía soltarse el pelo y divertirse?

Sabía que Niccolo se había quedado sorprendido porque debía de haber pensado que nunca tendría las agallas de ponerse aquella ropa. Al menos, quizá, en su compañía. Se preguntó cómo reaccionaría él si daba todavía un paso más allá. ¿Qué haría si ella respondía a aquellos sugerentes flirteos suyos? ¿Se quedaría consternado? ¿Horrorizado?

Fuera como fuese, le serviría de lección, pensó Ellie con un atrevimiento absolutamente impropio de su carácter. Se le aceleró

el pulso. Incluso el simple pensamiento era el equivalente a jugar con fuego.

–Los alrededores son… –lanzó una mirada de reojo a la íntima penumbra de la zona del bar, con sus ventiladores de techo de sabor colonial, el cómodo mobiliario de bambú y la balaustrada de madera que daba a los inmensos jardines–. Seductores –lo decía de verdad.

Entrecerrando los ojos, Niccolo le sostuvo la mirada. Solo la desvió cuando el camarero se acercó con una botella de vino fresco, obviamente pedida con antelación.

–Interesante adjetivo –comentó él, bebiendo un sorbo y manteniendo firmemente clavada su mirada oscura en su rostro.

Su tono suave e indolente no pudo por menos que recordarle el leve beso que le había dado antes, y todo su atrevimiento se evaporó. ¿En qué había estado pensando?

–Y sin embargo apropiado –Ellie bebió un trago de vino, repentinamente nerviosa porque, habiéndose dicho a sí misma que aquellos sugerentes comentarios suyos habían carecido de sustancia alguna, se descubrió preguntándose si quizá no habría sido así… en cuyo caso, ¿qué haría él si ella respondía en el mismo tono? ¿La tocaría? ¿La besaría? Se sintió débil, e intentó fortalecer sus nervios con otro trago de vino.

Observándola, Niccolo se preguntó a su vez si no estaría ella extrayendo coraje del alcohol, y, si era así, para qué lo necesitaría… Seguro que no sería para una conversación estrictamente profesional.

–La atmósfera de este resort es efectivamente seductora –Ellie se aclaró la garganta y miró a su alrededor–. En parte es el entorno, pero también la ilusión de privacidad.

–No es una ilusión.

–Aquí uno realmente siente que puede relajarse sin que el mundo lo esté observando. Y tienes razón. He hablado con algunos huéspedes y eso es lo que sienten.

Se dijo que estaba pisando terreno seguro. Durante los entrantes y el plato principal, se las arregló para hablar con entusiasmo y sin parar de sus ideas para la campaña.

–Por supuesto –la interrumpió Niccolo, una vez que el camarero retiró los platos–, por la noche el resort es completamente diferente que por el día.

–¿Te refieres a que hay vida nocturna?

–Más de la que te imaginas.

–¿Dónde? –Ellie miró a su alrededor, tomando nota mental del

número de mesas que estaban ocupadas por parejas. No se le ocurría dónde podría haber un club nocturno, si bien solamente había visto una mínima parte del recinto.

–Creo que será mejor que te lo enseñe yo mismo –Niccolo se levantó y esperó. La cena había sido una tortura. Aquella sola palabra, «seductora», pronunciada por los labios de Ellie, le había provocado una excitación tal que el simple hecho de seguir comiendo mientras escuchaba sus explicaciones le había resultado prácticamente imposible.

No estaba en su naturaleza disimular aquella frustrante tensión sexual. Como un globo demasiado inflado, por fuerza tenía que estallar, y él pretendía pincharlo en aquel momento porque no pensaba pasar el resto del tiempo que iba a estar allí intentando concentrarse en vano.

–A no ser que prefieras quedarte y tomar el postre.

–¿Acaso tengo elección?

El vino había hecho maravillas en sus débiles nervios y había recuperado el atrevimiento anterior. Cuando, mientras salían, él le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos, ella no la retiró, en un gesto que nada tenía que ver con la farsa que presuntamente estaban representando.

Se dirigieron a una sección de la finca que Ellie todavía no había explorado. Mientras caminaban, el rumor del mar fue aumentando de volumen y, justo cuando ella estaba a punto de preguntarle dónde estaban, el mar apareció de pronto ante ellos, en una oscura e inmensa masa salpicada de plata. Allí las olas eran más altas y más feroces, y Niccolo le dijo que la zona estaba fuera del recinto. Unos escalones tallados en la roca, iluminados por luces instaladas en una doble barandilla, parecían descender mágicamente hasta una cala en la que enormes olas batían las rocas sin cesar.

–La vida nocturna –murmuró Niccolo.

La había llevado a uno de los acantilados de la costa, nada que ver con las playas de arena fina como el azúcar que rodeaban el resort. Ellie lo miró cuando él se estaba apoyando en la pared vertical de roca negra. La luz de la luna resaltaba los impresionantes rasgos de su rostro, y ansió romper sus propias reglas aunque solo fuera por una vez.

–Hay algo musical en el sonido del mar, ¿no te parece? –bajó la vista para sorprenderla mirándolo, con los labios entreabiertos–. Una dramática orquesta de sonidos, con *crescendos* y *tempos* lentos.

–¿Eres un romántico y lo mantenías en secreto? –le preguntó ella, arrancándole una carcajada.

–No, yo no soy un tipo romántico –le informó–. Ahora bien, si estás realmente interesada en saber qué es lo que me inspira este entorno tan salvaje y agreste, estaré encantado de explicártelo. El problema, me temo, es que objetaría gravemente tus elevados principios.

–¿De veras? Explícamelo –las palabras brotaron de sus labios sin que se sintiera tentada de retirarlas.

Inmediatamente percibió su súbita inmovilidad y supo que había traspasado una línea. «Una sola noche», se dijo. ¿Tan malo sería eso? Quizás él se reiría y la rechazaría, pero al menos ella lo sabría, y no terminaría comportándose como la cobarde que se quedaría para siempre con aquella pregunta sin contestar…

–¿Qué pretendes? –le preguntó él con tono tranquilo.

Ellie sabía que el tiempo corría en su contra. Una repentina desesperación la empujaba a aprovechar la oportunidad.

–Tenías razón –le dijo con voz ronca–. En lo de la química. Existe. Al menos para mí. Quizá tú has estado jugando porque aquí no hay otras distracciones que capten tu atención.

–Ya te lo dije: yo no juego –Niccolo no movió un músculo–. La vida es demasiado corta. Pero tú no estás por el sexo sin compromisos, ¿o acaso te has olvidado?

–No me he olvidado –su voz contenía una nota de anhelo–. Pero tú me confundes. Haces que me haga preguntas que nunca antes me había planteado.

Niccolo no estaba de humor para confidencias, pero se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento, y nada dispuesto a cambiar de tema para pasar a otro más seguro. Ellie alzó entonces una mano para deslizar un dedo por su musculoso antebrazo y, cuando lo sintió tensarse a modo de inmediata reacción, se vio embargada por una ardiente sensación de triunfo.

–Soy una mujer precavida. Tal vez demasiado. Y puede que desapruebe las relaciones basadas únicamente en el sexo, pero jamás dejaría que una relación así se convirtiera en otra cosa –se preguntó si se estaría expresando con la suficiente claridad. Ella lo veía así, al menos. Para ella, aquellas palabras tenían perfecto sentido.

Con Niccolo Rossi no había posibilidad de finales felices, pero ella tampoco buscaría ninguno. Retendría el control de la situación porque se trataba de una decisión perfectamente consciente por su parte. Era una decisión que jamás antes había soñado con tomar, porque siempre había sido demasiado sensata por lo que se refería al confuso mundo de las relaciones. Pero aquella era una química

contra la cual no tenía arma alguna. Se estaba demostrando a sí misma que la pasión no tenía por qué ser algo necesariamente peligroso: solo lo era si se confundía con el amor, y esa sería una lección que la afirmaría precisamente en el buen camino.

Aceptar eso la hacía sentirse empoderada. No estaba abandonando su zona de confort. Estaba ensanchando su territorio de acción. Aquello era lo que sentía alguien cuando se hacía cargo de su propia vida y de lo que la rodeaba. En lugar de huir del peligro, lo estaba minimizando al enfrentarse a él directamente, con los ojos bien abiertos. Y disfrutando además con la sensación.

–Estoy tomando una decisión –le dijo–. El resto es cosa tuya.

Capítulo 8

ELLIE NO sabía qué esperar. Durante lo que le pareció una eternidad contuvo el aliento, consciente de que nunca en toda su vida había arriesgado tanto.

El beso de Niccolo fue tierno, tentativo, y ella se derritió de inmediato como si fuera la cosa más natural del mundo. Se acercó a él, lo abrazó por la cintura y se puso de puntillas para besarlo mejor. La lengua de Niccolo empezó a explorar el dulce interior de su boca, seductora, arrancándole un leve gemido.

Las barreras de sus respectivas ropas los separaban, pero no había barreras contra el deseo de Niccolo. Su excitación era un poderoso indicador de su deseo. En un impulso, Ellie deslizó un tembloroso dedo por el bulto de su pantalón y él profundizó la intensidad de su beso, pasando de la ternura a la exigencia.

–Este es un escenario romántico –dijo de pronto con voz ronca, deteniéndose–, pero no precisamente muy práctico para lo que yo tengo en mente –él mismo se sorprendió del temblor de su voz, y en aquel momento no pudo por menos que respirar hondo, en un intento por controlarse.

–Sabía que encontrabas esto romántico –murmuró Ellie con una risa ronca. Se lo quedó mirando fijamente y él desvió brevemente la mirada, para volver a clavarla en su rostro con una sonrisa irónica.

–Sí que es romántico –concedió–. ¿Pondrás eso en tu campaña publicitaria?

–Niccolo…

–¿Te estás arrepintiendo? ¿O vas a pronunciar la frase «tómame, por favor» después de mi nombre? –se enorgulleció de haber podido tomar distancia de ella, porque no había mujer alguna en el mundo que lo atrajera tanto como para hacerle perder el sentido. Ciertamente nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de apartarse de una sin antes satisfacer sus deseos, pero ese incómodo pensamiento le asaltó en aquel instante, y la verdad era

que no se le antojaba nada atractivo.

–No me estoy arrepintiendo.

El alivio lo invadió de golpe con la fuerza de un tsunami.

–En ese caso, sí, por supuesto que te tomaré. Volvamos a la villa. Directamente a mi cama.

El calor de su voz la hizo estremecerse. Lo deseaba tanto que quería decirle que se callara, que la tomara sin más, allí mismo y en aquel preciso momento, y se olvidara de las incomodidades.

En lugar de ello, le dijo apresurada:

–Nunca había hecho esto antes.

–Lo sé.

–¿Lo sabes?

–En repetidas ocasiones me has contado lo mucho que desapruebas los encuentros casuales que terminan en sexo. Recibí alto y claro el mensaje –acarició con la nariz la satinada seda de su cuello–. Así que elegir tener un estupendo sexo conmigo en una isla tropical sin expectativa alguna que no sea una despedida, evidentemente tiene que ser una primera experiencia para ti. No te preocupes, querida, te prometo que no te arrepentirás de tu decisión.

Niccolo alzó muy lentamente la larga falda de su vestido de seda, hasta que pudo sentir la cálida desnudez de la piel que se ocultaba debajo, mientras rozaba su muslo. Ellie abrió la boca, pero sus palabras se perdieron en una cascada de sensaciones cuando él, hábilmente, deslizó una mano entre sus piernas para empezar a acariciarla a través de la fina tela de la ropa interior.

Ya no pudo pensar en nada, mientras él le hacía aquellas cosas. Pero lo que no podía evitar era una conversación mínima y sensata sobre el vergonzoso tema de su virginidad… Los pensamientos atravesaban su mente como relámpagos. Intentó imaginarse su reacción cuando supiera que jamás se había acostado con un hombre. ¿Diversión? ¿Horror? ¿La tomaría con lentitud? ¿O rápido y a toda prisa? Ellie dudaba que la virginidad atrajera a un hombre como Niccolo Rossi. Además, ¿y si él no quería molestarse en practicar sexo con alguien que carecía completamente de experiencia?

Pero habiendo llegado tan lejos, tenía que seguir. Tenía que hacerlo. Lo que significaba que no le diría nada. Algo bastante fácil, teniendo en cuenta que sus cuerdas vocales parecían haberse secado bajo el devastador impacto que le estaban produciendo sus caricias.

–Puedo ver lo mucho que me deseas y eso me gusta. Mucho –le dijo él con voz ronca–. Estás lista. Puedo sentirlo –deslizó una mano

bajo su braga, en una invasión tremendamente íntima que le arrancó un jadeo.

Sensaciones que jamás antes había experimentado asaltaban el cuerpo de Ellie. Sí, aquello era el deseo sexual. Una necesidad tan poderosa que la hacía estremecerse de los pies a la cabeza. Si las puertas del cielo se hubieran abierto de pronto para verter lava ardiente sobre ellos, ella ni siquiera se habría dado cuenta, porque solo podía ser consciente de su dedo frotando su sexo, tentándolo hasta que le entraron ganas de gritar, de rogar, de suplicar.

Cuando él retiró el dedo explorador y cuidadosamente volvió a colocarle la braga, Ellie habría podido sollozar de frustración.

–No te detengas.

–No me darás luego las gracias si terminamos haciendo el amor en la arena –Niccolo pudo haberle dicho también que se estaba haciendo un favor a sí mismo al detenerse, porque estaba tan excitado que sabía que estallaría si no se refrenaba en aquel preciso momento.

¡Y eso que apenas la había tocado! Aquello era una locura.

Tomados de la mano, se apresuraron a volver a la villa. «Tiempo para reflexionar», se dijo Ellie. Tiempo para pensar en lo que estaba a punto de hacer. Tiempo para cambiar de idea. Sabía que les llevaría por lo menos quince minutos regresar a la villa. Durante ese lapso, tendría amplia oportunidad para detenerse y examinar lo que estaba haciendo a la fría, deslumbrante luz de la realidad. Pero eso no ocurrió. Porque la frustración que había sentido cuando él retiró aquel delicioso dedo de su sexo no había dejado de crecer desde entonces, tanto que prácticamente se estaba retorciendo por dentro para cuando finalmente llegaron a la villa.

El aire era templado y agradable. El rugido del mar había quedado reducido a un insistente, acariciador rumor de fondo. Niccolo empujó la puerta y, tan pronto como la hizo entrar, la apoyó contra la puerta cerrada y la besó. Y esa vez no fue el tentativo, explorador beso de antes. Fue un beso ávido, urgente, exigente.

Acorralada contra la puerta, Ellie le echó los brazos al cuello, atrayéndolo hacia sí. Desesperada como estaba por volver a sentir su dedo en aquella zona de su cuerpo, se retorció de expectación mientras él la besaba.

–No seas impaciente –le dijo Niccolo con una sonrisa en la voz–. No voy a apresurar las cosas. Quiero tocarte por todas partes y tomarme mi tiempo para hacerlo.

–Niccolo…

–Esto es ligeramente preferible a la playa, pero no tan bueno como mi cama –la levantó en vilo como si no pesara nada. Y Ellie se quedó sin aliento para luego echarse a reír mientras él subía los peldaños de las escaleras de dos en dos.

Abrió la puerta del dormitorio con el pie y no se molestó en encender las luces. Tampoco lo necesitaba, ya que la plateada luz de la luna que se filtraba por la ventana iluminaba una habitación que era ligeramente mayor que la de Ellie, y amueblada con el mismo buen gusto.

La llevó hasta la cama, donde la depositó con cuidado. Acto seguido se apartó para mirarla, ladeando la cabeza, devorándola con la mirada. El cabello le ocultaba los ojos y tenía la falda del vestido subida hasta los muslos. Le excitaba insoportablemente verla así, abandonado todo pudor. Continuó contemplándola intensamente mientras se quitaba la camisa. Una vez medio desnudo, esperó durante unos segundos, embebiéndose de su ardiente y tórrida mirada. Se quitó el pantalón y lo arrojó a un lado.

Ellie abrió mucho los ojos. Tumbada, con el corazón acelerado, asimiló por fin lo que estaba a punto de hacer. Era lo que había deseado, pero la aprensión que sentía ante el acto físico la dejaba nerviosa y mareada. Era tan hermoso… Como la escultura de un dios griego vuelta a la vida. Tenía unos hombros anchos y musculosos. Su pecho, cubierto por un vello oscuro y rizado, terminaba en unos abdominales duros como una tabla de lavar y en una estrecha cintura.

–Relájate –murmuró él mientras se deslizaba en la cama a su lado y se volvía luego hacia ella para quedar frente a frente, mirándola a los ojos. Le acarició un muslo desnudo–. Tu piel es como el satén –musitó–. ¿Te lo han dicho alguna vez?

–No –respondió, sincera, con voz temblorosa.

–¿Por qué estás tan nerviosa? No hay necesidad. Confía en mí. Mientras estés fuera de tu zona de confort, vas a disfrutar de cada segundo. Quién sabe… puede que nunca más quieras volver a ella. ¿Continúo entonces con lo que estaba haciendo en la playa? ¿Ummm? ¿Quieres que te toque ahí hasta que te vea retorcerte contra mi dedo?

–Niccolo… –dijo con la voz quebrada, abriendo las piernas y acomodando su cuerpo en la postura adecuada para la caricia de su mano.

Gimió y se quedó inmóvil, arqueándose levemente mientras él deslizaba su devastador dedo por su sexo, hasta dejarla jadeando, hasta que su ataque de nervios quedó olvidado bajo el peso de

aquella inefable sensación. Desesperada por sentir su piel desnuda contra la suya, se removió para agarrar el borde del vestido y tirar hacia arriba, pero terminó abandonando todo esfuerzo porque Niccolo se mostró mucho más hábil a la hora de desnudarla.

La deliciosa brisa que se filtraba por el ventanal abierto acarició de repente su piel desnuda. Ellie apenas podía abrir los ojos, pero, cuando lo consiguió, fue para verlo despojarse del resto de su ropa. Los boxers se reunieron con el pantalón en un rincón del dormitorio.

Estaba tremendamente bien dotado. Pese a su falta de experiencia, Ellie se daba cuenta de ello. Sentándose a horcajadas sobre él, sintió un rugido de excitación en las venas y se apoderó de su miembro con una mano. Luego, inclinándose, recorrió delicadamente su contorno con la lengua.

Saborearlo fue maravilloso. Cambió de postura para arrodillarse, en ropa interior, y poder dedicarle toda su atención.

Ella misma se sorprendió de su descaro, de su audacia. ¿De dónde la había sacado? Se echó hacia atrás cuando él la apartó delicadamente para despojarla del sujetador y de la braga.

–Se te dan bien estas cosas, ¿verdad? –gimió Ellie, conjurando mentalmente el desfile de supermodelos que seguro la habrían precedido.

–Muy bien –le aseguró él, sin falsa modestia alguna–. Y ahora, disfruta. Y relájate.

Niccolo había fantaseado con sus senos, pero ninguna fantasía podía hacer justicia a aquella erguida redondez, al rosa intenso de sus pezones. Bajó la cabeza y cedió a la vibrante necesidad de saborearlos. Se apoderó de uno con la boca, lo succionó con fuerza y lamió la endurecida punta hasta que la sintió retorcerse bajo sus atenciones. Su timidez había desaparecido, como había previsto. Para cuando estuviera listo para penetrarla, estaría salvajemente excitada, desesperada.

Pero ese momento aún no había llegado, por muy fuera de control que se sintiera. Quería saborear aquello que había esperado durante tanto tiempo. Se ocupó del otro seno, sintiendo el subir y bajar de su pecho mientras Ellie se llenaba los pulmones de aire entre gemido y gemido. Rodeó luego su ombligo con la lengua y continuó descendiendo. Al separarle los muslos para acomodarse bien entre ellos, percibió una tensa vacilación en ella. Fue algo que impactó en su conciencia durante algunos segundos. Pero estaba demasiado inmerso en el urgente latido de su propia libido como para hacerle demasiado caso.

Acercó la cabeza a su sexo. Olía a almizcle dulce. Un profundo y ronco gemido saludó la exploración de su lengua. Ellie abrió aún más las piernas y alzó las caderas, tenso todo el cuerpo, para ponerse a corcovear mientras él profundizaba sus caricias y la lamía y chupaba cada vez más fuerte, más rápido.

En aquel punto, según la experiencia de Niccolo, comenzaba el juego de demostrar la respectiva maestría. Las mujeres gustaban de enseñarle lo que eran capaces de hacer. En esa ocasión, no fue así. Esa vez se trataba de placer puro, sincero. Algo a lo que un hombre podría volverse adicto. Ellie no estaba intentando demostrarle nada. Simplemente estaba disfrutando del placer que él le daba con las manos y con la boca. Niccolo ansió de pronto que aquello no terminara nunca.

Reconoció el momento de *crescendo* de su orgasmo, y supo también refrenarlo dulcemente. Le divirtió ver que ella ni siquiera se molestaba en intentar disimular su angustiada frustración. Solo cuando se estiró hacia un lado para sacar un preservativo del cajón de la mesilla, volvió a percibir una vacilación en ella.

–Niccolo… –Ellie se interrumpió, pero entonces cerró los ojos y sonrió, demasiado excitada para preocuparse de cualquier largo discurso sobre la virginidad, los elevados principios morales y la importancia del amor.

–Es necesario… –Niccolo malinterpretó el temblor de su voz–. En esto nunca corro riesgos.

«Un hombre experimentado», pensó Ellie. «Un hombre que previene, planifica y controla cada aspecto de su vida». Solo que estaba a punto de hacer el amor con una mujer que nunca antes lo había hecho, lo cual, estaba segura de ello, le daría qué pensar. Como mínimo.

Supuso que Niccolo no se daría cuenta, tal era su buena disposición hacia él… Pero se equivocaba. La penetró profunda, ferozmente, y ella soltó un grito, tenso todo su cuerpo en un automático rechazo de algo que, en lo más hondo de su ser, siempre le había producido aprensión.

Niccolo se detuvo de inmediato. Por unos segundos, se quedó perplejo. ¿Le había hecho daño? Solo entonces lo comprendió, y rápidamente se apartó de ella.

–¿Por qué no me lo dijiste? –inquirió en voz baja, sujetándole el rostro para que no tuviera otra opción que mirarlo.

–¿Decirte qué?

–Que eras virgen.

–Porque sabía que te echarías a reír.

–¿Me estoy riendo ahora?

–Porque… –decidió confesarle con dolorosa sinceridad– había tomado la decisión de acostarme contigo. Era una decisión completamente insólita para mí y pensé que si te enterabas… si yo te lo decía… bueno, que saldrías corriendo –lo miró con expresión hosca, conteniendo el aliento.

–Pero… ¿por qué?

–Porque me imaginaba que te asustarías, Niccolo. Que empezarías a pensar que yo podía convertirme en una de esas pegajosas mujeres que terminan esperando más de lo que hay… Una de esas mujeres que se quedan colgadas de ti y que se niegan luego a aceptar que las abandones sin el menor remordimiento.

–¿Quién te ha dicho que yo me comporto así con las mujeres?

–No hace falta que me lo diga nadie –replicó Ellie, recuperando parte de su humor. Y aliviada también de que todo hubiera quedado al descubierto y él no hubiera salido corriendo.

–Así que crees que me conoces, ¿eh? –añadió él en voz baja–. Viniste aquí con una enorme maleta llena de prejuicios y presuposiciones, señorita Eleanor Wilson. Si no recuerdo mal, te habías hecho una idea completa de mi resort que resultó ser absolutamente inexacta: un tórrido y mezquino punto de encuentro para que jóvenes ricos, ociosos y sin principios practicaran sexo fugaz. Y pensabas también que tus principios morales eran demasiado elevados como para transigir con el sexo, a no ser que hubiera una relación formal sobre la mesa…

–Mis principios siguen intactos –Ellie alzó una mano para acariciarle una mejilla–. Tomé una decisión consciente. Si hubiera decidido alejarme de ti, ahora mismo no estaríamos haciendo esto. De hecho, podríamos estar juntos y desnudos en una cama y yo sería perfectamente capaz de levantarme y marcharme.

–¿Eso es verdad? –murmuró él.

–Por supuesto.

–No te creo.

–Eso es porque tienes un ego del tamaño de esta villa.

–¿Tan pequeño? –él soltó una cálida y burlona carcajada–. Qué decepción. Siempre pensé que era mucho mayor.

Ellie se ruborizó. Niccolo tenía razón. Ella siempre había encontrado muy fácil etiquetarlo, encasillarlo todo… La vida siempre era más sencilla así. No había sorpresas desagradables. Lo que había empezado como un mecanismo de defensa había terminado por convertirse, más o menos, en una forma de vida. Si estaba sola era porque, en algún momento del camino, había

fracasado a la hora de ver que dentro de aquellas casillas había espacio para todo tipo de variaciones y matices.

–He aquí otra cosa en la que te has equivocado conmigo –musitó Niccolo–. No me asusta haber descubierto que eres virgen.

–¿No?

–Por el contrario, me siento honrado de que me hayas elegido –le dijo muy serio.

–¿Y tampoco te asusta que de repente yo vaya a hacer algo estúpido?

–¿Como enamorarte de mí? –Niccolo se echó a reír–. No, en absoluto. Ambos estamos igual de informados sobre las condiciones de este juego. Ninguno de nosotros vino aquí en busca de algo. Más bien ese algo nos encontró a nosotros. Esta será nuestra aventura mientras estemos en el paraíso.

–¿Y una vez que nos marchemos?

–La vida seguirá su curso.

Sexo por puro placer, pensó Ellie. Un anatema para sus principios. Pero la llamada de sirena de la aventura era irresistible. Aquello tenía sentido en aquel nuevo mundo suyo, donde los parámetros habían cambiado y las zonas grises habían disuelto las blancas y las negras. Además, ¿acaso tenía otra elección?

–Confía en mí –murmuró Niccolo–. Llevaré cuidado.

Y fue deslizándose lentamente en su interior. La sintió relajarse. Estaba tan excitada que resultó fácil. Los nervios habían desaparecido, y para entonces tenía la sensación de que conocía su cuerpo tan bien como el suyo. Empujó hondo, sintió su tensión y vibró con el leve gemido que oyó escapar de sus labios, pero esperó hasta que ella lo apremió para que acelerara el ritmo, hasta que no pudo soportar por más tiempo la contención.

En cuanto a Ellie, jamás había sentido tanto placer. Las sensaciones recorrían su cuerpo como relámpagos, en una oleada de insoportable gozo. Por primera vez en su vida, ella misma se quitó los grilletes de la cautela y del sentido común para sentirse maravillosamente viva. Aquella no era la Eleanor Wilson que acostumbraba a ser. Aquella nueva Eleanor Wilson asumía riesgos, y la sensación le gustaba.

Niccolo la penetró entonces aún más profundamente y ella alcanzó el clímax con explosiva fuerza, aferrándose a él y hundiendo los dedos en los duros músculos de su espalda. Cuando gritó, fue como si estuviera oyendo los gritos guturales de otra persona, que no los suyos.

Pudo ver cómo Niccolo alcanzaba también su orgasmo tras un

último y potente embate, erguido su gigantesco corpachón.

–Ha sido fantástico –jadeó con voz ronca, apartándose de ella y despojándose del preservativo. Se tumbó luego nuevamente a su lado y se la quedó mirando.

–¿Seguro?

–¿Te arrepientes?

La conversación post-coital era terreno desconocido para Niccolo. Nunca había hecho un esfuerzo consciente por evitar aquel tipo de charlas: era simplemente algo que no solía producirse. Aquella, reconoció, era una situación inusual y, como tal, requería una respuesta inusual. Decidió que, al menos para él, era un récord, como hombre, que pudiera aprovechar la ocasión y no ceder a su natural inclinación de levantarse para darse una ducha.

–En absoluto –respondió Ellie, mirándolo expectante. A la luz de la luna, le brillaban los ojos y los ángulos de su hermoso rostro parecían difuminarse–. Me alegro de que hayamos hecho el amor –suspiró–. No podría decir que mi virginidad ha sido como un peso colgado al cuello, pero me doy cuenta de que debería haberme relajado más en ese sentido para aceptar que la química sexual puede existir… al margen de todo lo importante.

–Hablas como si hubieras leído esa frase en alguna parte –comentó él, irónico–. Pero, bueno, me alegro de que no te arrepientas. Yo tampoco.

Le lanzó una lobuna sonrisa que la hizo encogerse por dentro. Cuando él deslizó una mano por su muslo, ella se estremeció de pura reacción sensual. Si aquello era el poder del deseo, entonces ese poder residía efectivamente en las manos de Niccolo, pensó Ellie con una punzada de inquietud. Le había provocado aquel efecto desde que lo vio por primera vez en su gimnasio.

Niccolo, por su parte, se sorprendió de descubrir que con poseerla una vez no había tenido suficiente. Ya estaba deseando repetir.

–Si no estás preparada para otro revolcón –le dijo–, conozco un millar de maneras de darnos placer mutuamente sin que haya penetración –acarició con la nariz la blanca columna de su cuello y cerró suavemente una mano sobre un seno. Con la misma delicadeza, frotó el pezón con el pulgar, excitándolo hasta que quedó duro y erecto–. Podría saborear cada suculento centímetro de tu cuerpo y que te dejaras ir luego en mi boca. ¿Qué tal suena eso? ¿Ummm?

«Demasiado bien», pensó Ellie, apartándose levemente, porque de alguna manera, en algún rincón de su aturdido cerebro, sabía

que, si aceptaba de buen grado el lazo que él le estaba lanzando al cuello, Niccolo sería capaz de hacer con ella lo que quisiera. La convertiría en una más de sus hipnotizadas admiradoras y eso significaría el adiós definitivo a la mujer libre y sincera que había terminado acostándose con él. Contra todo sentido común.

Sí, había elegido terminar en la cama con él, pero no dejar que le dictara el ritmo y la intensidad de lo que fuera que estuviera ocurriendo entre ellos. En el calor del momento, apenas había prestado atención al hecho de que, una vez que estuvieran fuera de la isla, probablemente volverían a verse durante el curso del proyecto. Y aquella sería la peor pesadilla de Niccolo: permitirse disfrutar de unos pocos días de pasión para descubrirse después obligado a interaccionar con ella por una simple necesidad de trabajo.

Pues bien, ella no iba a darle motivo alguno para que empezara a evitarla por el temor de que fuera a convertirse en una plaga.

–Suena maravilloso –retiró firmemente la mano de su seno–. Pero voy a tener que rehusar tan tentadora oferta.

Niccolo arqueó las cejas y la miró asombrado.

–¿A dónde vas? –gruñó mientras la veía levantarse de la cama.

–De vuelta a mi dormitorio, por supuesto –le lanzó una mirada por encima del hombro, sonriendo dulcemente–. Estoy realmente cansada. Ha sido estupendo, pero creo que debería disfrutar de una buena noche de sueño si mañana pretendo hacer algo útil. Quiero decir que estoy aquí para trabajar, al fin y al cabo.

Capítulo 9

A DÓNDE VAMOS? –preguntó Ellie, instalada ya en el todoterreno, volviéndose para ver a Niccolo sentándose al volante.

No llevaban ni una semana en la isla y Niccolo estaba más moreno que nunca, bañado su cuerpo duro y enjuto de un tono bronce dorado. Eran poco más de las dos de la tarde y una sombra de barba le cubría la mandíbula. Tenía un aspecto arrebatadoramente sexy.

Ellie experimentó el impulso de estirar una mano para acariciarle fugazmente el rostro o el brazo, pero sabía que el gesto sería demasiado íntimo. Cuando abandonó su habitación cinco días atrás, había dejado claro su patrón de comportamiento. El patrón no era otro que lucir una radiante sonrisa y no dar muestra alguna de que lo que había empezado como una aventura, se estaba convirtiendo para ella en algo mucho más serio.

No sabía muy bien cuándo había cruzado la línea. Seguía diciéndose a sí misma que no la había cruzado, que seguía disfrutando de un azaroso encuentro sexual, cuya única razón para afectarla tanto era precisamente su excepcionalidad. Eso era lo que se decía a sí misma, pero a veces, de madrugada, su voz interior le contaba una historia diferente. Sentía algo por él. De algún modo, ese sentimiento se había ido abriendo paso hasta apoderarse de su mente y de su corazón. Seguía aferrada a su decisión y dormía en su cama cada noche, pero nada le habría gustado más que quedarse en la de él, para despertarse a su lado por la mañana, sentir la libertad de estirar una mano para poder tocar su cuerpo… y excitarlo para que la poseyera.

El final de aquella pequeña burbuja en la que habían buscado refugio se avizoraba en el horizonte como los nubarrones de una tormenta acercándose a un cielo soleado.

–Es una sorpresa –murmuró Niccolo.

Ellie se rio nerviosa, lo miró de reojo y sonrió.

–Tranquilízate –añadió él–. Seguro que te encantará. Te mereces

una bonita sorpresa, señorita Eleanor Wilson. Mañana nos marchamos de la isla y has hecho un trabajo de primera categoría.

–No había mucho que hacer. Este lugar ya es suficientemente bueno por sí mismo. He empezado a reunir unas cuantas ideas para el folleto que querrás distribuir en la campaña publicitaria. Creo que te gustarán.

Niccolo apretó los labios. Otra vez Ellie estaba hablando de trabajo, cuando el trabajo había sido lo *suyo*. Su refugio personal, el terreno donde se sentía más cómodo. Siempre había sido así. Y, sin embargo, ella parecía recurrir precisamente al trabajo para sacarlo a él de quicio. Ellie era la criatura más apasionada con la que se había acostado nunca. Pero, cuando no estaban en la cama, volvía a recuperar su actitud profesional para recordarle que, por encima de todo, había ido allí a hacer un trabajo.

–Con esa actitud tuya, un hombre podría sentirse utilizado –había bromeado un día, aunque la frase había ocultado un fondo de verdad. Porque, por primera vez en su vida, había allí un elemento de incertidumbre que le hacía sentirse como si estuviera caminando por arenas movedizas. Lo cual no le gustaba nada. Pero tampoco le hacía desearla menos.

–¿Vas a presentarme ahora misma la campaña? –le preguntó, sarcástico.

Ellie apretó los dientes. Le habría gustado echarle en cara que él no parecía tener problema alguno con nada: el sexo, por ejemplo, era una simple actividad de disfrute. Para ella, al contrario, había sido un cambio sísmico, y precisamente hablar de trabajo era su manera de aferrarse a la normalidad. Sin esa tabla de salvación, el universo paralelo que se había abierto ante ella se volvía francamente aterrador. Un universo en el que podía terminar destrozada porque se había enamorado de él.

–No he traído mi ordenador –contestó en el mismo tono ligero, mirando por la ventanilla y cerrando los ojos, con el viento azotándole el pelo–. Dime a dónde vamos.

Niccolo se echó a reír, con una risa ronca y sensual que siempre le producía estremecimientos de puro placer, con lo que el incómodo momento anterior con todos sus inquietantes pensamientos quedó olvidado. Atravesaron el recinto y la ciudad hacia una parte de la isla que ella aún no había visitado. El vehículo continuó por una accidentada pista que terminaba en una playa. Estaba perfectamente vacía, a excepción de un bote varado, amarrado a un árbol.

–Vamos al mar –le dijo, apagando el motor.

Había sacado un par de toallas del maletero del todoterreno. Tras desamarrar el bote y botarlo en el agua azul turquesa, la tomó de la mano para ayudarla a subir.

–A veces los placeres sencillos son los mejores –murmuró, y zarparon en un mar tan liso y tranquilo como la superficie de un cristal.

–Háblame de tu familia –le pidió de pronto Ellie–. Nunca hablas de ella.

Pensó con un sentimiento de culpabilidad que ella tampoco le había proporcionado información alguna sobre la suya. Él no le había hecho ninguna pregunta al respecto. Sentía curiosidad por Niccolo, pero evidentemente esa curiosidad no era mutua.

–No hay nada extraordinario que contar –replicó él–. Tengo a mi madre y a tres hermanas.

–Supongo que es por eso por lo que te sientes tan cómodo en compañía de mujeres –reflexionó Ellie en voz alta–. Te he visto charlar con las mujeres del resort, tanto huéspedes como empleadas. Tienes una habilidad especial a la hora de hacer que se sientan cómodas contigo.

–No sabía que me habías estado analizando –comentó él y la miró con expresión súbitamente pensativa–. Ese podría ser un pasatiempo peligroso.

–¿Por qué?

–Cualquier mujer que me contempla como un proyecto o un objetivo, está destinada al fracaso. Lo que estás viendo, Ellie, es lo que hay. Sexo del bueno –su sensual boca se curvó en una sonrisa de satisfacción–. El mejor.

–No te he estado analizando –se defendió ella con tono ligero–. Simplemente sentía curiosidad. Lo creas o no, que una mujer sienta un poco de curiosidad por el hombre con el que se acuesta no es algo tan raro. Y, desde luego, no te veo ni como un objetivo ni como un proyecto –se rio y desvió la vista hacia el mar azul, en cuya inmensa lámina el bote parecía una insignificante astilla–. El único hombre al que podría ver así sería el hombre con quien decidiera establecerme.

–¿Has encontrado a algún candidato en el resort? –le preguntó él, manteniendo también un tono ligero.

–¿Cómo habría podido? –Ellie se rio, relajándose mientras el bote se iba internando más y más en el ancho mar–. ¿No se suponía que eras tú el amor de mi vida?

–¿Te refieres a nuestra farsa? –replicó Niccolo, sin mirarla–. Yo creía que lo nuestro era algo mucho más frívolo.

Ellie no dejó de sonreír. Los músculos de la cara le dolían por el esfuerzo.

–En cualquier caso, si se supone que solo tengo ojos para ti, ¿no resultaría sospechoso que me interesara por los huéspedes?

–¿Me estás diciendo que no has localizado a candidato alguno a media naranja? Aquí hay tipos muy apetecibles.

–¿Me estás animando a que me busque uno? –inquirió Ellie a modo de broma, aunque picada por dentro, pese a que sabía que no debería reaccionar así porque él simplemente estuviera siendo sincero con ella–. ¿Qué harías tú si me encaprichara de alguien?

–Eres perfectamente libre –Niccolo se encogió de hombros–. ¿Qué podría hacer yo?

Le molestó la cruda punzada de celos que lo desgarró por dentro cuando se la imaginó interesándose por alguno de los hombres del hotel. Todos eran tipos decentes, y ella se merecía un hombre decente, y sin embargo… No era un hombre celoso. De hecho, ese era un sentimiento que lo dejaba frío, y se removió incómodo, aliviado de que el destino de su corto trayecto estuviera por fin a la vista. Redujo la velocidad del motor.

–Bueno, pues eso no ha ocurrido –continuó ella–. Y eso que los hombres con los que he charlado son encantadores. Un par de ellos hasta me dan un poco de pena. Puede que tengan toneladas de dinero, pero no parece que tengan mucha confianza a la hora de tratar con el sexo opuesto, que supongo es la razón por la que todavía siguen solteros. Todos tienen una historia que contar. Creo que no les vendría mal recibir unas cuantas lecciones tuyas, por lo que se refiere al trato con las mujeres.

–No creo que yo constituya el mejor ejemplo –replicó Niccolo, irónico. Habían llegado a un vasta piscina natural en medio del mar, compuesta por unas extraordinarias formaciones coralinas que habían formado un tranquilo oasis de aguas más cálidas, con miles de peces de colores visibles desde la superficie.

–¿Por qué no? –murmuró Ellie con tono ausente, inclinándose sobre la borda del barco, cautivada por el espectáculo. Se había puesto una camiseta ancha, comprada en la bien provista tienda de regalos del hotel, y un pantalón corto de lino, que se moría de ganas de quitarse para quedarse en bikini.

Apoyada en la borda con ambas manos, con la mirada clavada en las aguas cristalinas, sintió de pronto el bascular del bote e, inmediatamente, los brazos de Niccolo rodeándole la cintura. Instintivamente, se irguió con un suspiro de placer y se giró para mirarlo. Él se quitó las gafas de sol y sus miradas parecieron

entrelazarse.

–Porque puede que yo sepa tratar con el sexo opuesto, pero los hombres de este resort no andan buscando precisamente entablar cómodas conversaciones con mujeres. Lo que les interesa es conectar sobre bases algo más permanentes y, en ese sentido, yo no estoy nada capacitado para dar consejos.

–¿Es esta una manera de advertirme que me aleje de ti? –le preguntó Ellie, sin desviar la vista.

–¿Necesitas que te lo adviertan?

–Por supuesto que no. Ya sé de qué va todo esto. Esto que compartimos tú y yo… Bueno, es algo divertido y de verdad que me ha hecho revisar mis propias opiniones y contemplarlas bajo una luz diferente, algo por lo cual siempre te estaré agradecida… pero no tienes que preocuparte de que vaya a confundir la gratitud con otra cosa.

–¿Piensas volver a jugar sobre seguro ahora que has explorado el lado oscuro de la vida?

–Eso es –respondió Ellie con tono ligero.

–Supongo que papá y mamá se sentirán muy complacidos –murmuró él, intentando imaginarse cómo sería «jugar sobre seguro». Eso era algo que jamás había hecho. No se llegaba a la cumbre del éxito jugando sobre seguro, y él había querido y necesitado llegar a la cumbre.

Había tenido que hacerlo. Desde que era joven había sido consciente de sus responsabilidades: asegurarse de que a su madre y a sus hermanas no les faltara de nada. Siendo un niño, así se lo había prometido a su padre. Frunció el ceño, porque aquella era la primera vez en mucho tiempo que había pensado en su padre. ¿Cómo había sido eso?

Ellie sonrió, deseosa de abandonar el rumbo que había tomado la conversación para volver a la fácil y cómoda familiaridad que habían construido durante los últimos días.

–En realidad, se quedarán amargamente decepcionados –comentó finalmente, rompiendo su propia promesa de mantener un tono ligero. Pero no había podido evitarlo.

–¿De veras? Explícate –Niccolo se sentó en la borda, que se balanceaba suavemente sobre el tranquilo mar azul. El único sonido era el del rumor de las olas chocando dulcemente contra el casco del bote.

Se había desabrochado los botones de la camisa, que colgaba en ese momento abierta, ofreciendo una tentadora imagen de su torso bronceado salpicado de vello oscuro. Sin pensarlo, Ellie se inclinó

hacia delante y apoyó la palma de la mano sobre su pecho. Niccolo se la tomó al instante y le besó la parte interior de la muñeca, con la mirada clavada en su rostro mientras lamía aquella sensible zona de su piel con la lengua.

–¿Qué estabas diciendo? –la animó a continuar–. Sigue hablando.

–Devuélveme la mano y lo haré –le dijo ella sin aliento.

–Me temo que no voy a poder hacerlo. Ahora que tengo tu mano, vas a tener que renunciar a ella durante los próximos quince minutos. Solo el tiempo suficiente para que me cuentes por qué tus padres se sentirán decepcionados con el tipo aburrido que previsiblemente algún día acabarás por presentarles.

Ellie se echó a reír. Habían vuelto a la normalidad.

–Me gusta la rutina porque es algo que nunca he tenido –le confesó, acercándose aún más y apoyando la cabeza sobre su pecho, recalentado por el sol. Alzó luego la mirada hacia él con expresión pensativa, recordando–. Mis padres no llevaban precisamente una vida muy normal –le dijo con un punto de exasperado sentimiento en la voz–. Muchos viajes de un lugar a otro en busca de todo tipo de experiencias espirituales, del budismo zen. Drogas, invitaciones a otros *hippies* para que se quedaran con ellos allí donde estuvieran… Para mí, todo aquello era muy confuso. Un verdadero caos.

Lo miró subrepticiamente esperando ver algún gesto de disgusto en su rostro, porque sabía que su vida no habría podido ser más distinta que la suya. Pero no. Niccolo la estaba mirando con perfecta seriedad, sin juzgarla en absoluto.

–Necesitas arraigarte en algún lugar –reflexionó en voz alta–. Te gusta saber siempre dónde estás. No te agradan los cambios.

–Y ahora, ¿quién está analizando a quién?

Niccolo se echó a reír. Analizar a las mujeres era algo de lo que nunca podrían acusarlo, pero ella tenía toda la razón.

–Pero sí –reconoció ella–. Has dado en el clavo.

–De ahí tus gustos con los hombres. La mayoría de las mujeres no considerarían la cualidad de «aburrido» como un requisito deseable en un hombre, pero tu experiencia es diferente.

–«Seguro» no tiene por qué significar «aburrido» –protestó Ellie, riéndose.

Niccolo no pareció entender la broma.

–Pero habitualmente es eso lo que significa –señaló con fría lógica–. Los hombres que nunca corren riesgos habitualmente encuentran su zona de confort en una actitud aburrida ante la vida.

–Eso no es justo –liberó su mano y se apartó, mirándolo con la

misma indiferencia que él a ella y preguntándose cómo habían podido pasar de la calidez a la frialdad en tan poco tiempo–. Lo que pasa es que no puedes comprender lo que digo porque tus antecedentes son completamente distintos a los míos.

–Todo el mundo tiene su propia historia. Antes dijiste que todos los clientes tenían una, particular. No son simplemente un puñado de hombres y mujeres en busca de un placer fácil. No, son seres humanos en pos de algo que es posible o no que encuentren. ¿Piensas que mis antecedentes me convirtieron en una persona ambiciosa?

–Más que ambiciosa.

–Pues he tenido que serlo. Tú tuviste unos padres *hippies* que te enseñaron a valorar la rutina. Yo aprendí siendo niño lo muy solitario que es intentar convertirse tan pronto en un hombre.

–¿Qué quieres decir?

–Siendo prácticamente todavía un niño quedé a cargo del mantenimiento de mi familia. Me juré cuidarla y protegerla a una edad a la que apenas podía cuidar de mí mismo. Así se lo prometí a mi padre en su lecho de muerte, y al hacerlo me despedí para siempre de mi infancia –él mismo se quedó consternado de haberle hecho aquella confesión–. Perdona, no sé por qué te he dicho esto… estábamos hablando de los hombres «seguros». Lo que quería decirte es que yo soy un hombre, y sé cómo somos los hombres, y que los hombres «seguros» son aburridos. Son como burócratas sin los cuales ningún asunto podría funcionar, pero cuyos nombres nunca pasarán a la historia.

–Pues a mí un «burócrata», como dices tú, me iría muy bien –replicó ella–. ¡No todo el mundo quiere un generador de energía por pareja!

–Pero los generadores de energía son buenos en la cama –señaló Niccolo con una voz que abandonó toda frialdad para convertirse en un sensual y ronco murmullo. La abrazó de pronto. Se había confiado a ella, y eso había sido un error. Abrazarla era lo que debería haber hecho desde un principio, porque eso era lo que mejor se le daba. El sexo. Sin darle oportunidad de reaccionar, le desabrochó el botón del pantalón y se lo bajó de un solo movimiento–. Y fuera de la cama, también.

–Niccolo, estamos hablando…

–Te estás perdiendo el escenario.

–¿Dónde estamos? –a su pesar, Ellie tuvo que renunciar a la conversación. Aunque eran muchas las cosas que le habría gustado replicar a lo que él le había dicho.

–En medio del mar. Esta formación coralina ha creado una especie de piscina poco profunda, de aguas muy, pero que muy cálidas. Llena de fauna y de flora marina. Es como bañarse en un caldo de pescado –estaba hablando y besándole el cuello al mismo tiempo.

–¿Podemos nadar aquí?

–Por supuesto que sí. ¿Por qué crees que te he traído? Para nadar y hacer el amor.

–Niccolo…

–Shhh –le había apartado la braga del bikini y su dedo estaba ya explorándola lenta, meticulosamente, con una seductora cadencia que la dejó sin aliento–. Quítate la camiseta –ordenó.

Desnudarse a cielo abierto le proporcionó una sensación maravillosamente perversa, decadente, con la fresca brisa protegiéndola del sol abrasador, rodeados por el ancho mar. Niccolo gruñó y se apoderó de sus senos. Jugó con sus pezones mientras la dolorosa presión que ella sentía entre las piernas clamaba suplicando alivio. Procedió a tocarse mientras él continuaba besándola y percibió su sonrisa ante su imagen de abandono.

Con gran delicadeza, la sentó sobre uno de los dos bancos corridos de madera. Apoyándose en ambas manos, levantando el rostro al sol, con los labios entreabiertos y los ojos cerrados, Ellie sintió el roce de su rostro entre los muslos, y se derritió cuando él empezó a lamerla lentamente, sin prisa alguna.

El sonido de su boca contra su sexo parecía acompasarse con el choque de las olas contra el casco del bote. Ellie sintió que sus músculos internos se apretaban en un nudo, y comenzó a respirar con fuerza cuando las olas de placer fueron ganando en altura. Ansiaba con tanta desesperación sentirlo dentro… El orgasmo le sobrevino con fuerza explosiva y hundió los dedos en su pelo mientras su cuerpo se mecía y corcoveaba como si tuviera voluntad propia, hasta que quedó saciada.

Observando luego cómo Niccolo se quitaba la ropa, su cuerpo ahíto volvió a despertarse en un tiempo récord. Allí donde estaban, en medio del mar, había perdido todo sentido del tiempo. Quizá fuera aquello la eternidad, pensó soñadora. Deseó poder embotellar aquella sensación para poder almacenarla para siempre…

Estaba atardeciendo para cuando regresaron al resort. El día había sido maravilloso. Ellie no había querido que terminara nunca. Habían nadado, habían hecho el amor y regresado a la playa para

tomar un té al aire libre. Las horas habían transcurrido como en una nube de indolente felicidad. Era así como era el amor.

Ellie no pensaba seguir luchando contra eso, ni fingir tampoco que se trataba de algo distinto: una aventura, una simple experiencia de atrevimiento o de aprendizaje. Cuando le dijo que era virgen, Niccolo le contestó que podía confiar en él porque no le haría daño. Desde luego, sabía que iba a terminar sufriendo un daño grave, pero sabía también que, dada la oportunidad, volvería a hacerlo.

Se disponía a bajar del coche cuando él la detuvo.

–¿Has disfrutado hoy? ¿Aun cuando recelabas de la sorpresa que te tenía reservada?

Ellie sonrió. La noche estaba cayendo y su rostro estaba en sombras.

–No habría podido ser mejor.

–¿Crees que habrías podido pasártelo igual de bien con un amante «seguro»? Tal vez descubras un día que, si buscas la seguridad que te pueda proporcionar un tipo, acabes por despreciarlo, porque no existe aventura sin riesgo –Niccolo no había planeado retomar aquel tema, pero algo en su interior lo había empujado a hacerlo, como el feroz impulso de arrancarse una costra.

–Quizá tú seas más seguro de lo que te imaginas –murmuró ella–. Quizá tú y yo seamos más parecidos de lo que piensas, y ambos seamos demasiado precavidos por lo que se refiere a las relaciones.

Niccolo fue incómodamente consciente de que aquella era una conversación que tenía que dominar. Controlar.

–Razón por la cual ha funcionado lo nuestro. Ninguno de los dos está dispuesto a dejarse convencer de que tenemos algo más que puro sexo. Ambos somos realistas y lo suficientemente perspicaces como para ver los inconvenientes.

–Pero yo creo en el amor –replicó Ellie con sentida sinceridad. «Porque estas cosas no suceden como a veces uno se imagina», pensó para sus adentros. «A veces te pillan por sorpresa, y para cuando te quieres dar cuenta, ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto»–. Y tú no. Pese a que eres dueño de todo esto: un fantástico resort de seis estrellas diseñado para el propio Cupido.

–Esto fue, desde el principio y por encima de todo, un negocio – afirmó él–. Es una larga historia, pero digamos que estaba bastante seguro de su futuro éxito antes incluso de poner el primer ladrillo.

–Para ti todo es cuestión de negocios, ¿eh, Niccolo? ¿Qué fue lo

que te hizo ella? ¿Aquella dura lección que me dijiste que habías aprendido en el camino?

Él la miró fríamente, entrecerrando los ojos.

–¿Otra vez con eso?

–Olvídalo.

Sabía que debía seguir su consejo. Pero, en lugar de ello, respondió:

–Cometí un solo error hace muchos años. Juzgué mal a una mujer. La persona que yo creía que era no era más que una quimera, una ilusión. Si existe un solo suceso de mi vida que sirve continuamente para recordarme mi propósito y mi misión en este mundo, es precisamente aquel error de juventud.

De modo que su vida, pensó Ellie, se había cerrado sobre aquel suceso para siempre. El muchacho de antaño se había convertido en un hombre que bloqueaba continuamente sus sentimientos y los encerraba bajo llave. Miró su rostro enjuto y de rasgos finos, bellamente esculpidos. Y sin embargo había algo en su hosca y cerrada expresión que la hacía desear consolarlo, acariciarlo… Tuvo que luchar contra el impulso, obligándose a desviar de nuevo la conversación al presente.

–Todos tenemos nuestros demonios, ¿no? –murmuró–. Con un poco de suerte, algunas de estas personas encontrarán a su media naranja con la cual serán felices de compartirlos. Este lugar está hecho para el amor y para el romanticismo. Es tan, tan hermoso… Un estupendo material para la campaña.

Estaba enamorada de él y no podía evitarlo. Su cerebro empezó a funcionar a toda velocidad mientras se esforzaba por analizar si aquella puerta que él acababa de abrirle, a través de la cual le había sido permitido vislumbrar una faceta de su personalidad que jamás antes había compartido con nadie, podría significar algo.

En aquel momento, con las luces del resort parpadeando a su alrededor. Ellie pudo ver que un nuevo grupo acababa de llegar. Se notaba por los torpes esfuerzos que estaban haciendo algunos por entablar una cortés conversación. El grupo debía de rondar las veinte personas. La mayoría eran de la misma horquilla de edad que los primeros huéspedes, pero había algunos ligeramente más jóvenes, y una mujer en particular destacaba por su altura así como por su aspecto de modelo de pasarela. La lisa melena rubia se derramaba sobre sus hombros como una cortina de seda. Su ropa, según observó Ellie, parecía tan poco práctica como la suya la primera vez que llegó a la isla, pero por diferentes razones. Mientras que Ellie se había presentado vestida de ejecutiva, aquella

mujer había aterrizado equipada para devorar a los hombres. Su vestido era ridículamente ceñido y corto, con unos tacones absurdamente altos. A los pies tenía un pequeño maletín de aspecto caro y una maleta de ruedas a juego.

La rubia hizo contacto visual con ellos y Ellie comprendió que el brillo de instantáneo reconocimiento que asomó a sus ojos no había estado destinado a ella. Aquel brillo era para Niccolo, que se había detenido en seco.

Ellie sintió su inmovilidad y se quedó de piedra.

–¿Una amiga tuya? –bromeó, subiendo demasiado el tono falsamente alegre.

–Sí que la conozco –respondió él sin mirarla.

Ellie sintió que el corazón se le contraía en el pecho. Se había preguntado cómo serían las mujeres con las que salía y, en aquel momento, no tenía ya duda alguna. Las mujeres con aquel aspecto podían eclipsar a las simples mortales.

La mujer en cuestión se dirigía hacia ellos en aquel momento, contoneándose sin prisa con cada paso de sus interminables piernas. Estaba empezando a sonreír mientras concentraba toda su atención en Niccolo.

–Esperaba encontrarte aquí, Nicky –ronroneó la rubia–. Cuando me dijeron que te habías perdido en una isla en medio de la nada, no me lo podía creer… ¡pero todo encajó cuando me enteré de que prácticamente eres el dueño!

–Amy, te presento a Eleanor. Eleanor, Amy Carter. Nos conocemos desde hace algún tiempo.

–Nueve meses, cariño. Eso no es «algún tiempo» –la mujer sonrió, cerrando los dedos de una mano sobre el cuello de su camisa y tirando juguetonamente de él hacia sí. Se volvió luego hacia Ellie y se la quedó mirando con sus fríos ojos azules durante unos segundos–. Querida… –ladeó la cabeza para lanzar a Niccolo una radiante sonrisa–, ¿te importaría evaporarte un momento para que Nicky y yo podamos conversar?

Ellie se quedó boquiabierta.

–Yo… yo…

«¿Quién diablos te crees que eres? ¡Piérdete!», gritaba su cerebro. Su boca, sin embargo, se abría y cerraba como la de un pez y ninguna palabra salía de su garganta.

–¿Te importaría, Ellie? –le pidió al fin Niccolo, mirándola con una inescrutable expresión–. No tardaré mucho.

Capítulo 10

HABÍA UNA sola cosa que Ellie no pensaba hacer: tener un ataque de celos. No iba a dar indicio alguno de que se había pasado la última hora y media hirviendo de furia e imaginándose todo tipo de cosas. Pero no podía encerrarse en su dormitorio fingiendo que no pasaba nada. Estaba sentada muy derecha en una de las mecedoras del espacioso salón cuando Niccolo regresó finalmente a la villa.

–Ah, has venido –dijo, volviéndose cuando él entró en la habitación y se dirigió directamente hacia la barra de bebidas para servirse un whisky con soda.

Niccolo se detuvo y se la quedó mirando con expresión pensativa.

–¿Creías que no vendría?

Ellie enrojeció y alzó la cabeza, desafiante.

–¿Quién sabe? –detestó el tono cortante, casi estridente, de su voz–. ¡Una despampanante rubia aparece surgida de la nada, me ordena que «me evapore» y después no vuelvo a saber de ti en dos horas! Y en nuestra última noche aquí.

Con un futuro tan borroso como una neblina de verano, pensó, porque en ningún momento habían hablado de ello. Habían compartido cosas, sus esperanzas se habían disparado… pero, en aquel momento, todo aquello le parecía un espejismo. «Y ahora esto», pensó. Vio que Niccolo fruncía los labios y giraba sobre sus talones para apurar su copa sin pronunciar una sola palabra.

Se quedó luego donde estaba, apoyado en la barra, con un pie cruzado sobre el otro.

¿Acaso era de extrañar que la estuvieran devorando los celos?, se preguntó Ellie, triste. Por supuesto, era consciente de la clase de hombre del que se había enamorado. Se había enamorado de alguien que no pertenecía a su misma liga. Demasiado rico, demasiado guapo, demasiado poderoso… demasiado todo. Y, sin embargo, mientras estuvieron en el resort, había sido capaz de engañarse a sí misma pensando que existía una conexión especial

entre ellos…

La rubia cañón de las piernas interminables lo había puesto todo en su correcta perspectiva y, para Ellie, había sido como si le arrancaran el corazón con un cuchillo. Si hubiera estado de vuelta en Londres, retomada su tranquila vida, habría podido conformarse con recoger los pedazos. Habría fantaseado con que, aunque no habían terminado juntos, todo se había debido a la aversión de Niccolo al compromiso, y no porque no hubiera existido una conexión real entre ellos…

Porque él se había abierto a ella, ¿o no?

Pero la rubia la había despojado de aquella ilusión para presentarle su breve aventura como lo que era: la atracción experimentada por un hombre que habría podido tener a cualquier mujer… por una que se le había resistido. Aunque esa resistencia no hubiera durado precisamente mucho tiempo.

–No pienso darte explicaciones –le espetó él, fríamente–. Así es como empiezan las rabietas.

–¡Yo no estoy teniendo ninguna rabieta!

–¿Ah, no? –murmuró, bebiendo un trago y mirándola impasible por encima del vaso–. Bueno, pues estás dando una excelente impresión de lo contrario. Te advertí que no te colgaras de mí –le recordó con voz tranquila y desapasionada, aunque le latían las sienes por la punzada de culpabilidad que lo estaba atravesando por dentro.

Parecía tan joven e ingenua allí sentada, como una colegiala castigada, tan fresca, tan dulce e inocente… Todo lo contrario que la ex a la que acababa de despachar. La culpa era suya. Nunca debió haber llegado tan lejos con Ellie. Pero se había sentido ávido de una experiencia que prometía satisfacer su saturado paladar y luego, cuando debería haberse detenido, había continuado porque el goce se había revelado absolutamente adictivo.

Debió haber escuchado las campanas de advertencia que habían empezado a sonar en su cerebro desde que escuchó las primeras palabras de Ellie: todo aquel romántico sermón sobre las almas gemelas y los finales felices, para terminar culminando con su confesión de que nunca antes se había acostado con nadie. Como resultado, había acabado por decirle cosas que jamás había compartido con nadie. Todavía no sabía qué era lo que se había apoderado de él.

–No he podido evitarlo –le confesó de pronto Ellie. No se molestó en fingir absurdamente que no tenía la menor idea de lo que él le estaba diciendo. Alzó su mirada clara hasta su rostro–.

Nunca fue mi intención involucrarme emocionalmente contigo, pero no negaré que eso es precisamente lo que ha sucedido, y la razón por la que ahora estoy aquí… –sonrió tristemente–, comportándome como la clase de persona en la que esperaba no convertirme nunca.

Niccolo apuró su copa. Podía haberle dicho que había despachado a su ex de vuelta a Londres en su avión privado sin darle siquiera tiempo a deshacer las maletas. Podía haberle dicho que Amy Carter era una arpía y que bendecía el día en que la había expulsado de su vida nueve meses atrás. Pero estaba en una situación peligrosa y aplacarla no le parecía precisamente una buena idea.

Por supuesto, su relación tendría que terminar, y algo se removía en su interior cuando lo pensaba. Apretó los dientes, necesitado nuevamente de otra bebida fuerte.

–¿Has comido? –le preguntó, cortés–. Me temo que no voy a poder cenar contigo. He descuidado mis compromisos laborales y creo que voy a necesitar el resto de la tarde. Mañana volveremos a la realidad y tengo varios informes que todavía no he mirado siquiera.

Podía reconocer los sentimientos que fueron desfilando por el rostro de Ellie, atropellándose entre sí: dolor, comprensión y, por último, tranquila aceptación. Cada uno le provocó una fuerte punzada de culpabilidad porque se sabía el causante. Había sido egoísta y arrogante, y deseaba de alguna forma poder explicar o justificar su comportamiento, algo que no se había molestado en hacer nunca.

Cuanto menos diálogo, sin embargo, mejor. No quería iniciar clase alguna de conversación que la llevara a pensar que había algo entre ellos que podría tener, contra todo pronóstico, algún futuro. Porque no había nada. La sensación era tan nueva como inquietante. Siempre había asumido que sus prioridades no eran como las de los otros hombres. Por supuesto, disfrutaba de la compañía femenina, pero no estaba hecho para el amor, ni para la clase de amor que la mayoría de las mujeres anhelaban. Y, menos aún, para la clase de amor que la señorita Eleanor Wilson anhelaba y merecía.

No era solo porque hubiera tenido una mala experiencia. La mayoría de la gente se recuperaba de una mala experiencia. Por primera vez en su vida, Niccolo entró a cuestionar la cadena de acontecimientos que lo habían convertido en el hombre que era. Estaba en la cumbre del éxito y del dinero, pero por lo que se refería a la satisfacción emocional, la clase de satisfacción

emocional que podía ver en sus hermanas casadas… bueno, eso era algo que siempre había asumido que nunca tendría. No se engañaba a sí mismo. Se trataba de la simple aceptación de un hecho.

Había metido la pata una vez, hasta el fondo, y no iba a repetir ese error, aunque… Ellie le había hecho pensar en su padre, le había hecho recordar la promesa que le había hecho cuando era un niño, la de que cuidaría de su familia y sería el hombre de la casa… Se había atenido a aquel juramento, que siempre lo había obligado. Para bien o para mal. Sonrió, irónico. Así era él y nunca cambiaría.

–Por supuesto –dijo Ellie, conteniendo las lágrimas y sonriéndole–. Lamento haberme enamorado de ti. Fuiste justo y me advertiste suficientemente. Pero no me arrepiento de nada y lo superaré.

–Bien –no quería dejarla, y decidió que era comprensible, porque solo un miserable canalla habría sido capaz de darle la espalda sin el menor remordimiento de conciencia–. Puede que tenga que viajar a Hong Kong antes de lo esperado, así que es probable que no tengas que verme cuando termines el proyecto de la campaña. Ah, por cierto, el contrato es tuyo. Le diré a mi gente que se ponga en contacto con tu agencia para tramitarlo todo.

Se estaba obligando a cortar todos los vínculos. De un corte limpio, sin remordimientos.

–Sí. Lo entiendo –dijo Ellie–. Podré enviarte el proyecto ya terminado para finales de la semana que viene. ¿Te parece bien?

–Perfecto –Niccolo ladeó la cabeza, contemplándola con expresión taciturna.

Al final fue Ellie la que abandonó la habitación, pasando por delante de él con la cabeza bien alta. Solo se permitió derrumbarse cuando estuvo en su dormitorio, con la espalda apoyada en la puerta cerrada y los ojos cerrados con fuerza contra un futuro que se extendía ante ella como un negro e interminable vacío.

Ellie miró la maleta en medio de la habitación y ahogó un sollozo de tristeza.

Era impresionante pensar que un puñado de días, durante los cuales su vida había cambiado para siempre, estaban encerrados en aquella pequeña maleta. El surtido de vaporosa y colorida ropa tropical que había llevado de la isla tres semanas atrás.

De camino a casa de sus padres, dejaría la maleta en una de las tiendas de beneficencia que había en la calle principal. No tendría prisa por regresar a Londres porque no tenía ya ningún trabajo al

que volver. Acostarse con Niccolo no solo había tenido como consecuencia un desengaño amoroso, sino que además había generado un efecto dominó en su vida que había culminado con la salida de la agencia que había contribuido a fundar. Sus socios habían acordado comprarle su participación en la misma, aunque habían lamentado disolver la sociedad. Por primera vez, su vida se había convertido en una especie de ovillo enredado, y no sabía por dónde empezar a desenredarlo para volver a convertirla en algo que reconociera como suyo.

Por una vez, tenía ganas de ver a sus padres. Sabía que intentarían sanarla con sahumerios, infusiones de hierbas, cristales de propiedades curativas… Y, por una vez, Ellie no los condenaría, porque había descubierto, a su costa, que seguir el camino del sentido común y del pragmatismo no siempre era posible. Una persona podía perder el control de su propia vida y, por primera vez, entendía perfectamente lo que le había pasado. Sabía que ella nunca podría ser el espíritu libre que habían sido sus padres en su juventud, pero tampoco era la mujer severa e inflexible que se había preparado para ser. Ya no.

Desde que Niccolo la dejó, muchas veces se había dicho a sí misma que había sido para bien. El problema era que todavía tenía que empezar a creérselo ella misma, porque lo único que quería era hacerse un ovillo y abandonarse a los recuerdos que había compartido con él.

Había renunciado a saber nada de Niccolo. Había dado por supuesto que él no mantendría el contacto pero, aun así, ella había esperado que lo hiciera. Pero no. La flecha de Cupido había pasado de largo frente a Niccolo para ir a clavarse en ella. Ella le había confesado lo que sentía. Y había ansiado con tanto ahínco que su relación pudiera tener algún futuro que había seguido esperando que, en algún momento, él se replanteara su decisión y retomara el contacto.

Mientras entraba en el dormitorio para hacer una revisión de última hora, así como para recoger la maleta que se llevaría a casa de sus padres, Ellie tuvo que hacer un monumental esfuerzo para mirar hacia delante y no hacia atrás. Comería algo rápido y después se marcharía. Con un poco de suerte, encontraría la forma de superarlo.

–¿Qué quiere decir con que ya no trabaja allí?

Era la primera vez en varias semanas que Niccolo se involucraba

personalmente en la campaña de publicidad de su hotel. No había vuelto a hacerlo, de hecho, desde que abandonó la isla, dejando atrás a su última amante dormida en su propia cama, para encadenar desde entonces una serie de vuelos que lo habían llevado por todo el mundo.

Se había sentido como un granuja desapareciendo a propósito, pero sabía que había sido lo mejor. De haberse quedado en la villa aquel último día, habría podido soportar la obligada convivencia con Ellie, pero ella seguro que no. Así que había hecho lo más decente y se había quitado de en medio, ordenando a su piloto que volviera de Londres, donde había dejado a Amy, para recoger a Ellie.

Aun así, había seguido sintiéndose como un granuja. «Un corte limpio», se había dicho a sí mismo, sumergiéndose en la tramitación de una serie de contratos de alto nivel, el primero en Hong Kong y el siguiente en Australia. Telefonear directamente a Ellie para enterarse de cómo estaba no había entrado en su concepto de «corte limpio».

Algún absurdo rumor había llegado hasta sus oídos, a través de sus hermanas, sobre una fugaz aventura que había sido hecha pública gracias a Amy, que nada más regresar a Londres se había cobrado venganza contando a un tabloide su historia con Ellie. Niccolo se había plantado firmemente y ordenado a sus hermanas que dejaran de presionarlo a la busca de detalles de algo que había dejado de existir.

Lógicamente no había podido evitar esbozar una mueca de desagrado cuando les dijo eso, dada la manera en que había acabado su relación con Ellie. Resultaba frustrante, pero desde entonces no había sido capaz de concentrarse en nada. Y cuanto más se había esforzado vanamente por entender por qué no podía dejar de pensar en Ellie, más había aumentado su frustración.

Lo cual, a su vez, había reforzado su obstinación por permanecer fuera del país durante más tiempo del que había pretendido en un principio.

Pero en aquel momento estaba de vuelta. Al final, no había tenido otra elección. La necesidad, el deseo y algo mucho, mucho más profundo habían ganado una batalla desigual. Había permanecido fuera del país todo el tiempo que le había resultado humanamente posible hasta que dos días atrás, cuando recibió por correo electrónico detalles de la campaña publicitaria del resort, el peso de los recuerdos acabó por doblegarlo.

Cada frase, cada imagen, cada poética descripción había sido

como la historia de su romance. Porque había sido un verdadero romance, aunque él no hubiera sido capaz de verlo entonces. Mientras examinaba el boceto de campaña, había vuelto a ver su encantador rostro, a oír su risa contagiosa, a sentir en la punta de los dedos el anhelo de tocar su cuerpo esbelto. Se había sumergido en lo que ella había escrito para el folleto que le había mencionado, y se había sentido transportado a un tiempo que nunca, jamás, debería haber dejado escapar.

Pero ahora que él estaba de vuelta, ¿dónde estaba Ellie? Experimentó una punzada de súbita aprensión.

–Ella… eh… –Marta, una de sus secretarias, se volvió hacia el tipo que estaba a cargo del departamento de marketing en el pequeño equipo montado para la ocasión.

–¿Y bien? –gruñó Niccolo, impaciente–. ¡Suéltalo! –apenas hacía un par de horas que había aterrizado, pero ya estaba despabilado del todo, absolutamente alerta.

–Después de todo el asunto del…

Se hizo un tenso silencio y Niccolo frunció el ceño.

–¿Qué asunto?

–Bueno, al parecer –dijo Marta, intentando desesperadamente abordar la cuestión con la mayor delicadeza–. Después de la… eh…, situación entre usted y ella… Supongo… Quiero decir es solo una suposición…

–Ella ya no trabaja para la empresa –intervino Paul bruscamente–. Pero, señor, toda la información ha sido entregada a sus colegas y eso es lo único que importa.

–No.

La habían echado de la empresa. Él había tenido una aventura con Ellie y ella había pagado el precio. La culpabilidad que había estado acosándole hasta entonces volvió con toda su fuerza. Su hermana le había dicho que aquello había sido tema de la prensa rosa, pero él se había asegurado de no leer nada, de manera que no tenía la menor idea de lo que se había publicado.

–Ya me ocuparé de esto más tarde –se dirigía ya hacia la puerta para pedirle a su asistente personal la dirección de Ellie.

Ellie oyó el agudo sonido del timbre y soltó un gruñido de desesperación. ¡Pero si estaba a punto de salir! Había soportado una semana horrible de indiscretos periodistas apareciendo sorpresivamente en todo tipo de lugares para hacerle preguntas, pero eso parecía haberse acabado. El mundo estaba lleno de

escándalos, y, al cabo de poco tiempo, siempre surgía uno nuevo sobre el cual escribir. La noticia de un famoso casado sorprendido en la cama con la esposa de su mejor amigo siempre tenía mayor recorrido que la aventura de un soltero, aunque multimillonario, con una chica también soltera, aunque pobre.

Las pocas amistades que había hecho durante los años habían demostrado una mayor curiosidad, pero a esas alturas Ellie pensaba que no quedaba ya nada más que decir sobre su locura. De manera que no entendía qué era lo que podía haber llevado a su visitante a llamar a su puerta con el dedo pegado al timbre.

Vacilante, abrió la puerta con la cadena echada… y se apartó con el corazón acelerado. La última persona a la que había esperado ver era Niccolo, pero allí estaba, tan insoportablemente guapo como recordaba, sin chaqueta ni corbata y con las mangas de la camisa subidas hasta los codos. Oscuro, peligroso y tan dolorosamente irresistible que lo único que le entraron ganas de hacer fue abalanzarse sobre él.

En lugar de ello, se quedó donde estaba sin desenganchar la cadena, mirándolo fijamente.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó al fin.

–Ya no eres socia de la agencia –rezongó Niccolo. Se pasó los dedos por el pelo, desvió la vista y la miró de nuevo, con todo el cuerpo vibrante de inquieta energía.

Ellie bajó la mirada.

–No. Me pareció lo mejor –musitó.

–¿Te pidieron ellos que lo dejaras? ¿Por culpa de lo nuestro? Si ese ha sido el caso, ya pueden despedirse de mi contrato, y de paso de cualquier futuro en Londres, porque pienso asegurarme de que se conviertan en los parias de la industria publicitaria.

Ellie suspiró.

–Será mejor que entres –lo invitó, reacia. Ella no quería aquello. ¿Cómo se suponía que iba a superar lo ocurrido si Niccolo se presentaba en su casa? Recordó la confesión que le había hecho, su orgullosa declaración de que había vulnerado todas las reglas que le había impuesto para terminar enamorándose de él, y se encogió por dentro.

Cuando estaba sola, podía soportar aquel humillante recuerdo, pero ahora que él estaba allí, resurgía como una pesadilla. Sabía que la estaba mirando fijamente mientras lo guiaba hasta su pequeño salón, antes de volverse para ofrecerle algo de beber. Té, café…

–No dispongo de mucho tiempo –añadió con tono forzado,

después de que él rechazara su ofrecimiento–. Voy a dejar Londres por una temporada.

–¿Qué ha pasado? –exigió saber Niccolo.

«¿Que deja Londres? ¿Para ir a dónde? Londres es su zona de confort, su mecanismo de defensa…», pensó. La culpabilidad lo golpeó con la fuerza de un martillo. Había sido capaz de hacer oídos sordos a los incómodos rumores de la prensa rosa porque aquellas cosas no tenían ningún efecto sobre él. Pero para ella no era lo mismo. Pensó en su vulnerabilidad y le entraron ganas de gruñir en voz alta.

Ellie le había confesado que sentía algo por él y él había huido más rápido que una bala. De hecho, había huido tan rápido y tan lejos que había terminado en el otro extremo del mundo. La había dejado sola y herida, a merced de sus propios recursos, para enfrentarse a las consecuencias de una aventura que él mismo había instigado.

Pero si entonces le había dicho que sentía algo por él, seguro que en aquel momento lo odiaría, porque su comportamiento con ella había sido absolutamente indignante. Una sensación de urgencia lo asaltó, junto con el horrible temor de haber llegado demasiado tarde.

–¿A dónde vas? –le preguntó secamente, y Ellie se cruzó de brazos y lo miró, fría y compuesta.

–Con mis padres –respondió, cortante–. Pero eso no es asunto tuyo, Niccolo. Y, si has venido porque te sientes responsable de que me haya quedado sin trabajo, la verdad es que no hay ninguna necesidad. Lo que sucedió entre nosotros, sucedió y ya está. Sí, yo salí perdiendo, pero eso ya no tiene remedio.

–La culpa es mía –Niccolo no sabía por dónde empezar. Sentirse culpable era algo a lo que no estaba nada acostumbrado.

–No lo creo –repuso ella fríamente–. Ambos hicimos lo que hicimos con los ojos bien abiertos. No voy a adoptar la vía cobarde y a jugar el juego de las culpas.

–¿Te pidieron ellos que te marcharas?

–No. Yo era socia de la empresa, pero me sentí impelida a presentar mi dimisión. Di por disuelta mi participación en la agencia por propia voluntad. ¿Ya estás contento? Fueron generosos al comprarme las acciones. Tengo suficiente dinero para aguantar hasta que encuentre otra cosa. Donde sea.

–Cuéntame lo que pasó. No me ahorres ningún detalle.

–Niccolo –gruñó Ellie, furiosa con él por haber aparecido de repente y furiosa consigo misma por no haber superado su

desengaño–. ¿Qué sentido tiene? ¡Yo no te quiero aquí!

–Por favor, Ellie, yo… –se pasó una mano por el pelo.

Parecía vacilar, y ella misma se quedó asombrada de descubrir que se le había pasado parte del enfado. En su lugar había una horrible sensación de cansancio por la dirección que había tomado su vida. Porque su vida anterior, tan ordenada y planificada, se le antojaba en aquel momento, vista en retrospectiva, una cáscara vacía.

–¿Tú qué? ¿Te doy pena? ¿Crees que deberías ofrecerme una consoladora palmadita en la espalda porque me he quedado sin trabajo? ¿Te sientes culpable? ¿Quieres aplacar tu conciencia asegurándote de que no voy a tirarme por el puente más cercano?

–No es nada de todo eso.

–Entonces, ¿qué es? –masculló ella con indignada hostilidad.

–He estado… –Niccolo vaciló, a punto de revelar la vulnerabilidad que sentía, que era precisamente la clase de patética debilidad para la que nunca había tenido tiempo– desorientado, perdido –reconoció, incómodo–, desde que rompimos.

–Pobrecito…

–Te he echado de menos –le confesó con voz ronca.

Ellie bajó la mirada y apretó los dientes. Porque no podía dejarse arrastrar de vuelta a algo que se había revelado tan negativo para ella por culpa de una pobre esperanza despertada por unas cuantas palabras dulces.

–No tengo nada que decir a eso –masculló con una convicción que estaba lejos de sentir.

–Si lo he fastidiado –Niccolo suspiró–, entonces dímelo ahora. Me marcharé y no volverás a verme.

–¿Fastidiado qué?

–Mis posibilidades contigo.

–No tienes ninguna posibilidad conmigo. No voy a volver corriendo a tu cama solo porque hayas echado de menos tener sexo.

–Yo no te he pedido eso.

–¿Te importaría decirme entonces qué es lo que me estás pidiendo? –Ellie estaba tan tensa que su cuerpo estaba a punto de romperse en pedazos. Obligó a sus piernas entumecidas a transportarla al sofá, donde se dejó caer haciéndose un ovillo y abrazándose las rodillas–. Echas de menos el sexo –murmuró–. Pero habrías podido tener sexo con cualquier otra mujer. En la expresión hambrienta de aquella mujer pude ver que quería comerte con los ojos. Tú cortaste con ella y, aun así, ella estaba tan desesperada que te siguió a la isla para poder retomar la relación. Así que, si ahora

mismo echas de menos tener relaciones sexuales, espera un poco y seguro que encontrarás muy pronto una conveniente sustituta.

Ellie sintió entonces la misma dolorosa punzada de desgarradores celos que la había asaltado en la villa y que tuvo como consecuencia ahuyentarlo hasta el otro extremo del mundo. Pero él no había echado a correr como antes. De hecho, no había roto el contacto visual, y ella seguía fulminándolo con la mirada, resentida.

–He echado de menos algo más que el sexo –confesó finalmente Niccolo. Se había acercado al sofá y estaba en aquel instante sentado a su lado, inclinándose hacia ella.

–No, Niccolo –suspiró, cansada–. No es cierto. El sexo es lo único que cuenta para ti, y yo recibí el mensaje alto y claro. Después de que yo te confesara mis sentimientos, huiste como si abandonaras la escena de un crimen.

–Sé que huí –admitió Niccolo en voz baja–. Pero ¿qué esperabas?

–Nada. No esperaba nada más –Ellie apretó los dientes. Deseó poder apartarse porque estaba acorralada contra el duro brazo del sofá, sin escapatoria posible. Podía levantarse, pero tenía miedo de que las temblorosas piernas acabaran por fallarle.

–Yo sé bien por qué. Amy apareció como surgida de la nada, y, cuando tú reaccionaste de aquella forma, entré en pánico –reconoció él, ruborizándose–. Mi vida se había vuelto complicada desde el momento en que perdí todo mi autocontrol y cedí a la tentación de hacer el amor contigo. No tenía sentido, no era propio de mí, pero no pude evitarlo. Había algo en ti que me atrajo desde el primer instante y no podía discernir lo que era. Fue algo… aterrador.

Ellie lo miró subrepticiamente, nada deseosa de escucharlo y de empezar a creer en lo que le estaba diciendo, pero era incapaz de resistir la atracción de sus palabras. Evocó el abanico de sensaciones que la habían asaltado la primera vez que lo vio en el gimnasio, y a regañadientes comprendió lo que él estaba intentando decirle, porque con ella había sido igual.

Contra todo pronóstico y contra todo aquello en lo que creía, se había sentido atraída por Niccolo desde el principio. Resistirse a la fuerza de aquella cruda atracción química había sido inútil como para un solitario nadador luchar contra una potente resaca.

–¿Y? –le espetó.

–No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

–¿Ponerte fácil el qué?

–El hecho de que estoy haciendo todo lo posible por decirte que fui un imbécil.

–¿Por salir corriendo porque no querías seguir conmigo?

–No, Ellie –negó Niccolo con voz áspera. Cuando volvió a pasarse una mano por el pelo, descubrió sorprendido que le temblaba. Él nunca se ponía nervioso, pero en aquel momento lo estaba. La cuestión era que no podía culpar a Ellie por atacarle–. Por no haberme dado cuenta de que, en lugar de huir, debería haberme quedado contigo porque eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Ellie respiró hondo.

–No.

–¿No qué?

–No me digas cosas que no piensas.

–Nunca en toda mi vida he sido más sincero –Niccolo se enterneció por el brillo de emoción que distinguió en sus ojos, una instintiva reacción que ella no fue capaz de disimular–. Nunca le he hablado a nadie como te he hablado a ti. Nadie me ha hecho reír nunca como tú… y nunca he echado tanto de menos a una mujer como a ti.

–¡Pero si no volviste a llamarme! –replicó Ellie con tono acusador.

–Cada día ha sido una lucha para evitar marcar tu número –le lanzó una amarga sonrisa–. No dejaba de decirme que tenía que seguir viviendo la misma vida de antes: sin complicaciones. Desde el principio, yo siempre había sido el sostén financiero de mi familia: mi madre y mis hermanas. Seguía diciéndome que, por una vez, había salido perdiendo de una relación y que me había salido el tiro por la culata… solo que, en lo más profundo, no estaba convencido –suspiró y la miró con abierta sinceridad–. Casi tuve que quedarme en la otra punta del mundo para salvaguardar el modo de vida que había llevado durante años, pero por supuesto eso estaba condenado a no durar. Cuando leí tu campaña, el anhelo de estar contigo fue tan abrumador que hasta me costó respirar. Pero aunque nunca hubiera leído el proyecto, aunque nunca hubiera visto aquellas fotos que hiciste y que tanto me recordaron nuestro tiempo juntos, habría terminado poniéndome en contacto contigo, Ellie. Tenía que venir aquí. Y no porque quiera persuadirte de que vuelvas a acostarte conmigo, cosa que naturalmente quiero y que forma parte del paquete… Tenía que venir de todas formas porque conseguiste meterte en mi corazón y en mi alma sin que yo me diera cuenta.

–¿De veras? Niccolo… no te burles. ¿De qué paquete hablas?

–Oh –le tembló la voz con los nervios de alguien que acabara de asomarse a un profundo abismo–. El paquete del matrimonio.

–¿Perdón? –Ellie abrió mucho los ojos. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

–Te amo, Ellie, y quiero casarme contigo. Nunca pensé que le diría estas palabras a alguien, pero es que no puedo imaginarme la vida sin ti. Llevo viviendo tres semanas así y es el infierno.

–¿Me amas? –la esperanza que había estado intentando sofocar floreció de golpe y le arrancó una sonrisa, trémula al principio, y luego de absoluta alegría–. Yo también te amo –susurró–. Pero tú ya lo sabías –le echó los brazos al cuello y se apretó contra él, escuchando deleitada el firme latido de su corazón, barrida por una marea de amor y de ternura–. Lo he pasado muy mal –le confesó, besándolo en los labios–. Ni siquiera me importaba haber perdido el trabajo, y eso que era lo más importante de mi vida. Nada me importaba. Por primera vez en la vida me sentía perdida, a la deriva. Fue por eso por lo que me decidí a volver con mis padres. Me había pasado la vida entera deseando tener unos padres normales que hicieran cosas normales, pero sabía que, si alguien podía entender lo que me estaba pasando, eran ellos. Siempre pensé que sus vidas eran caóticas y desordenadas y llenas de gente que no parecían tener compromiso alguno. No podía ver entonces que, más allá de todo aquel caos, se querían. Yo pensaba que, si no me sometía a un férreo autocontrol y me comprometía a hacer las cosas siempre «a derechas», terminaría llevando una vida de caos y al final perdería el rumbo. No me daba cuenta de que el amor no se puede controlar, y que algo que promete ser caótico puede llegar a ser la única cosa con sentido en esta vida. Te quiero muchísimo, Niccolo.

Le temblaba la voz y él volvió a abrazarla.

–Por mucho que viajemos –murmuró él–, por muchos océanos que crucemos, querida mía, yo siempre seré tu roca y tu punto de referencia. He descubierto que eso es todo lo que quiero hacer. Tú eres el centro de mi vida, y yo te daré toda la estabilidad que deseaste de niña. Al igual que tú me has dado a mí la fuerza para confiar en un futuro donde existe el amor y para desterrar los miedos que me acosaron de niño, pensando que el amor y el deber eran incompatibles. Te adoro, Ellie, y si pudiera cambiar alguna cosa del pasado sería mi terquedad cuando te alejé de mi lado. Así que, señorita Eleanor Wilson, la de los rígidos trajes azul marino, ¿aceptarás ser mi esposa ante los ojos de la ley y permanecer a mi

lado durante el resto de nuestros días?

Ellie sonrió, radiante.

–Tú prueba a detenerme…